

CINCO DE MAYO

LAS RAZONES DE LA VICTORIA

Raúl González Lezama



CLÁSICOS DE LA
REFORMA LIBERAL



CINCO DE MAYO

LAS RAZONES DE LA VICTORIA

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

Secretaria de Cultura



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Felipe Arturo Ávila Espinosa

Director General

CINCO DE MAYO

LAS RAZONES DE LA VICTORIA

Raúl González Lezama

MÉXICO 2022

Portada: *Batalla del 5 de mayo*, anónimo, óleo sobre tela. Museo Nacional de las Intervenciones. INAH. Secretaría de Cultura.

Primera edición en formato electrónico, INEHRM, 2022.

D. R. © Raúl González Lezama

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM),

Francisco I. Madero núm. 1, Colonia San Ángel, C. P. 01000,

Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.

www.inehrm.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

ISBN: 978-607-549-308-4

HECHO EN MÉXICO

Índice

PRESENTACIÓN.....	19
-------------------	----

Pablo Serrano Álvarez

GALERÍA DE FOTOS	19
------------------------	----

CINCO DE MAYO LAS RAZONES DE LA VICTORIA

Introducción	19
La crisis interna	19
El problema internacional.....	19
Preparándose para la guerra.....	19
Inicia la intervención.....	19
Los preparativos.....	19
El entorno poblano.....	19
Los refuerzos mexicanos.....	19

La batalla	19
Los primeros juicios	19
BIBLIOGRAFÍA.....	19



Presentación

Pablo Serrano Álvarez



El 31 de octubre de 1861, representantes de los gobiernos de España, Francia e Inglaterra se reunieron en la ciudad de Londres para establecer la exigencia al gobierno mexicano de cumplir con el pago de la deuda por un monto mayor a los 80 millones de dólares. El gobierno del presidente Benito Juárez había suspendido el pago de la deuda externa mexicana, debido a una reestructuración financiera. El monto adeudado subió considerablemente porque los países mencionados argumentaron, además, la necesidad del pago de reclamaciones a sus connacionales afectados por la turbulenta y violenta vida mexicana en las décadas anteriores. El incumplimiento de los pagos generó la amenaza de una intervención armada.

En México, a finales de noviembre de ese mismo año, el Presidente de la República dispuso la toma de previsiones mediante la organización de Guardias Nacionales y del Cuerpo del Ejército de Oriente. Once mil quinientos hombres compusieron este cuerpo, todos armados, pero con carencias en su instrucción debido a que una gran mayoría había sido reclutada recientemente. El cuerpo tenía una extensión importante, que abarcaba del altiplano de la República a la costera del Golfo de México, por lo que se cubría una gran extensión de terreno para la defensa nacional.

El 10 de diciembre, al fondeadero de Antón Lizardo llegaron las tropas españolas al mando del comandante general de Marina Joaquín Gutiérrez de Ruvalcaba, que de inmediato procedió a enviar un ultimátum al gobernador del estado

de Veracruz, general Ignacio de la Llave, amenazando con apoderarse del puerto de Veracruz y del Castillo de San Juan de Ulúa, en caso de que en un plazo de 24 horas no se cumplieran las exigencias de la Triple Alianza. España se había adelantado a la llegada de las tropas de Inglaterra y Francia, lo que violó ciertos acuerdos establecidos en Londres.

Sin embargo, ya para entonces, las autoridades mexicanas habían evacuado a las tropas establecidas en el puerto con la finalidad de repartirlas en el camino que conducía a la ciudad de Jalapa, en puntos defensivos naturales como Paso del Macho y Paso de Ovejas, que no permitían adentrarse fácilmente en el territorio nacional.

La defensa de la soberanía nacional se impuso. El presidente Benito Juárez respondió la amenaza exaltando el grito de guerra frente a la fuerza extranjera española. La evacuación de tropas y habitantes del puerto permitió que el 17 de diciembre las tropas españolas desembarcaran en espera de los aliados que venían en camino.

Las tropas inglesas y francesas llegaron al puerto el 7 de enero de 1862. Tres días después, el general Juan Prim, conde de Reus y marqués de Castillejos, dio a conocer el Manifiesto de la Alianza Tripartita, signado por los tres representantes de los países que la componían.

El gobierno mexicano quiso negociar y el día 21, el ministro de Relaciones Exteriores, general Manuel Doblado, se entrevistó con los invasores, estableciendo los acuerdos de La Soledad, que consistieron en cinco puntos: el reconocimiento al gobierno del presidente Benito Juárez; las potencias extranjeras respetarían la integridad y la independencia nacionales; las siguientes negociaciones se llevarían a cabo en la ciudad de Orizaba, mientras que las fuerzas aliadas se establecerían en Córdoba, Orizaba y Tehuacán; en caso de romperse las relaciones, las tropas invasoras se replegarían hacia la costa, y los hospitales y enfermos instalados en las



plazas mencionadas quedarían bajo custodia mexicana ante la partida de las fuerzas extranjeras.

El gobierno francés, sin embargo, desconoció los puntos acordados en el poblado de La Soledad. Su respuesta fue el envío de más tropas para reforzar la invasión. Además, el almirante Jurien de la Graviere, al mando de la fuerza francesa, fue sustituido por el general Carlos Latrille, conde de Lorencez, desde inicios de marzo.

La impostura francesa ocasionó la ruptura de la Triple Alianza el 9 de abril. Los franceses ocuparon Orizaba. El presidente Juárez informó a la nación del inicio de las hostilidades mediante un manifiesto publicado tres días después, además de un decreto en el que se tomaban medidas ante el inminente estado de guerra.

El presidente Benito Juárez arengó a los mexicanos: “Los anuncios de la próxima guerra que se preparaba en Europa contra nosotros, han comenzado por desgracia a realizarse. Fuerzas españolas han invadido nuestro territorio; nuestra dignidad nacional se halla ofendida, y en peligro tal vez nuestra independencia”. Este llamado creó un sentimiento nacionalista indiscutible, que pronto ocasionaría la unión y el fervor por la defensa de la patria. La epopeya del cinco de mayo estaría vinculada a esta convocatoria.

El 20 de abril, las tropas francesas, con más de seis mil hombres, ocuparon la ciudad de Orizaba. El Cuerpo del Ejército de Oriente retrocedió a la región de San Agustín del Palmar, listo para presentar batalla, al mando del general en jefe Ignacio Zaragoza. Por la retaguardia, sin embargo, amenazaban las tropas conservadoras al mando del general Leonardo Márquez, en la región de Atlixco, que buscaban unirse a los franceses. La tensión se apoderó de las fuerzas mexicanas ante el avance de los franceses de Orizaba a Puebla. El ejército se organizó en dos líneas de defensa, lo que brindó una estrategia adecuada que pronto dio frutos.



El Ejército de Oriente estuvo compuesto por el Cuartelmaestre, a cargo del general Ignacio Mejía; la Primera División de Infantería, al mando de Ignacio de la Llave, que cubrió la ruta de Veracruz a Jalapa; la Segunda División, al mando de José M. Arteaga, que contaba con tres brigadas que cubrían la región de San Agustín del Palmar a Cumbres de Acultzingo; la Brigada del general Porfirio Díaz en la región de Cañada de Ixtapa; las Brigadas Unidas, al mando del coronel Mariano Escobedo; las Brigadas de San Luis Potosí, Michoacán y Caballería; las Secciones Gálvez y Huatusco; las Guarniciones de Perote y cerro del Chiquihuite; los Lanceros de Orizaba y el Depósito de Jefes y Oficiales. Las tropas se compusieron de 4802 hombres.

El 26 de abril, el general Lorencez escribió al ministro de Guerra de Francia que los franceses tenían “superioridad de raza, de organización, de disciplina, moralidad y elevación de sentimientos”. Pedía que le informaran al emperador, Napoleón III, que con seis mil soldados ya era el “dueño de México”. La soberbia de este personaje se toparía con una realidad adversa muy pronto.

El 28 de abril se dio un primer combate de tres horas en Acultzingo. Los zuavos (argelinos) fueron puestos en primera línea de la acción francesa. Los generales Arteaga y Díaz combatieron con éxito y sin novedad. Este primer encuentro fue una escaramuza, con pocas bajas de ambos bandos. Las fuerzas en combate se tantearon los ánimos; fue un combate endeble.

La ciudad de Puebla es parte de una planicie. Al noreste resaltan los cerros de Loreto y Guadalupe y al occidente el cerro de San Juan. El resto del terreno está compuesto por un valle con barrancas y cortes de terreno; cerca se encuentra el cañón de Amozoc. Recientemente, la ciudad de Puebla había sido remozada por las autoridades y vecinos. Se había reforzado la seguridad también ante las amenazas de ataques de



las fuerzas militares conservadoras. Era una ciudad tranquila, con alrededores despoblados.

Hacia el 4 de mayo, los franceses llegaron a Amozoc, donde establecieron su Cuartel General. Allí se les unieron generales conservadores como Almonte y Haro y Tamariz. Decidieron atacar el Cerro de Guadalupe como lugar estratégico para tomar la ciudad. Mientras, la fuerza mexicana, con casi cinco mil efectivos, se organizaba con estrategia cubriendo varios posibles frentes.

La gloriosa batalla de Puebla dio comienzo en la mañana del 5 de mayo. Fue una epopeya que duró hasta el anochecer, cuando las fuerzas francesas huyeron perseguidas sobre todo por la brigada al mando de Porfirio Díaz. El general Zaragoza ordenó parar la contienda porque finalmente los franceses eran más que los mexicanos, pero la retirada de los primeros dio el éxito. Del lado francés hubo 117 muertos y 305 heridos. Del lado mexicano murieron 83 hombres, y hubo 232 heridos.

La tropa mal organizada, poco instruida, mal armada, con baja coordinación y táctica derrotó a una fuerza francesa organizada y preparada, con mejores armas y buena estrategia de combate. Los zuavos eran carne de cañón; los oficiales y tropa cumplían con movimientos ordenados y dirigidos.

Ignacio Zaragoza informó en su parte al secretario de Guerra, como general en jefe del Ejército de Oriente, el 9 de mayo de 1862: “Las armas nacionales, ciudadano Ministro, se han cubierto de gloria, y por ello felicito al primer Magistrado de la República, por el digno conducto de usted; en el concepto de que puedo afirmar con orgullo, que ni un solo momento volvió la espalda al enemigo el ejército mexicano durante la larga lucha que sostuvo”. Al mismo tiempo se combatió a los conservadores que se encontraban en los alrededores. El Ejército de Oriente se cubrió de gloria, decía Zaragoza. No fue para menos.



Ciento sesenta años después de la batalla del cinco de mayo, sigue siendo un acontecimiento importante de la historia nacional. Fue una gran victoria, que se debió a múltiples razones: el clima cálido; el terreno con barrancas y rupturas, nada plano; la estrategia militar de la parte mexicana; la táctica de combate por varios frentes; la organización por parte de los jefes y oficiales del Ejército de Oriente; el ánimo nacionalista de la tropa y los oficiales; la desorganización de las tropas francesas; la improvisación de los jefes y brigadistas de las tropas francesas; el cansancio francés por el clima caluroso de la fecha; la soberbia de creerse superiores ante un ejército guerrillero; la ferocidad de las tropas mexicanas, razones que llevaron a una victoria que se convirtió en parte de la identidad nacional, un triunfo que se hizo colectivo y patriótico.

La canción más popular de la memorable fecha, *La Batalla del 5 de Mayo*,¹ resume con precisión su historia y significado:

*Recién firmado el Convenio Soledad
llegaron los franceses y rompieron su
amistad
traían la consigna de acabar con la
Nación*

*y derrocar a Juárez por orden de
Napoleón...*

¹ Esta pieza se encuentra incluida en el disco triple editado por la Fonoteca Nacional del INAH con el número 53 de la “Colección Testimonio Musical de México”, y a decir del historiador Antonio Avitia Hernández, quien hizo la selección del contenido del material, es una versión a una canción estadounidense, “The Battle of New Orleans”, la letra mexicana celebra el triunfo de los republicanos sobre los zua- vos franceses.



Coro

*Cayeron diez y ninguno mexicano
siguieron otros seis y empezaron a notar
que a ningún francés en aquel 5 de Mayo
se le veían los pies y corrían sin parar...*

*Lorencez dijo en su carta a Napoleón
con los seis mil franceses fácil es nuestra
misión
mejor es nuestra raza, también la
organización
pero los mexicanos le enseñaron la
lección...*

Coro

*Cayeron diez y ninguno mexicano
siguieron otros seis y empezaron
a notar
que a ningún francés en aquel 5
de Mayo
se le veían los pies y corrían sin parar...*

*El general Zaragoza comprobó
que la lucha a bayoneta cuerpo a
cuerpo fue mejor
que los franceses invencibles ya
no son
restándole prestigio al famoso
Napoleón...*

Coro

Cayeron diez y ninguno mexicano



*siguieron otros seis y empezaron
a notar
que a ningún francés en aquel 5
de Mayo
se le veían los pies y corrían sin parar...
Y corrían a pie y corrían como
trenes
brincaban los magueyes al
disparo del cañón
brincaban nopales más alto que
las liebres
y otros se arrastraban como
herido camaleón.*

El aniversario de la batalla de Puebla permite recordar que las victorias del pueblo mexicano en mucho se deben a la unidad y la fortaleza. El cinco de mayo de 1862 fue una fecha memorable que aún vive en la memoria colectiva que forma parte de la identidad mexicana a lo largo de 160 años. Testimonios, compilaciones documentales, libros y artículos se han publicado por montones. La fecha cívica ensalza las figuras de los héroes que participaron en la contienda, el éxito y la victoria.

El Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM) ha querido recordar nuevamente esta fecha con el presente libro, hecho ex profeso para el sesquicentenario de la batalla, que fue realizado por Raúl González Lezama, jefe del Departamento de Proyectos Históricos de la institución, para brindar al público en general una historia completa del cinco de mayo, donde se resaltan las principales razones de la victoria que los mexicanos obtuvieron en ese entonces y que aún trascienden hasta nuestros días como grandes valores de nuestra identidad.



Este libro logra conjuntar una nueva versión de la historia del cinco de mayo para resaltar su importancia y significado historiográficos en la actualidad. Es una revisión del tema que, sin duda, tendrá un interés renovado en el público interesado en este destacado acontecimiento de la historia moderna de México.

PABLO SERRANO ÁLVAREZ



Galería de fotos





Bandera que concurrió a la defensa
del Fuerte de Guadalupe en Puebla el 5 de mayo de 1862,
en *Catálogo de banderas históricas*. INAH-Segob, p. 108.



Fuerte de Guadalupe, 5 de mayo 1949.
Archivo Gráfico *El Nacional*, Fototeca INEHRM.





José Chuscas. *Batalla de Puebla*, 1903.
Museo Nacional de Historia, Castillo de Chapultepec,
INAH, Secretaría de Cultura.





D. Benito Juárez, en Vicente Riva Palacio, *México a través de los siglos*, t. 5, Editorial Cumbre, México, 1962, p. 469.





Porfirio Díaz, 4 de octubre de 1867.
SECRETARÍA DE CULTURA.INAH.SINAFO.FN.MX.





General Ignacio Zaragoza..
SECRETARÍA DE CULTURA.INAH.SINAFO.FN.MX.





Luis Toral González. mural,
Palacio Municipal de Zacapoaxtla, Puebla.

CINCO DE MAYO

Las razones de la victoria



Introducción

El 5 de mayo de 1862, a las afueras de la ciudad de Puebla de los Ángeles, se enfrentaron dos ejércitos: uno de ellos entrenado, experimentado y bien provisionado; el otro que, mal preparado y peor equipado, debía defender una plaza cuya población, en su pasado reciente, se había declarado su antagonista. Lo natural y lógico era el triunfo del primero y la derrota del segundo. Pero no ocurrió así. El ejército mexicano detuvo el avance del cuerpo expedicionario francés.

Los detalles de la acción concreta sobre Puebla han sido extensamente difundidos desde 1862. Sin embargo, para explicar este quebranto de la lógica, es necesario ampliar el panorama, tanto en el tiempo como en el espacio, para comprender que la victoria obtenida con gran mérito por el general Ignacio Zaragoza y los hombres bajo su mando fue posible también por acciones que se acontecieron lejos del escenario de combate y que se iniciaron muchos meses atrás, incluso antes de que fondeara en aguas de Veracruz la escuadra tripartita. El desenlace armado fue el último acto de una obra en la que, además de los cañones, tuvieron también diálogos las plumas y donde las negociaciones fueron tan importantes como las estocadas.

El príncipe rumano Gheorghe Bibescu, que acompañó en su aventura al conde de Charles de Lorencez, justificaba la derrota declarando que cinco mil hombres se habían enfrentado

a una nación entera.¹ El autor sabe que esa aseveración es falsa por completo. Zaragoza se había cuestionado también la poco creíble circunstancia de que un país de más de ocho millones de habitantes tan sólo podía aportar poco más de cuatro mil para la defensa de su territorio. Por otra parte, se le olvida mencionar que, gracias a la Convención de Londres, Francia esperaba que un país empobrecido y dividido por una guerra civil enfrentara a tres potencias europeas.

Se piensa en un gobierno tomado por sorpresa que con dificultad pudo improvisar e implementar algunos medios rudimentarios de defensa. Esto no fue así. Mucho antes de que la intervención extranjera se materializara, el gobierno mexicano se dio a la tarea de encontrar una solución diplomática que evitara el conflicto, pero también se esmeró en poner en orden sus propios asuntos, a fin de poder ofrecer la mayor resistencia posible, dadas sus circunstancias.

Mediante leyes y decretos, se intentó lograr la unidad nacional y evitar que ciudadanos mexicanos prestaran auxilio a los invasores. La prensa que durante todo el año de 1861 y buena parte del siguiente se ensañó en contra del gobierno de Benito Juárez, llegado el momento de la verdad, fue empleada también como un recurso de guerra, sobre todo la de la capital de la República, en los días previos y posteriores a la batalla.

Antes de emprender batalla contra los extranjeros, el presidente Benito Juárez debía convencer a sus opositores de que la independencia y soberanía de México se encontraban en peligro, pues no se creía que estos valores corrieran riesgo alguno.

Había quienes veían en la intervención una solución a los principales problemas del país. Idea que era común tanto

¹ *Nous étions cinq mille contre une nation entière! Pourquoi chercher ailleurs la cause d'un échec inévitable, mais glorieux assurément? Georges Bibesco, Le Corps Lorencez Devant Puebla. 5 mai 1862. Retraite des cinq mille, p. 5.*



en conservadores como en liberales y que más tarde decidió a muchos de ellos a abrazar la causa imperialista, incluso cuando habían combatido en favor de la Reforma en la Guerra de los Tres Años y contra los franceses en 1862; ese fue el caso de Tomás O'Horan, Santiago Vidaurri y otros.

La percepción histórica de la batalla del 5 de Mayo comenzó a forjarse casi tras finalizar el combate. Los periódicos e incluso los partes militares, sin falsear la realidad de los hechos, omitieron algunos detalles importantes y contribuyeron a construir una historia que se arraigó en la memoria colectiva cuando fue recreada en novelas.

Desde entonces, se extendió la idea de que sólo el fervor patrio dio la victoria a los mexicanos y que, de entre ellos, fueron los indios zacapoxtlas los que protagonizaron un singular ejemplo de patriotismo y abnegación, tanto así, que en desfiles y representaciones de la batalla se considera imprescindible la presencia de un contingente de hombres ataviados con grandes sombreros, toscas cotonas, huaraches y enormes machetes, a pesar de que por lo menos desde 1962, se han publicado estudios que demuestran que su participación en la gesta no ocurrió, ni en el número, ni en la forma en que lo establece la tradición popular.²

Dejando a un lado a la imaginación convertida en dogma, esta investigación pretende demostrar que el resultado de aquella jornada no fue obra de la casualidad sino del empleo razonado y hábil de los medios con los que se contaba.



² Recientemente la tesis de licenciatura de Venancio Aguilar aborda con mayor detalle la participación del 6º Batallón de la Guardia Nacional. Venancio Antonio Aguilar Patlán, "Sexto Batallón de Guardia Nacional del Estado de Puebla. La Reforma en Tetela de Ocampo, Puebla, 1855-1873".

La crisis interna

Tras el triunfo de las fuerzas constitucionalistas en la batalla de Calpulalpan, el presidente Benito Juárez instaló el gobierno de la República en la Ciudad de México. No obstante, en varios puntos del interior, la lucha contra los conservadores continuaba con gran intensidad. Partidas armadas bajo las órdenes de Leonardo Márquez, Juan Vicario, Tomás Mejía y otros operaban en varias partes del país, empleando el método de guerra de guerrillas. Para ellos, el general Félix María Zuloaga era el auténtico presidente de la República.

Resultaba urgente que el Ejecutivo actuara con rapidez y decretara acciones en los ámbitos militar, político, administrativo y económico. Fue así como Jesús González Ortega expidió, el 27 de diciembre de 1860, un decreto dando de baja a todos los miembros del Ejército permanente que se hubieran rebelado en contra del gobierno constitucional. Esta medida obedecía a las necesidades del momento, pero poco después resultó contraproducente, pues al enfrentar nuevos retos, el país se vio en grandes dificultades para reorganizar su instituto armado.

En defensa de la soberanía nacional y en castigo por la injerencia que habían tenido los representantes de algunas naciones extranjeras, se acordó expulsar del territorio nacional a Francisco Pacheco, ministro de España, Felipe Neri del Barrio, ministro de Guatemala, Francisco de P. Pastor, ministro de Ecuador, y al arzobispo de Damasco, Luis Clementi, nuncio apostólico. También se desconocieron, por ilegales,

los acuerdos y deudas contraídos por los gobiernos de Félix Zuloaga y Miguel Miramón. La determinación de Juárez, aunque no carecía de razones, daría pie a los enemigos extranjeros de México para justificar la agresión que infligieron en 1862.

El propio Juárez dispuso que Manuel Payno fuera detenido y recluido en una cárcel pública para responder por su participación en el Plan de Tacubaya, mientras que a Santos Degollado se le señalaba a la ciudad por prisión en espera de ser procesado por la indebida apropiación de la conducta de la hacienda de Laguna Seca.

No obstante, en algunos aspectos parecía que era posible regresar al momento en que el proceso reformador de 1857 se vio interrumpido por la Guerra de Reforma; por ejemplo, el día 15 de enero, volvió a publicarse el afamado periódico liberal *El Siglo Diez y Nueve*: la libertad de prensa había regresado a México. En su editorial el diario resumía uno de los logros de la guerra que concluía: “La tiranía nos arrebató la pluma de la mano, hoy nos la devuelve la libertad”.¹

Los más optimistas o los más empecinados, entre los que se encontraba el presidente, creían que era oportuno comenzar a aplicar las leyes de Reforma y para ello Benito Juárez reestructuró su gabinete, incluyendo en él a los más radicales miembros del partido liberal: Pedro Ogazón en Gobernación, Guillermo Prieto en Hacienda, Francisco Zarco en Relaciones Exteriores, Ignacio Ramírez en Justicia, Miguel Auza en Fomento y Jesús González Ortega en Guerra. Para normalizar la vida institucional del país, se convocó a elecciones federales; se elegirían, entre otras autoridades, al presidente de la República, al presidente de la Suprema Corte de Justicia y a los diputados que conformarían el Congreso de la Unión. La lucha electoral dividió a los triunfadores

¹ *El Siglo Diez y Nueve*, 15 de enero de 1861, p. 1.



de la guerra, pues muchos consideraban a Miguel Lerdo de Tejada el principal artífice de las Leyes de Reforma y, por lo tanto, como el hombre con mayores méritos para ocupar la silla presidencial; sin embargo, murió víctima de tifoidea el 22 de marzo de ese año, en su residencia de Tacubaya.² Surgió Jesús González Ortega como rival de Juárez para contender por la máxima magistratura: El general zacatecano renunció al ministerio que ocupaba mediante una amarga carta que censuraba la política del oaxaqueño. Se inició así una tensa relación sin llegar al rompimiento, pero que produjo importantes inconvenientes posteriores.

Por fin, el 9 de mayo fue instalado el Congreso y ante él, Juárez presentó un informe de las acciones realizadas durante la guerra civil, un panorama de la situación del país y la política que tenía pensado seguir: pacificación del territorio nacional, aplicación de las Leyes de Reforma y el saneamiento de las finanzas públicas. El gabinete sufrió un cambio importante: León Guzmán ocupó el lugar de Francisco Zarco, Ignacio Zaragoza sustituyó a González Ortega y también fue incorporado Joaquín Ruiz.

A pesar de los esfuerzos, la falta de recursos impedía la completa pacificación, pues continuaban operando impunemente a lo largo del territorio numerosas gavillas conservadoras que se negaban a someterse a la autoridad; en el Congreso se discutía la conveniencia de suspender las garantías individuales y de otorgar facultades extraordinarias al Ejecutivo. Uno de esos grupos rebeldes se presentó el jueves 30 de mayo de 1861 en la hacienda de Pomoca, en Michoacán. Buscaban a su propietario, Melchor Ocampo.

Cuando Lindoro Cajiga penetró en la casa acompañado de unos cuantos hombres, lo encontraron sentado tranqui-

² Frank A. Knapp, *Sebastián Lerdo de Tejada*, México, Universidad Veracruzana-INEHRM, 2011, p. 111.



lamente en la sala. Avisado de la proximidad del enemigo, adivinó sus intenciones. Se había despedido ya de sus amigos y de su compañera Clara Campos, no pudiendo hacerlo de sus hijas Petra, Julia y Lucila, quienes se encontraban en Maravatío celebrando las fiestas de *Corpus*.³

Después de ser raptado, Ocampo fue montado en un mal penco y obligado a realizar un peregrinar de varios días que concluyó en un paraje próximo a Tepeji del Río.⁴

En la Ciudad de México se tuvieron noticias del rapto de Ocampo y se intentó obtener la libertad del ex ministro liberal. Nicanor Carrillo, hombre que había protegido a Márquez ocultándolo y luego, cuidando de que nada faltara a su madre durante su vida como fugitivo, se dirigió inmediatamente al secuestrador para pedirle la libertad de Ocampo.

En medio de la desesperación, el general Ignacio Zaragoza, a cargo del Ministerio de Guerra y Marina, tuvo la idea de poner presa a María de la Gracia Palafox,⁵ esposa de Félix Zuloaga, quien escribió dos cartas desde la prisión del Arzobispado, una dirigida a su cónyuge y otra al general Márquez; en ellas, también se solicitaba la liberación del prisionero. Los mensajes llegaron tarde. El 3 de junio Ocampo fue asesinado.

Al conocerse en la Ciudad de México la muerte del michoacano, la conmoción fue enorme. El Congreso de la Unión promulgó un decreto poniendo fuera de la ley y de toda garantía en sus personas y propiedades a Félix Zuloaga, Leonardo Márquez, Juan Vicario, Manuel Lozada y Lindoro Cajiga.⁶

³ Jesús Romero Flores, *Don Melchor Ocampo, el filósofo de la Reforma*, México, Ediciones Botas, 1959, p. 379.

⁴ José C. Valadés, *Don Melchor Ocampo, reformador de México*, México, Editorial Patria, 1954, p. 406.

⁵ Jorge L. Tamayo, *Benito Juárez, documentos, discursos y correspondencia*, t. 4, México, Secretaría del Patrimonio Nacional, 1965, p. 486.

⁶ Decreto del 4 de junio de 1861, Archivo Histórico del Distrito Federal, en adelante AHDF, caja 32, exp. 93.



De pronto, se vieron perseguidos también los particulares que durante el gobierno conservador prestaron sus servicios en puestos administrativos. Una orden del gobierno los conminó a presentarse en el término de ocho días ante la autoridad para manifestar su domicilio y demostrar que se ganaban la vida de manera honesta; quienes incumplieran esta disposición serían tratados como sospechosos de conspiración.⁷

Esta serie de revanchas tendría muy graves consecuencias en el futuro inmediato, pues dificultó, y en algunos casos convirtió en imposible, la reconciliación y la unidad que requería hacer frente a una invasión extranjera que ponía en riesgo la independencia o tal vez la existencia misma de México.

El general Santos Degollado se presentó el 4 de junio en el Congreso y, como existía una causa pendiente en su contra, pidió permiso para salir a campaña. Con el consentimiento del Legislativo,⁸ emprendió su viaje el 7 de junio rumbo a Toluca en persecución de los victimarios de Ocampo. Para su mala fortuna, sus rivales fueron más fuertes que él y pereció en el intento de castigarlos.

El 21 de junio de 1861, el ministro de la Guerra, Ignacio Zaragoza, solicitó a los diputados que concedieran licencia a Leandro Valle para dirigir las operaciones militares en contra de Márquez.

Alrededor de las diez de la mañana del 23 de junio, la columna de Leandro Valle fue atacada por las avanzadas conservadoras de Márquez en el Monte de las Cruces que lo tomaron prisionero y, sin mayor trámite, concediéndole unos pocos minutos, fue ejecutado.

La muerte de dos de los más prestigiados generales liberales infundió ánimos a los conservadores, quienes en un raptó de audacia atacaron la Ciudad de México el 25 de ju-

⁷ Decreto del 14 de junio de 1861, AHDF, caja 32, exp. 95.

⁸ Decreto del 4 de junio de 1861, AHDF, caja 32, exp. 94.



nio, siendo repelidos por el general Anastasio Parrodi, pero manteniendo importantes posiciones alrededor de la capital, como las lomas de Tacubaya y las poblaciones de Tlalnepantla, Cuautitlán y Teotihuacan. Haciendo a un lado sus diferencias con González Ortega, Juárez le entregó todos los recursos que pudo reunir para que iniciara una intensa campaña sobre Márquez.⁹

Además de la guerra continua, el mayor problema del Gobierno era la escasez crónica de dinero. En aquella época, la principal fuente de ingresos de la Federación eran las aduanas, donde se cobraban los derechos de importación de las mercancías provenientes del extranjero. Pero estos recursos se encontraban hipotecados por gobiernos anteriores, que habían suscrito convenios con los acreedores de México acordando destinar la mayor parte de lo recaudado al pago de la amortización e intereses de la deuda exterior, de tal suerte que el gobierno federal tan sólo podía disponer de un margen increíblemente reducido del total de lo ingresado: 15%.

Por si fuera poco, los impuestos federales producidos en el interior de la República tampoco llegaban a la tesorería general pues, durante la Guerra de Reforma, se había autorizado a los estados a cobrar las contribuciones federales e invertir esos ingresos en la creación y sostenimiento de tropas que lucharan en contra del ejército conservador.

Concluida oficialmente la contienda, se hizo saber a los gobernadores que había cesado la facultad recaudatoria y discrecional de la que habían gozado en el empleo de los fondos de la federación y que funcionarios del gobierno general reasumirían esa función. La orden fue muy mal acogida y peor acatada, suscitando incluso airados reclamos de algunos estados que sintieron vulnerada su soberanía interna.

⁹ Pedro Salmerón, Juárez. *La rebelión interminable*, México, Planeta, 2007, p. 100.



Guillermo Prieto, en el carácter de ministro de Hacienda, intentó orquestar un esquema financiero que permitiera sentar las bases para dar inicio a una recuperación económica, pero los principios que sustentaban su política fueron rechazados por todos, ya que proponía la disminución de los gastos militares, la reducción de las pensiones, la suspensión por algunos años del pago de la deuda pública interior y exterior, y que el gobierno se asegurara por lo menos 50% de los ingresos aduanales.

Entre enero y marzo de 1861, Prieto luchó por hacerse escuchar y obtener apoyo para el proyecto fiscal. No sólo no lo consiguió, por el contrario, se alzaron voces en contra que pidieron su remoción al frente del Ministerio. La idea de suspender el pago de la deuda exterior les parecía en extremo peligrosa. El presidente Juárez se obstinó en conservarlo dentro del gabinete, pero el propio ministro dimitió del encargo, explicando en su renuncia:

...mis esperanzas han sido fallidas en su mayor parte; donde buscaba amparo encontré oposición; los que están obligados a sostener al Gobierno se han convertido en sus enemigos; la paz general no es todavía un hecho consumado, y los recursos para atender a emergencias de toda clase han quedado reducidos al Distrito Federal, muy productivos, por cierto, pero insuficientes para hacer los cuantiosos gastos generales que tienen el carácter de preferencial.¹⁰

La dimisión de Prieto, ocurrida el 2 de abril, no logró apaciguar los ánimos ni despertar el deseo de colaboración. Así, deseando dar el ejemplo, el presidente Juárez promulgó dos

¹⁰ “Renuncia del Sr. D. Guillermo Prieto”, *El Constitucional*, 10 de abril de 1861, p. 4.



decretos, el primero reducía la asignación de 36 000 a 30 000 pesos como sueldo anual y el otro, disminuía el número de los ministerios.

Ante el Congreso de la Unión, el presidente Juárez indicó la urgencia de resolver los problemas de la Hacienda pública. El 27 de mayo, fue enviada para examen una iniciativa elaborada por José María Castaños, que planteaba la suspensión de pagos de la deuda exterior, así como de la interior.

La discusión fue intensa pero expedita. La Cámara de Diputados aceptó que se suspendieran temporalmente los pagos de la deuda interior, pero no así los de la externa, ni la reintegración del dinero tomado indebidamente por Santos Degollado cuando confiscó la conducta de la hacienda de Laguna Seca. El decreto correspondiente fue publicado el día 29.

En ese mes de mayo, el erario público estaba en bancarrota. Algunos ejemplos de la situación servirán para mostrar el extremo al que se había llegado. El día 7, cuando se examinaban y discutían para su aprobación las credenciales del licenciado Sebastián Lerdo de Tejada como diputado por Sinacantepec, el secretario anunció que la sesión sería interrumpida porque anocheecía y la Cámara, por falta de recursos, no contaba con luminarias necesarias para alumbrar el recinto parlamentario. En respuesta, los diputados, uno a uno, se levantaron de sus asientos y fueron depositando sobre la mesa de la presidencia el dinero que llevaban en los bolsillos, pudiendo continuar con la sesión.¹¹ Los policías no contaban con el pago de su sueldo y en los hospitales los directores debieron empeñar objetos personales para dar de comer a los enfermos.¹²

¹¹ *El Heraldo*, 8 de mayo de 1861, en José R. del Castillo, *Juárez, la Intervención y el Imperio*, México, Herrero Hermanos Editores, 1904, p. 154.

¹² *El Constitucional*, 11 de mayo de 1861, p. 3.



La situación era insostenible y el 17 de julio fue necesario promulgar un nuevo decreto declarando la moratoria en los pagos de la deuda externa. La medida, aunque necesaria, fue muy mal recibida por los acreedores extranjeros. El representante inglés Charles Wyke y el de Francia Alphonse Dubois de Saligny dirigieron sendas notas al gobierno mexicano en las que exigieron, más que solicitar, la derogación del decreto. Impusieron un plazo para que sus demandas fueran atendidas, de tal suerte que, si el 25 de julio a las 4 de la tarde no se había resuelto en el sentido que exigían, el intercambio diplomático entre México y sus respectivas naciones quedaría roto.

Al no obtener la respuesta que esperaban, ambos ministros arriaron las banderas de las legaciones, acto que simbolizaba la suspensión de relaciones. Daba comienzo uno de los más graves incidentes internacionales que había vivido México y que derivaría en la guerra de Intervención Francesa y el Segundo Imperio. La República no se recuperaría sino hasta seis años más tarde.

Mientras tanto, el general Jesús González Ortega regresaba de la campaña contra los rebeldes conservadores. A las 10 de la mañana del 17 de agosto, entró a la capital al frente de las tropas y fue ocasión que aprovecharon sus partidarios políticos para exaltarlo y presentarlo como el paladín de la causa liberal. La pacificación del país no se había alcanzado ni remotamente, sin embargo, fue recibido en triunfo: las campanas repicaban, estallaban cohetes, vivas y música alegre resonaba. Para completar el cuadro, el general traía consigo ochenta prisioneros y cinco cañones que habían pertenecido a la fuerza de Leandro Valle y que Márquez le había arrebatado.¹³

¹³ Niceto de Zamacois, *Historia de Méjico desde sus tiempos más remotos hasta el gobierno de D. Benito Juárez*, t. xv, Barcelona/México, J. F. Parrés y Comp., 1880, p. 740.



El deseo de los ortegistas era mostrar al vencedor de Calpulalpan como el único hombre capaz de sacar al país de la crisis en que se hallaba sumido. Buena parte de la prensa capitalina, hostil a Juárez, le era favorable y fomentaba la idea de que voluntariamente renunciara a la presidencia y su lugar fuera ocupado por Ortega en su carácter de presidente de la Suprema Corte.¹⁴

Llevado por el entusiasmo, un grupo de aquellos que participaron en el recibimiento se dirigió a la residencia del ministro de Francia y en las puertas profirió gritos de ¡muera los franceses, muera el ministro de Francia!, para luego apedrear la fachada. Para mala fortuna, la policía nunca hizo acto de presencia.¹⁵ Esta situación dio pie a los representantes de las naciones extranjeras para afirmar que el gobierno mexicano alentaba, o por lo menos toleraba, el hostigamiento del que eran objeto. Una protesta en forma fue dirigida a Manuel Zamacona, ministro de Relaciones Exteriores; la firmaron el encargado de negocios de Bélgica, el ministro plenipotenciario de Estados Unidos y sus similares de Prusia y del Ecuador.¹⁶

En el interior de la República no faltaban las dificultades, incluso en el seno del partido liberal. En Nuevo León, el gobernador Santiago Vidaurri había autorizado a residir en el estado al ex presidente Ignacio Comonfort, quien había regresado del exilio. El gobierno federal ordenó que fuera reducido a prisión, pero la orden no fue acatada.¹⁷ El hecho, además del disgusto, demostró que Juárez no contaba con todos los elementos necesarios para hacerse obedecer. La prensa no dejó de aprovechar esas muestras de debilidad, como tampoco lo hicieron desde el Congreso los diputados

¹⁴ Ibídem, p. 740.

¹⁵ Ibídem, p. 741.

¹⁶ Ibídem.

¹⁷ Ibídem, p. 743.



antijuaristas, uno de ellos fue, Ignacio M. Altamirano, quien desde la tribuna declaró: “Se necesita otro hombre en el poder. El presidente haría el más grande de los servicios a su patria retirándose, puesto que es un obstáculo para la marcha de la democracia”.¹⁸

En septiembre la crisis política alcanzaba su punto más álgido. Juárez no contaba con la simpatía del Congreso en que abundaban los partidarios del extinto Miguel Lerdo y los simpatizantes de González Ortega. Cincuenta y un diputados solicitaron la renuncia del presidente Juárez. Si esto hubiera ocurrido, la primera titularidad del poder ejecutivo hubiera recaído en Jesús González Ortega, quien había tomado protesta como presidente de la Suprema Corte de Justicia el 21 de agosto.

Por su parte, cincuenta y cuatro diputados elevaron una representación al Ejecutivo solicitando su permanencia en el cargo. Juárez siguió al frente de la presidencia de la República, pero las cosas no serían fáciles para la conducción del gobierno. Además de lidiar con la oposición proveniente del Legislativo, en el interior de la República los grandes caciques regionales como Manuel Doblado, en el Bajío, González Ortega, en Zacatecas y San Luis Potosí, y Santiago Vidaurri, en Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas, constantemente desafiaban la autoridad de la capital, sin que el presidente pudiera someterlos. Juárez definió así la situación: “El gobierno está en una situación desesperante: tiene en las manos todas las facultades y no logra hacerse obedecer en ninguna parte”.¹⁹

Sin dinero, con partidas de rebeldes conservadores en varios puntos de la República, sin hombres capacitados en el manejo de las armas, con la opinión pública internacional en contra, con intrigas políticas en el seno del propio partido,

¹⁸ Ibídem, p. 745.

¹⁹ Justo Sierra, *Juárez: su obra y su tiempo*, México, UNAM, 2006, p. 256.



con caciques renuentes a obedecer o esperando la oportunidad para ocupar su puesto ¿qué podía hacer Benito Juárez para organizar la defensa de la patria?



El problema internacional

Además de los graves problemas interiores, el gobierno encabezados por Benito Juárez no podía olvidar los que se presentaban desde el exterior, pues ya la prensa inglesa y francesa comenzaba a hablar de la necesidad de una intervención sobre México, al que calificaban de salvaje e ingobernable y que, por pura obstinación, se negaba a hacer frente a las obligaciones pecuniarias con los acreedores extranjeros. En ese momento, Estados Unidos vio la ocasión para obtener alguna ventaja de la precaria situación y así el ministro Thomas Corwin fue comisionado para ofrecer al gobierno mexicano la suspensión del pago de los intereses de su deuda durante dos años, pero a condición de hipotecar como garantía una parte del territorio nacional. El acuerdo no llegó a concretarse.

Juan Antonio de la Fuente fue nombrado ministro en Francia el 27 de abril y ya en París, el 23 de junio, escribió a Édouard Thouvenel, ministro de Relaciones Exteriores de Napoleón III, quien le contestó que no podía ser reconocido como representante de México hasta que no se presentaran las cartas de retiro de su antecesor, el general Juan N. Almonte, informando oficialmente a las autoridades francesas que el gobierno del presidente Juárez daba por terminada la misión diplomática del hijo de José María Morelos y Pavón. La razón protocolaria alegada por Thouvenel para no admitir a De la Fuente, era un auténtico pretexto para ganar tiempo mientras tomaba forma el proyecto de instalar una monarquía en México, otorgando la corona a un príncipe eu-

ropeo. No era posible que se exigiera la destitución de quien había actuado a nombre del gobierno usurpador producto del Plan de Tacubaya y no del legítimo emanado de la constitución vigente. Por si esto no fuera bastante, los diarios habían publicado que, en marzo de ese año, el emperador había recibido en audiencia de despedida a Almonte, quien daba por terminada la encomienda.¹

Por fin, De la Fuente fue notificado en los primeros días de agosto que la recepción oficial por Napoleón III se efectuaría el 10 de ese mes. Por el mal antecedente del asunto Almonte, temía el ministro ser recibido por lo menos con frialdad e incluso creía que el acto resultaría áspero y penoso, pero, para su alivio, el trato que recibió fue “de una exquisita benevolencia”. Al breve discurso del mexicano, contestó el emperador en los términos formales que correspondía de acuerdo con el protocolo, pero después, en la entrevista privada que siguió, el soberano se mostró interesado por la suerte de México, declarando: “Qué lástima que sea tan desgraciado aquel hermoso país”.² La entrevista le hizo albergar esperanzas sobre el arreglo de los diferendos diplomáticos, y en especial el asunto de los bonos de la Casa Jecker, pero se engañaba.

Poco después, en París, el ministro de México sufrió un terrible descalabro. En una entrevista sostenida con el ministro de asuntos Extranjeros de Francia, al intentar explicar el decreto de 17 de julio que declaraba la suspensión de pagos de la deuda exterior, el funcionario lo interrumpió diciendo que no quería oír una sola palabra al respecto; que aprobaba plenamente la decisión de Dubois de Saligny de romper re-

¹ De la Fuente a Thouvenel, París, 8 de julio de 1861, en Florencio Barrera Fuentes, *Notas de don Juan Antonio de la Fuente. ministro de México cerca de Napoleón III*, México, Senado de la República, 1967, p. 7.

² De la Fuente al ministro de Relaciones Exteriores de México, 20 de agosto de 1862, en Barrera, *op. cit.*, p. 11.



laciones diplomáticas y que no sólo eso, que Francia, aliada con Inglaterra, se preparaba a enviar buques de guerra a las costas mexicanas para reclamar el pago de las deudas y exigir una satisfacción a los agravios recibidos. Esta alarmante noticia fue comunicada de inmediato por De la Fuente a su gobierno en un despacho fechado del 4 de septiembre, pero que no llegó a su destino sino hasta el 8 de octubre.³

Antonio de la Fuente pidió sus pasaportes y se trasladó a Inglaterra. Matías Romero, desengañado de que el gobierno de Abraham Lincoln adoptara una actitud activa en contra de la intervención, si no por amor a México o por amor a la justicia, por lo menos en defensa de la Doctrina Monroe, se dedicó a promover un cambio en la percepción que se tenía en esas latitudes respecto a México. No desaprovechó ningún medio a su alcance: banquetes, conferencias, artículos pagados en la prensa, folletos, etcétera.⁴ Logró establecer vínculos de amistad con otros latinoamericanos que radicaban en Nueva York y en Washington, y también interesó en el tema de México a los ministros de Perú, Venezuela, Chile y Colombia.⁵

Ya en esos días se hablaba abiertamente en la prensa europea no sólo de intervención sino de establecer un gobierno monárquico en el país y se proponía al español don Juan de Borbón para el trono. No obstante, Napoleón III tenía en mente al archiduque Fernando Maximiliano de Habsburgo, hermano del emperador austriaco Francisco José.

La deuda exterior de México proporcionó la excusa necesaria para justificar una intervención. De acuerdo con un cálculo elaborado por Manuel Payno, la deuda externa que Méxi-

³ Zamacois, *op. cit.*, pp. 758-759.

⁴ Silvestre Villegas Revueltas, *El liberalismo moderado en México, 1852-1864*, México, UNAM, 1997, p. 254.

⁵ Harry Bernstein, *Matías Romero: 1837-1898*, México, FCE, 1973, 351 pp., p. 83.



co tenía con Europa era la siguiente: Inglaterra, 69 994 544.54; España, 9 460 986.29, y Francia, 2 859 917.00 pesos.⁶

Inglaterra, siendo la nación a la que se debía la mayor suma, empezó a sondear la opinión del resto de los países afectados por el decreto de moratoria. De acuerdo con su política, no deseaba iniciar un conflicto bélico al otro lado del mundo, pretendía resolver el problema implantando una especie de intervención comercial ocupando las aduanas mexicanas y obteniendo toda clase de seguridades de que las personas y bienes de sus connacionales no se verían afectados en el futuro.⁷

El discurso belicista español preocupaba a la *Foreign Office* porque ponía en riesgo la recuperación de sus créditos; la solución era invitar a Francia a participar en una acción combinada de las tres naciones. Napoleón III encontró muy conveniente la proposición, pues combinaba perfectamente con proyectos que había anhelado realizar desde tiempo atrás; la oferta recibida y la situación política de Estados Unidos, enfrascado en la Guerra de Secesión, era una oportunidad que no deseaba dejar pasar.⁸ Queriendo establecer una monarquía en México, había dado ya pasos importantes en ese sentido, entablado discretos acercamientos con Viena para ofrecer la corona imperial al archiduque Maximiliano.

Después de varios meses de negociaciones diplomáticas en los cuales “cada uno de los gabinetes hizo gala de hipocresía, astucia y mala fe”,⁹ el 31 de octubre de 1861, en la capital del Reino Unido se reunieron el conde John Russell, primer secretario de Estado, encargado del despacho de Re-

⁶ Óscar Castañeda Batres, *La Convención de Londres. 31 de octubre de 1861*, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, Sección de Historia, México, 1962, 76 pp., p. 19.

⁷ *Ibídem*, p. 20.

⁸ *Ibídem*.

⁹ *Ibídem*, p. 24.



laciones Exteriores de la Gran Bretaña, Xavier de Istúriz y Montero, ministro plenipotenciario de España, y el conde de Flahaut de la Billarderie, embajador francés, y firmaron el tratado que se conoce como Convención de Londres.

Un artículo en especial de la Convención de Londres debía causar temor al gobierno mexicano. Si bien decía que las potencias no intervendrían en la forma de gobierno que quisiera adoptar México, lo que significaba en realidad era que no aceptaban o reconocían plenamente al gobierno que los mexicanos se habían ya otorgado. Por lo tanto, era de interés vital que los representantes aliados reconocieran como su interlocutor al gobierno juarista.

Juárez encargó a Jesús Terán la delicada misión de hacer cambiar la opinión pública europea en favor de México. Tenía instrucciones para acercarse a las personas más influyentes de las tres naciones y convencerlos de que en México no se podría imponer la paz mediante la intervención ni tampoco estableciendo una monarquía. Debía demostrar que las naciones firmantes de la Convención de Londres habían recibido informes falsos sobre la situación de México, sobre todo en lo relativo a la legitimidad del gobierno que encabezaba Juárez.¹⁰

Carlos Marx escribió y publicó algunos artículos en los que denunciaba la maquinación europea en contra de México, una república soberana amenazada. Responsabilizaba especialmente al primer ministro inglés, lord Palmerston:

La proyectada intervención de México por parte de Inglaterra, Francia y España, en mi opinión, es una de las empresas más monstruosas que jamás se haya registrado en los anales de la historia internacional. Se trata de una idea típicamente

¹⁰ Villegas, *op. cit.*, p. 215.



palmerstoniana, que asombra a los no iniciados por la locura del propósito y la imbecilidad de los medios empleados, que parecen ser bastante incompatibles con la conocida capacidad del viejo maquinador.¹¹

En la Ciudad de México también se realizaron esfuerzos de acercamiento con las naciones signatarias de la Convención de Londres. Ante la cerrazón de Saligny, que representaba tanto los intereses de Francia como los de España, Juárez instruyó a Manuel María Zamacona para que buscara un arreglo por separado con Inglaterra. Los acuerdos negociados con Sir Charles Wyke, firmados el 21 de noviembre, fueron rechazados por el Congreso, que los creyó demasiado onerosos. Esta negativa precipitó la caída del gabinete.¹²

Dos días más tarde, el presidente de la República decidió derogar el decreto de 17 de julio. De esta manera, no existiendo más el instrumento causante de la crisis, intentaron detener las consecuencias, pero era demasiado tarde. Un día antes, el general Juan Prim, en su calidad de ministro plenipotenciario de España y comandante de sus tropas, había zarpado con rumbo a La Habana.

Como es natural, se creyó, porque los hechos parecían demostrarlo así, que México se preparaba para librar una nueva guerra contra España. La población, las autoridades civiles y militares, todos estaban convencidos de ello. Francisco Zarco explica las razones que los mantenían en esa creencia:

¿Hay algún interés político que mueva a la Francia a intervenir en México? No lo descubrimos. ¿Hay alguna cuestión de

¹¹ Publicado en el *New York Daily Tribune* del 23 de noviembre de 1861, en Carlos Marx, *La intervención en México*, s. p. i., p. 5.

¹² Salmerón, *op. cit.*, p. 119.



dignidad entre los dos pueblos, cuya solución no sea posible sino por medio de la fuerza? De ninguna manera. La Francia protege a acreedores cuyo interés total no asciende ni a la quinta parte de los gastos de la más insignificante expedición naval; y México no niega su deuda, ni rehúsa pagarla, sino que se afana por hallar medios de cubrirla.¹³

Respecto a Inglaterra Zarco creía tan divididas las opiniones de sus diversas facciones políticas, que, a lo sumo, se establecería una intervención de las aduanas marítimas del país sin pasar más allá de los puertos y sin entrometerse en la política mexicana.

La percepción cambiaba cuando se consideraba el caso de España. El sentimiento antihispanista se encontraba muy arraigado en el corazón de los mexicanos y, aunque fue explotado de forma deliberada para provocar reacciones nacionalistas,¹⁴ no faltaban las razones para creer que efectivamente España pretendía recuperar la antigua colonia.

Juárez era de igual opinión. Al día siguiente de saberse que existiría una intervención, escribió al gobernador de Querétaro, general José María Arteaga, a quien manifestó la creencia de que los problemas con Inglaterra y Francia podían ser solucionados, no así con España, que se llamaba ultrajada por el gobierno mexicano y que tenía deseos de intervenir en los asuntos políticos.

No se había olvidado que en mayo de 1856 buques de guerra españoles habían fondeado en Veracruz en actitud amenazante, exigiendo el cumplimiento de un tratado celebrado en 1853 en el que se hacían reclamaciones económicas,

¹³ Francisco Zarco, *Obras completas de Francisco Zarco*, t. x, *Periodismo político y social*, vol. 9, México, Centro de Investigaciones Científicas Jorge L. Tamayo, 1992, p. 536.

¹⁴ Justo Sierra, "Historia política", en Justo Sierra (Director Literario), *México su evolución social*, tomo I, vol. 1, p. 281.



muchas de ellas fraudulentas.¹⁵ Más adelante, en 1857, el encargado de negocios de España, Pedro Sorela, declaró rotas las relaciones diplomáticas entre ambas naciones, por lo que surgió la posibilidad de una guerra. En esa ocasión, hasta el general conservador Tomás Mejía declaró estar dispuesto a luchar en defensa de la soberanía nacional.¹⁶

A lo largo de la República, tanto a los soldados como a los civiles, se les exhortaba para combatir a los españoles. En el norte del país, Santiago Vidaurri estaba convencido de que el reconocimiento del tratado Mon-Almonte era la excusa que pretendían invocar para declarar la guerra.¹⁷ En Oaxaca, el teniente coronel Rafael Ballesteros, comandante del Batallón Morelos, convocaba a sus subalternos a defender la independencia que habían conquistado sus padres, ellos, los oaxaqueños que militaban bajo el estandarte que llevaba el nombre del más grande de los insurgentes, estaban llamados a ser los primeros en abatir el orgullo de los enemigos de México.¹⁸



¹⁵ Agustín Cué Canovas, *El Tratado Mon-Almonte*, México, Consejo Editorial del Gobierno del Estado de Tabasco, 1980, p. 17.

¹⁶ *Ibíd.*, p. 21.

¹⁷ Santiago Vidaurri al ministro de Gobernación, 13 de noviembre de 1861, citado en Manuel Santibáñez, *Reseña Histórica del Cuerpo de Ejército de Oriente*, t. I. México, Tipografía de la Oficina Impresora del Timbre, 1892, p. 29.

¹⁸ *Ibíd.*, p. 27.

Preparándose para la guerra

Desde el 31 de octubre de 1861, por la información traída en un vapor inglés, en México se tuvo noticia de que España, Inglaterra y Francia habían decidido ejecutar una acción armada contra el país por el reclamo de sus intereses financieros y satisfacción de los agravios, que aseguraban habían sido cometidos en contra de su dignidad por parte del gobierno mexicano.

El presidente de la República no perdió tiempo en tratar de poner a la nación en posibilidad de ofrecer resistencia; para ello necesitó con urgencia del apoyo de todas las entidades federativas y de grupos y facciones distanciadas del gobierno por diversas circunstancias. En busca de la unidad, en persona dirigió correspondencia a varios de los gobernadores e inició una política de reconciliación.

En el aspecto militar, el general Ignacio Zaragoza, en ese entonces ministro de Guerra, ordenó a Veracruz que informara el estado que guardaba el puerto y el castillo de San Juan de Ulúa y de las condiciones que existían para defenderlas contra una agresión extranjera.

En cumplimiento de la instrucción, Ignacio de la Llave, gobernador de Veracruz, convocó a los comandantes de armas del puerto y de la fortaleza, así como al jefe del cuerpo de ingenieros. Reunidos en junta, deliberaron sobre la posibilidad real de sostener un ataque de España o de las fuer-

zas combinadas de las tres potencias.¹ Todos convinieron en que acatarían la decisión del Gobierno y que efectuarían la defensa desde cualquier punto que se determinara, pero la realidad indicaba que, pese a todos los esfuerzos humanos que se realizaran y los preparativos que se hicieran, tanto el puerto como Ulúa terminarían por sucumbir por la falta de una marina de guerra mexicana y la superioridad de la artillería flotante de los invasores.

Los militares reunidos concluyeron que, para evitar que se creyera en el interior que vencida Veracruz el enemigo había superado el obstáculo más difícil y se produjera una desmoralización general, convenía fortificar las gargantas inmediatas a la plaza y comenzar la defensa en esos puntos, donde el enemigo dejaría de gozar de las ventajas que le otorgaba su fuerza naval, de lo contrario, se proporcionaría una victoria fácil al enemigo y de fatales consecuencias para México.²

En la capital, el general Zaragoza también formó una junta para diseñar una estrategia de defensa o por lo menos acordar cuáles serían las primeras medidas que se debían adoptar al momento de materializarse la temida invasión. El 8 de noviembre, se puso en contacto con los siguientes generales de división: Pedro Ampudia, Benito Quijano y José López Uruga, y los generales de brigada José Gil Partearroyo, Vicente Rosas Landa, Santiago Tapia, Ignacio Mejía, Demetrio Chavero, Pascual Miranda y Juan José de la Garza.³ La lógica indicaba que los puntos de acceso de los agresores serían los puertos de Tampico y Veracruz y la junta, exhor-

¹ Ignacio de la Llave a Ignacio Zaragoza, 5 de noviembre de 1861, Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, en adelante AHSDN, exp. XI/481.4/8523, f. 45.

² *Ibidem*, f. 46.

³ Federico Berrueto Ramón, *Ignacio Zaragoza*, México, Secretaría de Gobernación, 1962, 342 pp., p. 234.



tada por el presidente Juárez, discutió la conveniencia de defender o evacuar estos puntos. La mayoría, tomando en cuenta la opinión externada por De la Llave, convino en la evacuación de Veracruz y de la fortaleza de Ulúa, trasladando su material de guerra a Tampico y Perote.⁴

Actuando de esta manera, los invasores, al desembarcar, creyendo haber obtenido una victoria, caerían en una auténtica trampa, pues no encontrarían más recursos además de los que trajeran consigo en sus buques, ni contarían con bestias de carga para transportar sus materiales de guerra en caso de que se decidieran a avanzar. Sobre todo, se hallarían expuestos a las terribles enfermedades tropicales que en aquellos lugares causaban verdaderos estragos entre quienes se arriesgaban al contagio. Si deseaban internarse en la República, tendrían que prescindir de los mejores elementos de guerra y encontrarían una fuerte resistencia por parte de los mexicanos, que detendrían su avance desde una mejor posición que la que les ofrecía el puerto de Veracruz.

Sin duda alguna, la mejor arma con que contaban los defensores era el clima y las condiciones sanitarias de la región, circunstancia que debe ser considerada con seriedad. Un viajero inglés que realizó una visita a México durante el año de 1861 y principios de 1862 proporcionó una idea de lo que significaba el vómito y como se percibía en aquella época:

El vómito o fiebre amarilla, es uno de los mayores inconvenientes para la entrada de tropas extranjeras aquí, pero éste no persiste más allá de doce leguas desde la costa y basta una pequeña elevación para detener su progreso. Casos se han presentado en lugares altos como Jalapa y todas las personas

⁴ Ibídem, p. 235.



que lo contraen en la costa, y son trasladados ahí, generalmente mueren, pero en cambio no se ha conocido que se haya propagado desde alguno de esos casos o que se haya generado espontáneamente ahí. Veracruz es, por supuesto, sujeto a sus fieras visitas, pero sólo en determinadas épocas del año. Tan pronto como el viajero alcanza la llanura, está a salvo.⁵

José María de Mora, comandante militar de Veracruz, recibió orden de desartillar los puntos acordados y recomendándole que, si en el ínterin hacían aparición fuerzas enemigas, actuara de manera que conciliara “el honor nacional con el comportamiento del enemigo”.⁶

El 11 de noviembre, el general Zaragoza designó a los generales Pedro Ampudia, Benito Quijano, José López Uruga, José Gil Partearroyo y Vicente Rosas Landa para constituir la Junta Permanente de Generales, que se encargaría de planear la defensa de la República de acuerdo con las circunstancias que se fueran presentando, pero ateniéndose a tres puntos principales:

1. Formular un plan general de defensa, para el caso de una agresión por alguna nación extranjera.

⁵ *The vomito, or yellow fever, is one of the great drawbacks to the entry of foreign troops here; but it does not prevail beyond ten or twelve leagues from the coast, and a very moderate elevation resists its progress. Cases have been known as high up as Jalapa, but all persons who caught it on the coast, and were removed there, generally die; but there is no known instance of its being propagated from any of such cases, or its having been spontaneously generated there. Vera Cruz is, of course, subject to its fiercest visitation, but only at particular times of the year. As soon as the traveller reaches the plain, he is safe. Cfr. Charles Lempriere, Notes in Mexico in 1861 and 1862: Politically and Socially considered, Londres, Longman, Green, Longman, Roberts & Green, 1862, p. 30.*

⁶ Berrueto, *op. cit.*, p. 235.



2. Dividir el territorio nacional de la manera más conveniente en grandes cantones militares, indicando el punto donde debe establecerse el cuartel general de cada uno de ellos, y los Estados que haya de comprender en su extensión, para que contribuyan con su contingente de hombres.
3. Que defina y redacte las instrucciones generales que cada general en jefe debe llevar.⁷

Decidida la primera estrategia que consistiría en evacuar la plaza y retirar los elementos de guerra, el general Ignacio de la Llave informó que era necesario trasladar de Veracruz 121 cañones de diversos calibres, así como ocho morteros, cuyo peso total era superior a las 260 toneladas, sin incluir los 90 561 cartuchos.⁸ También se decidió privar al enemigo de todo recurso, para que al desembarcar no encontrara alimentos ni bestias de carga.

Se comenzó a formar el cuerpo armado que constituiría la primera línea de defensa y que tendría la obligación de contener el avance sobre el interior. José López Uraga fue nombrado general en jefe del Ejército de Oriente el 23 de noviembre de 1861; contaba con los siguientes elementos: 127 Jefes, 725 oficiales, 10 297 elementos de tropa, 921 caballos y 562 mulas de tiro.

Al mando de la 2ª División se encontraba el general Ignacio Zaragoza, las brigadas 1ª y 2ª estaban a cargo respectivamente del general Francisco Lamadrid y del coronel Mariano Camacho. La 3ª División se le encomendó al general Ignacio Mejía, quien también se hacía cargo de la 1ª brigada, mientras que la segunda correspondió al general Porfirio Díaz. La brigada de caballería la comandaba el general

⁷ AHSDN, exp. XI/481.4/8523, f. 10.

⁸ Berrueto, *op. cit.*, p. 235.



Antonio Álvarez; la brigada de Morelia, el coronel Mariano Rojo, y la del Centro, el coronel Mariano Cenobio.⁹

Contando con estos elementos, Uraga salió el 2 de diciembre de la Ciudad de México y llegó a Puebla el mismo día; el 4, salió rumbo a Orizaba, donde comenzó a preparar la defensa. El eje de la estrategia que el gobierno constitucional había decidido adoptar era procurar el aislamiento del enemigo extranjero y de sus posibles simpatizantes mexicanos, por lo tanto, López Uraga estableció una serie de prohibiciones para evitar la comunicación de los nacionales con los invasores, además, mandó retirar toda clase de víveres y ganado de los alrededores del Puerto de Veracruz.¹⁰

El ministro Zaragoza instruyó a De la Llave y a Uraga respecto de lo que debía considerarse con la población y autoridades evacuadas, así como las tropas. Éstas se incorporarían a la primera línea de defensa y las autoridades y empleados públicos y población en general se distribuirían en Jalapa, Córdoba y Orizaba, pero hacía hincapié en no efectuar la evacuación hasta que el enemigo hubiera manifestado francamente sus intenciones hostiles.¹¹

El 13 de diciembre, López Uraga comunicó al Ministerio su plan de operaciones. Evacuado el puerto, se establecería el depósito general sobre el camino de Puebla; la primera línea de defensa se trazaría desde Cerro Gordo, pasando por Chiquihuite, Jalapa, Córdoba y Orizaba. El cuartel general se ubicaría en Huatusco y ahí se organizarían las guerrillas para hostilizar al enemigo. Lamentó que la escasez económica le impidiera dar cumplimiento cabal a las instrucciones recibidas, pues muchas de las piezas de artillería, evacuadas del puerto, no habían podido ser colocadas en condiciones

⁹ Santibáñez, *op. cit.*, p. 26.

¹⁰ Miguel Galindo y Galindo, *La gran década nacional 1857-1867*, t. II, México, INEHRM, 2009, p. 153.

¹¹ Berrueto, *op. cit.*, p. 237.



útiles en los puntos a los que habían sido destinadas; 74 permanecían al pie del Cerro Gordo y el resto a las faldas del Chiquihuite.¹²

Las primeras previsiones del orden militar estaban en camino. Respecto a las medidas políticas, las cosas se veían más complicadas. Benito Juárez buscó un nuevo ministro de Relaciones Exteriores; propuso el cargo a Francisco M. Olaguíbel, Sebastián Lerdo de Tejada, Manuel Dublán, pero sin éxito. Llamó entonces a Manuel Doblado. El guanajuatense llegó a la capital de la República el 6 de diciembre y exigió a Juárez que le permitiera nombrar el resto del gabinete y otros puestos clave, sin importar quiénes pudieran ser los agraciados con la designación. En cuanto a la política, se debía obrar enérgicamente y hasta dictatorialmente. El presidente se resistió al principio, pues esto convertía a Doblado en una especie de primer ministro y, con ello, jefe de gobierno.¹³ No obstante, la gravedad de las circunstancias hacía necesario actuar con desprendimiento y eran indispensables las cualidades políticas de Doblado quien, según Justo Sierra, era hombre muy versado en el arte de enredar o desenmarañar a su voluntad la madeja política.¹⁴

Tras largas entrevistas, lograron ponerse de acuerdo en la conformación del gabinete y Doblado aceptó el cargo de ministro de Relaciones Exteriores el 9 de diciembre; Jesús Terán se haría cargo de Gobernación y el general Pedro Hinojosa del Ministerio de Guerra y Marina; por lo tanto, al día siguiente, fueron aceptadas las renunciaciones de Blas Balcárcel e Ignacio Zaragoza.

El arreglo del gabinete presidencial significó un gran sacrificio para el presidente Juárez, pero gracias a eso se consi-

¹² AHSDN, exp. XI/481.4/8523, fs. 2-4.

¹³ Benito Juárez "Efemérides", en Tamayo, *Benito Juárez...*, t. 5, p. 337; Berrueto, *op. cit.*, p. 241.

¹⁴ Justo Sierra, *op. cit.*, p. 280.



guió un mínimo de unidad política y con ello se comenzó a llevar a cabo el plan de defensa de la República, que consistía en tres puntos esenciales:

- a) Formación de un ejército capaz de resistir y rechazar al enemigo;
- b) Arreglo de la cuestión extranjera: que requería lograr por lo menos que el gobierno de Juárez fuera reconocido como interlocutor legítimo y, al mismo tiempo, buscar ayuda de otras potencias extranjeras o por lo menos el apoyo y simpatía de la opinión pública internacional, y
- c) Unión nacional: cohesionar a los distintos grupos de liberales, atraer a los conservadores, convenciéndolos de sumarse a la lucha o, al menos, evitar que se uniera a los invasores y que éstos se beneficiaran de su experiencia y conocimiento del terreno.

El 4 de diciembre, el ministro Saligny salió de la Ciudad de México rumbo al puerto de Veracruz para aguardar la llegada de la escuadra francesa. Naturalmente, no deseaba exponerse a los peligros del viaje y fue acompañado por una escolta armada que le proporcionó el presidente Juárez. Acompañado de todos los empleados de la Legación Francesa, partió a las 12 del día en dos diligencias y varios carros de equipaje. Cerca de cuatrocientas personas, en su mayoría españoles, lo alcanzaron en el Peñón para aprovechar la escolta y embarcarse fuera del país. El mexicano más destacado que iba en la comitiva era Agustín Iturbide, hijo del malogrado emperador. Los bromistas se aprovecharon para afirmar que iba a reclamar el trono de México que ofrecían



en Europa los monarquistas.¹⁵ Por su parte, el ministro inglés abandonó la capital el 26 de diciembre para recibir a las tropas de su país.

El gobierno de Juárez daba por hecho que se produciría un atentado en contra de la soberanía nacional; de no pensarlo así, no hubiera dado un paso tan significativo como el de expedir, el 29 de noviembre, una amplia ley de amnistía en favor de los que hubieran cometido crímenes políticos desde el 17 de diciembre de 1857 hasta la fecha de promulgación de la ley, esto es, desde que se produjo el golpe de Estado bajo la bandera del Plan de Tacubaya y que provocó tres años de guerra civil, cuyas secuelas se extendían hasta ese momento. La generosidad de la medida exceptuaba a todos los individuos que hubieran ostentado el título de presidente de la República; a los que participaron en los asesinatos de los heridos, médicos y civiles en Tacubaya; los que tuvieron intervención en el plagio y muerte de Melchor Ocampo; los que firmaron y ratificaron el tratado Mon-Almonte, y los que ocuparon los fondos de la legación inglesa. Tampoco calificaban para este beneficio los que, en virtud de disposiciones previas, habían sido expulsados del territorio nacional, o los que, habiendo nacido en el extranjero, formaran parte de las fuerzas que con las armas combatieron el orden constitucional en calidad de jefes u oficiales. No obstante, tenían la oportunidad de solicitar al gobierno, en el plazo de treinta días, que se les expidiera un pasaporte para salir de la República.

El decreto de amnistía obtuvo algunos resultados. Antes de promulgada la ley, el prestigiado general conservador Miguel Negrete y su similar Juan Argüelles sostuvieron el 27 una entrevista en Chapa de Mota con el comandante militar de Jilotepec, teniendo como resultado que éstos se pusieran

¹⁵ *El Monitor Republicano*, 7 de diciembre de 1862, p. 2.



a disposición del gobierno, junto con los hombres que mandaban, para combatir la proyectada invasión extranjera;¹⁶ lo mismo hicieron Mariano Trujeque y algunos otros jefes de menor importancia.

En enero de 1862, Manuel Doblado y José María Arteaga intentaron convencer a Tomás Mejía para que se acogiera a la amnistía. Se le ofreció que su grado de general de división le sería reconocido y se le otorgaría el mando militar en la Sierra Gorda.¹⁷ Mejía rechazó la oferta, porque culpaba al partido liberal de la intervención, la que, en su opinión, no amenazaba la independencia nacional; además, creía su deber continuar combatiendo a la Reforma, lucha a la que estaba unido de manera indisoluble.¹⁸

Ideas muy similares manifestó Leonardo Márquez a la invitación que le hizo el padre Miranda para sumarse a la intervención que estaba por producirse:

...las naciones de que se trata, no abrigan la idea de conquista, ni piensan menoscabar en lo más pequeño la Independencia y la dignidad de México, sino que sólo quieren asegurar las personas y los intereses que aquí tienen comprometidos, estableciendo un orden de cosas duradero, que es lo mismo que nosotros hemos pretendido siempre, creo Señor Doctor, que por parte de los hombres de bien y de los que amen verdaderamente a su Patria, no puede haber obstáculo que se oponga, supuesto que se trata del bien de ella. Pero como desgraciadamente los demagogos han de tocar todos los resortes que puedan para tergiversar la cuestión, presentándola como una

¹⁶ Berrueto, *op. cit.*, p. 239.

¹⁷ Carta de Manuel Doblado a Tomás Mejía en *El Tiempo*, 21 de junio de 1894, p. 1.

¹⁸ *Ibíd.*



dominación a mano armada, y pretendiendo probar su dicho con la presencia de las tropas extranjeras.¹⁹

En suma, los conservadores —tanto los que permanecían levantados en armas como los que se habían retirado a la vida privada, así como algunos liberales moderados— no creían que la intervención extranjera significara un peligro real para la independencia de México; suponían acaso que ese riesgo era una invención de los juaristas para engañar a los rebeldes y provocar la unión de las distintas ideologías y facciones en torno a Juárez.²⁰

Al gobierno le resultaba difícil defenderse de semejantes acusaciones, cuando en la misma Cámara de Diputados se señalaba a sus ministros como los responsables directos de la crisis internacional que se vivía. El diputado Juan Suárez y Navarro enumeró algunos de los errores cometidos:

1º El mal estado de nuestras relaciones con Inglaterra, Francia y España, al tiempo de instalarse el gobierno constitucional en México, se reagravó por el modo y términos que se emplearon para conseguir el reconocimiento del Sr. Juárez por dichas potencias.

2º Bajo el ministerio de D. Francisco Zarco, se complicaron las cuestiones extranjeras y se zanjaron los fundamentos de las cuestiones que hoy han ocasionado los peligros que nos amenazan.

3º Bajo la intervención del ministerio de D. León Guzmán, se tomó un sendero opuesto al del Sr. Zarco, y las cuestiones diplomáticas tomaron el carácter de un próximo rompimiento.

¹⁹ Leonardo Márquez a Francisco Javier Miranda, Ixmiquilpan, 18 de diciembre de 1861, en Leonardo Márquez, *Manifiestos. El Imperio y los imperiales*, México, F. Vazquez, editor, 1904, p. 21.

²⁰ *El Siglo Diez y Nueve*, 23 de marzo de 1862, p. 1.



4° Bajo el ministerio de D. Manuel Zamacona, se crearon nuevos motivos de queja a Inglaterra, Francia y España; se complicaron las cuestiones pendientes durante el ministerio Zarco: se erró en los medios empleados para evitar un rompimiento que nos precipitó a una guerra que sólo podrá evitarse sacrificando a la nación en más de cien millones de pesos.²¹

Para dar la razón a quienes pensaban que estaba decidida a reconquistar su antigua colonia, España se precipitó y, sin conocer los acuerdos alcanzados en Londres, tomó la iniciativa. Del puerto de La Habana zarparon las fuerzas ibéricas los días 29 de noviembre y 1 y 2 de diciembre. La invasión a territorio nacional inició el 10 de ese mes cuando la escuadra española entró al fondeadero de Antón Lizardo. Las tropas eran comandadas por el mariscal de campo Manuel Gasset y Mercader; los buques, por Joaquín Gutiérrez de Ruvalcaba.

Como en aguas veracruzanas ya se hallaban fondeadas las fragatas de guerra *Foundre*, de bandera francesa, y la inglesa *Ariadne*, los españoles intentaron convencerlos de participar junto con ellos en la toma del puerto. A bordo de la nave francesa se efectuó una conferencia en la que tanto el comandante francés como el inglés rehusaron formar parte de la operación de desembarco que planeaban efectuar los españoles. La razón que dieron para su negativa fue la de carecer de órdenes al respecto.²²

No les preocupó mucho a los españoles iniciar solos la expedición, pues sus fuerzas, por el número y composición, eran suficientes para poner en serias dificultades a las tropas que guarnecían el principal puerto mexicano, pues con-

²¹ *El Siglo Diez y Nueve*, 28 de noviembre de 1861, p. 1.

²² Jesús de León Toral, *Historia Militar. La Intervención francesa en México*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, Sección de Historia, 1962, p. 94.



taban con 13 buques de guerra, igual número de naves de transporte, seis batallones de infantería, dos de los cuales eran de cazadores, y el resto de línea con 4944 elementos de tropa, un escuadrón y un pelotón de escolta, ambos de caballería, 146 elementos, tres compañías de artillería (432), dos compañías de ingenieros (200), Guardia civil (25), Confinados (15); en total, 5762 hombres. La artillería estaba compuesta de ocho piezas de 12 libras, dos obuseros de 21 y dos morteros de 27, además de dos baterías de ocho piezas, una de ellas de ocho libras y la otra de seis, esta última de montaña. Para el servicio y transporte de esta arma se contaba con 64 acémilas.²³

Confiados en su superioridad, el 14 de diciembre dirigieron un ultimátum exigiendo la entrega del puerto de Veracruz y la fortaleza de San Juan de Ulúa,²⁴ concediendo un plazo de 24 horas para recibir la respuesta que, en caso de ser negativa o si al expirar el plazo no se había recibido contestación alguna, podía el gobierno de Veracruz dar por comenzadas las hostilidades.

No obstante que se trató de una auténtica amenaza y por lo tanto de un acto de guerra, el gobernador De la Llave siguió las instrucciones convenidas con anterioridad y no opuso ninguna resistencia. Contestó al ultimátum informando que daría cuenta de su contenido al gobierno de la República, que se retiraría con su administración del puerto y la instalaría en un lugar inmediato, dejando al mando de la ciudad al Ayuntamiento, auxiliado por una pequeña fuerza de policía y a un grupo de ciudadanos extranjeros armados para conservar el orden.²⁵ Se trasladó a Paso de Ovejas

²³ Ibídem.

²⁴ Galindo, *op. cit.*, p. 138.

²⁵ Francisco Giménez y Guitied, *Historia militar y política del excelentísimo señor don Juan Prim, conde de Reus, marqués de los Castillejos y Grande de*



desde donde comunicó al gobierno federal los pormenores de la evacuación.²⁶

A pesar de la prisa que manifestó el comandante español en su ultimátum, el desembarco no pudo verificarse el domingo 15 a causa de un temporal sino hasta el martes 17 diciembre, y con tan sólo 1800 hombres que lo hicieron por las playas de Mocambo. Al mismo tiempo, las brigadas de los buques Isabel y San Francisco se hicieron cargo de San Juan de Ulúa y del puerto. A las 12 del día la bandera española ondeó en la fortaleza y fue saludada por una salva de veintiún cañonazos.²⁷ Cuando el general Joaquín Gutiérrez de Ruvalcaba visitó el punto se queda comentó: “Confiadas a otras manos hubieran podido retar a nuestras fuerzas navales, que no hubieran alcanzado una victoria dudosa sin mucha pérdida de gente”.²⁸ El general español creyó débiles a quienes, a su juicio, debieron defender el fuerte que él había ocupado sin mayor contratiempo, ignoraba que la actitud de De la Llave formaba parte de una estrategia ya considerada de antemano.

Igual impresión sufrió el historiador mexicano José C. Valadés, quien supuso a Juárez “víctima de su pobre información y de una debilidad manifiesta”,²⁹ que creía que la paz podía ser conservada a expensas de sufrir la humillación de entregar, sin luchar, una plaza de primera importancia.

José María Vigil sospechó lo mismo que los anteriores, pero no queriendo admitirlo, elaboró una complicada excusa con la que quiso rescatar la imagen de Juárez. Con

España de primera clase, t. III, Barcelona/Madrid, Librería de A. de San Martín, 1871, p. 29.

²⁶ AHSDN, exp. XI/481.4/8363.

²⁷ Giménez, *op. cit.*, p. 29.

²⁸ Citado por Jesús de León Toral, *op. cit.*, p. 95.

²⁹ José C. Valadés, *Maximiliano y Carlota en México, historia del Segundo Imperio*, México, Diana, 1976, p. 39.



esa intención opina que si la escuadra española no encontró resistencia al desembarcar, no fue por falta de valor de los mexicanos sino “por evitar hasta el último extremo cualquier conflicto armado, que, fueran cuales fuesen sus consecuencias, comprometería el amor propio de los beligerantes y empeñaría una lucha cuyo término no podía preverse”. No luchar, continua Vigil, fue muy conveniente, pues si en ese momento se hubiesen roto las hostilidades, ya no habría sido posible ningún entendimiento con España, y ésta tendría que haber seguido el camino de Francia. Por lo tanto, según el historiador mexicano, “hay que felicitarse”, pues se evitó una situación “funesta bajo todos los aspectos, tanto para España como para México”.³⁰

El plan de defensa se desarrollaba como estaba previsto, incluso gracias al retraso en el desembarco hispano, el gobernador de Veracruz pudo trasladar los restos de la artillería del puerto y del fuerte a otros puntos, aunque varias piezas tuvieron que ser abandonadas ante la imposibilidad de transportarlas.³¹ Para que nada de lo dejado atrás pudiera ser de utilidad a los invasores, los mexicanos procuraron destruir todo lo que les fue posible: arrancaron muchos pinzotes de las correderas y lo mismo hicieron con puertas y ventanas, bombas cargadas fueron arrojadas al foso de la fortaleza y en una gran hoguera quemaron muchos objetos, siendo el último en ser arrojado al fuego una bandera española.³²

³⁰ José María Vigil, “La Reforma”, en Vicente Riva Palacio (coord.), *México a través de los siglos*, vol. 5, México, 1962, p. 489.

³¹ Las piezas de artillería de San Juan de Ulúa y los baluartes de Concepción y Santiago sumaban 196, entre los que había cincuenta cañones de hierro y sesenta de fundición inglesa y belga y tres morteros con sistema giratorio. Valadés, *op. cit.*, p. 40.

³² Joaquín Gutiérrez de Ruvalcaba al general Serrano, Capitán General de Cuba, 20 de diciembre de 1861, en Tamayo, *Benito Juárez...*, t. 5, p. 468.



Juárez, al permitir el desembarco y la ocupación del puerto, había dado el primer golpe a los invasores, quienes no se percatarían de ellos hasta que sus soldados comenzaron a ser afectados por la enfermedad y a desertar de sus filas. Desde sus posiciones en lugares más salubres, con buena parte de su arsenal, emplazados donde sería más provechoso, los mexicanos eran en ese momento más fuertes que sus enemigos.

El general Gasset, sintiéndose dueño de Veracruz, hizo público que la única conquista que deseaba realizar era la del afecto de aquellos que años atrás fueron sus hermanos, de vengar los insultos hechos a la bandera española, hacer cumplir los tratados y evitar nuevos ultrajes a los súbditos de Su Católica Majestad residentes en México y, en caso de que ocurrieran, entregar a los responsables a la justicia.³³

Gasset declaró el estado de sitio en la población y demás puntos ocupados por sus tropas, y estableció una comisión militar permanente para conocer de toda clase de delitos. La Aduana del puerto fue ocupada el 20 de diciembre, quedando encargada de ella un español de apellido Flaquer.³⁴ También se exigió que, en un plazo de 24 horas, los vecinos entregaran en el cuartel español cualquier tipo de arma de fuego que tuvieran en su poder.³⁵

El general conservador Félix Zuloaga que, como se recordará se hacía llamar presidente de la República, por medio de su ministro de Guerra, Herrera y Lozada, emitió una proclama, en la cual responsabilizaba al gobierno *demagogo* por la invasión que sufría la República, y como primer magistrado de México se ofreció para servir como conciliador

³³ Giménez, *op. cit.*, p. 30.

³⁴ Antonia Pi-Suñer Llorens, "El eterno problema: deuda y reclamaciones (1861-1868)", en Clara E. Lida (compiladora), *España y el Imperio de Maximiliano*, México, El Colegio de México, 1999, p. 51.

³⁵ Galindo, *op. cit.*, p. 141.



y alcanzar un armonioso entendimiento, no obstante, aclaró que si los invasores osaban atentar contra la independencia de México, los atacaría “con todo el poder de que se hallaba investido”.³⁶ Esa oferta patriótica no se cumplió, pues cuando los hechos demostraron que los franceses deseaban atentar contra la independencia, Zuloaga olvidó el ofrecimiento y abandonó el territorio nacional. No obstante, el tiempo que vaciló fue bien aprovechado por los juaristas.

El gobierno legítimo, al tomar conocimiento de que tropas españolas habían desembarcado y ocupado Veracruz, ordenó el cierre del puerto a la comunicación y comercio, tanto de altura como de cabotaje, y advirtió que serían considerados y tratados como traidores a la patria todos los mexicanos que tomaran las armas y se unieran a los invasores o que de cualquier forma les prestaran auxilios en detrimento de los intereses e independencia de México.

Como lo más apremiante era levantar un gran contingente armado, el plazo de la ley de amnistía fue prorrogado quince días más, a fin de que se presentaran a las autoridades aquellos que no lo hubieran hecho todavía y que ahora, viendo amenazada de forma positiva a la patria, quisieran defenderla, olvidando rencillas políticas.

También, tal como se hizo durante la Guerra de Reforma, se autorizó a los gobernadores de los estados para que dispusiesen de las rentas que a nombre de la Federación cobraban en sus entidades y que con esos recursos sustentaran los gastos de reclutamiento, a fin de reunir un total de 52 000 hombres.³⁷

³⁶ Ibídem. p. 157.

³⁷ Al Distrito Federal, Oaxaca, Guanajuato, Jalisco, Zacatecas, San Luis Potosí, Estado de México, Michoacán, Puebla y Veracruz les correspondía aportar 3000 hombres; Nuevo León-Coahuila, Tamaulipas, Durango, Chihuahua, Guerrero, Yucatán y Tabasco, 2000; Aguascalientes, Querétaro, Colima, Chiapas, Tlaxcala, Baja California, Sonora



Los primeros en responder al llamado del presidente Juárez fueron los estados de Querétaro, Oaxaca y Michoacán.³⁸ El gobernador de Querétaro, José María Arteaga, ofreció una brigada; Cajiga, de Oaxaca, tenía ya preparados desde fines de noviembre cerca de cuatro mil hombres pertenecientes a la Guardia Nacional de su entidad, a quienes como despedida dirigió esta proclama:

Vosotros vais a representar entre nuestros hermanos a un grande Estado. Los nombres de Morelos y Guerrero son el recuerdo de dos héroes; ellos pelearon por la independencia y por la libertad que vosotros vais a defender y con vuestro denuedo nosotros legaremos a los nuestros, la Patria y el porvenir.

Oaxaca os confía su honor y su nombre; el Gobierno os recomienda la subordinación y la constancia; los enemigos extranjeros admirarán vuestro heroísmo y vuestro brío y yo os saludo desde ahora, porque conozco vuestro valor y veo en vuestra frente la luz de la victoria.

¡Oaxaqueños! ¡Viva la Independencia! ¡Vivan la libertad y Reforma!³⁹

Las rencillas locales y conflictos internos en diversos estados de la federación —que sin ser de la gravedad que representaban las partidas de conservadores— evitaban el ágil accionar del gobierno. Por esa razón, el presidente de la República, en uso de las facultades extraordinarias, decidió

y Sinaloa, 1000 a cada uno. Decreto del 17 de diciembre de 1861, en Tamayo, *op. cit.*, t. 6, pp. 452 y 453.

³⁸ Enrique A. Martínez y Martínez, *Tropas de Querétaro en las Cumbres de Acultzingo, el 5 de mayo, el sitio de Puebla*, Querétaro, Editorial Ndâmxéy, 1962, p. 16.

³⁹ Tamayo, *op. cit.*, t. 5, p. 307.



declarar el estado de guerra en las entidades federativas más expuestas a la invasión, lo que significaba que las autoridades civiles cesarían en el desempeño de sus funciones, las cuales serían asumidas por otras designadas por el Ejecutivo y que reunirían en su persona el mando político y militar del estado. Este fue el caso de Puebla, San Luis Potosí, Colima, Tamaulipas, Jalisco y el Estado de México.

La entidad poblana fue declarada en estado de sitio el 3 de enero de 1862.⁴⁰ Ese día, el presidente de la República designó al general José M. González Mendoza como gobernador del estado, debiendo hacerse cargo del gobierno militar y político, con la orden de que tomara de manera inmediata las medidas necesarias para enfrentar la situación y, en especial, se avocara a acopiar recursos materiales y humanos para la inminente guerra. La declaración de estado de sitio y su relevo en el mando político fue notificada por oficio al gobernador Francisco Ibarra Ramos el 3 de enero. Sin embargo, renuentes a entregar el poder, los miembros de la legislatura del estado alegaron que no habían sido notificados oficialmente por el gobierno federal y declararon que las disposiciones que comenzaba a dictar González Mendoza turbaban la tranquilidad pública, y lo instaron a suspender su actividad para evitar la alarma de la población. González acusó a las autoridades poblanas de intervenir el telégrafo para evitar que tuviera comunicación con el Supremo Gobierno, mientras una comisión marchaba a la capital para que modificara su determinación.⁴¹ No tuvieron éxito las gestiones que se realizaron en ese sentido y para acabar con la oposición, el presidente Juárez dispuso que por telegrama se ordenara al gobernador Ibarra que cesaran los obstáculos

⁴⁰ AHSDN, exp. XI/481.4/8799, f. 3.

⁴¹ General José M. González al ministro de Guerra, enero 5 de 1862, AHSDN, exp. XI/481.4/8799, f. 8.



que le presentaban al general González.⁴² También se decretó formalmente el estado de sitio el 6 de ese mes. Se hizo evidente que resultaría muy difícil encontrar apoyo real y especialmente en la capital.

Así lo informó González Mendoza al presidente cuando, sufriendo el amago de Leonardo Márquez, quien amenazaba con penetrar en el estado, se veía forzado a mantener a media ración a la tropa bajo su mando por las dificultades para obtener recursos.⁴³

La autoridad superior de Nuevo León recayó en Santiago Vidaurri,⁴⁴ la de Tamaulipas, en Jesús González Ortega; Veracruz, José López Uruga, quien, para no desatender sus obligaciones como jefe del Ejército de Oriente, la delegó en el gobernador constitucional Ignacio de la Llave. Colima fue declarada en estado de guerra el 28 de enero; Jalisco y Querétaro, el 14 de febrero.⁴⁵ También el 3 de enero, se dispuso se formara una brigada al mando de Manuel García Pueblita para combatir a los reaccionarios.⁴⁶

El 6 de enero hizo su arribo la escuadra inglesa, los navíos franceses y los españoles *San Francisco de Asís*, *Ulloa* y *San Quintín*. A bordo del primero viajaba el general Prim, quien desembarcó a las once y media de la mañana.⁴⁷

Ya en tierra, se dirigió a sus hombres, encomendándoles que observaran la mejor de las conductas, recordándoles que los habitantes de la tierra que pisaban tenían también sangre española y, por lo tanto, insistía en:

⁴² AHSDN, exp. XI/481.4/8799, f. 5.

⁴³ González Mendoza a Benito Juárez, 25 de mayo de 1862, Tamayo, *op. cit.*, t. 6, p. 8.

⁴⁴ Galindo, *op. cit.*, p. 158.

⁴⁵ *Ibíd.*, p. 159.

⁴⁶ AHSDN, exp. XI/481.4/8977, f. 33.

⁴⁷ Galindo, *op. cit.*, p. 141.



Orden, pues, y respeto al país en que nos hallamos; vean los que nos juzguen de invasores y de dominantes, que no venimos aquí por espíritu de conquista, ni nos ciegan ambiciones de ningún género; que sólo venimos a sellar el buen nombre de nuestra patria; como nobles caballeros a pedir reparación de ofensas inferidas; como generosos a contribuir a la paz y desarrollo de un pueblo digno de felicidad y de ventura.⁴⁸

El momento decisivo se aproximaba y la persona en que el gobierno había cifrado sus esperanzas para comandar la primera línea de defensa, el general José López Uraga, cometió un terrible error. En una entrevista con Saligny el 25 de diciembre, el mexicano le pidió al ministro extranjero “como un servicio que hiciera todo lo que de mí dependiera para impedir a los españoles avanzar adelante de los franceses”. Si él debía entregar su espada, quería que fuese a un oficial francés. En cuanto a entregarla a un español, él “se suicidaría antes que sufrir tal humillación”.⁴⁹ No habían llegado aún los ingleses y franceses y el general en jefe del Ejército de Oriente ya tomaba previsiones para la rendición. Además, con torpe ingenuidad y punible indiscreción, Uraga proporcionó valiosa información al representante de una nación que todavía no había mostrado su verdadero rostro: “Me confesó que no tenía para oponernos sino alrededor de 1,200 hombres mal armados, medio desnudos; necesitaba por lo menos un mes o seis semanas para recibir los primeros refuerzos que se le prometían, 2,000 ó 3,000 hombres de las guardias nacionales de Oaxaca y de Morelia. En esta situación, toda resistencia de su parte era imposible”.⁵⁰

⁴⁸ Ibídem, p. 142.

⁴⁹ Lilia Díaz, *Versión francesa de México. Informes diplomáticos (1862-1864)*, v. 3, México, El Colegio de México, 1965, p. 118.

⁵⁰ Ibídem.



El desliz de López Uruga fue conocido, y para evitar que su comportamiento tuviera lamentables consecuencias en la moral de la población, se tuvo que recurrir a un desmentido publicado en la prensa que afirmaba: “No ha habido conferencias.- Sabemos de una manera positiva que el Sr. Gral. Uruga ha estado muy distante de tener conferencias con los ministros extranjeros, y que por lo mismo es falso cuanto se ha dicho sobre las conferencias de la Tejería”.⁵¹ Sin embargo el daño estaba hecho. Sin hacer ninguna clase de publicidad, Uruga fue destituido; el 6 de febrero, recibió la orden de trasladarse a la Ciudad de México. Con comunicación fechada en su cuartel en Córdoba el 8 de febrero, informó al ministro de Guerra que, por instrucciones del presidente Juárez, hacía entrega del mando del Ejército de Oriente al general Zaragoza. La causa mexicana salió favorecida con el cambio, pues el ánimo derrotista de su anterior comandante no casaba con el espíritu de resistencia y lucha que mantenía firme al gobierno de Juárez.

La dirección del ejército de Oriente fue encomendada al general Ignacio Zaragoza, quien acababa de sufrir la pérdida de su esposa.⁵² El 20 de febrero de 1862, se encontraba bajo sus órdenes con esta distribución en el mando:⁵³

⁵¹ *El Constitucional*, 12 de enero de 1861, p. 3.

⁵² Rafaela Padilla de Zaragoza murió en la Ciudad de México el 13 de enero y fue sepultada al día siguiente en el Panteón de San Diego, Berrueto, *op. cit.*, p. 266.

⁵³ Santibáñez, *op. cit.*, pp. 43-44.



*General en Jefe del Cuerpo de Ejército
general Ignacio Zaragoza*

Primera División, encargada de cubrir la línea de Jalapa bajo el mando del general en jefe, general Ignacio de la Llave	Segunda División, general Francisco Lamadrid, encargada de guarnecer La Soledad.	Tercera División, comandada por el general cuartel maestre Ignacio Mejía. Su misión consistía en cubrir la línea de Potrero y El Camarón.
Brigadas	Brigadas	Brigadas
1ª a cargo de José María de Mora.	1ª al mando de Pedro Róseco.	1ª encomendada a Antonio Ramírez.
2ª comandada por Macario Prieto.	2ª dirigida por Mariano Camacho.	2ª a cargo del general Porfirio Díaz.
3ª por Mariano Rojo.		

Además, se contaba con la Brigada de México del general Ignacio Echegaray, custodiando la población de Cotaxtla. La Brigada de Caballería estacionada en Chalchicomula, mandada por Antonio Álvarez, y la Sección Gálvez, acantonada en Chiquihuite y conducida por José María Gálvez.



Inicia la intervención

AldíasiguientedelarribodelgeneralJuanPrim, lastropas francesas desembarcaron y se alojaron en los cuarteles queanteshabíanocupadolosespañolesque, siendolosmásconfortables, los cedieron por cortesía a sus colegas galos.

La escuadra francesa estaba al mando del almirante Jurien de la Gravière con la siguiente flota: el *Massena*, con quinientos zuavos y doscientos artilleros de marina; las fragatas *L'Ardente*, con quinientos infantes de línea, *L'Astrée*, con quinientos infantes de línea, y *Guerriere*, con trecientos fusileros de marina. Adicionalmente se contaba con transportes que llevaban en conjunto 2000 hombres. Formaban parte de la comitiva el jefe de Estado Mayor, coronel Letelier-Valazé; comandante de ingenieros, capitán Lebescoud de Coatpont; jefe de servicios administrativos, subintendente militar Raoul; jefe de servicio de sanidad, el médico principal Lallemand.¹

Elejército detierraestabaintegradodelasiguienteforma: un batallón de infantería con su Estado Mayor y seis compañías al mando del coronel L'Heritier; un segundoregimientode zuavos con dos batallones y su Estado Mayor, comandados por el coronel Gambier; un escuadrón del segundoregimientode cazadores de África, la primera batería del noveno regimiento de artillería; la sexta compañía de obreros ingenieros; la primera compañía ligera

¹ Giménez, *op. cit.*, p. 34.

del tercer escuadrón del tren de equipajes; destacamento de obreros de administración y enfermeros de sanidad militar.

Las tropas del ejército de mar se formaron con un regimiento de infantería; una batería de artillería, y un destacamento de gendarmes venido de las Antillas Francesas. Agregados al Estado Mayor del ejército expedicionario venían el jefe de escuadra Lacroix, el capitán Russel, el capitán Hubert Castex y tres tenientes.²

La escuadra inglesa resultaba, por lo menos en número, la más pequeña de las tres fuerzas intervencionistas, pero, en cambio, contaba con un gran poder de fuego que le proporcionaba la artillería, ya que se componía del navío *Saint George*, con 86 cañones; el *Sans Pareill*, de 70; la fragata *Morse*, de 40; la fragata *Challenger*, de 21, y las cañoneras *Barra-coute*, de 6 y *Plover*, de 5. El mando correspondía al comodoro Hugh Dunlop y a Sir Charles Lenox Wyke.³

El 8, el general Prim, como se tenía previsto, asumió el carácter de jefe de la expedición y reunió a los plenipotenciarios de Francia e Inglaterra para acordar los pasos que debían seguir. Convinieron los tres aliados en dirigir una nota al gobierno mexicano explicando las razones de su presencia y exigiendo la reparación de los agravios sufridos, los cuales se pretendía exponer en conjunto. Se redactó la nota y después cada representante expuso ante los demás las reclamaciones que pretendía hacer valer.

Los españoles pedían que se nombrara un representante de México en España para que diera amplia satisfacción a los ultrajes que se dice habían sido inferidos a ese reino, que fuera reconocido y se cumpliera lo estipulado en el tratado Mon-Almonte y que fueran indemnizados los españoles que

² Ibídem.

³ Ibídem.



hubieran sufrido perjuicios.⁴ Los ingleses, por su parte, demandaban se cumpliera un convenio que demandaba 40% de los ingresos de las aduanas para la satisfacción de la deuda con los británicos, que llegaba a la enorme cantidad de cincuenta millones de pesos; además, el pago inmediato de setecientos cincuenta mil que durante la Guerra de Reforma fueron sustraídos del consulado en San Luis Potosí y en la legación en la Ciudad de México.⁵

Las reclamaciones francesas habían sido redactadas por Saligny y correspondió su lectura al almirante De la Gravière. Cuando éste las hubo leído, los ingleses Dunlop y Wyke, así como el español Prim, quedaron asombrados.

Francia exigía el pago de doce millones de pesos, producto del contrato celebrado entre Miguel Miramón y la Casa Jecker, que había proporcionado una cantidad no mayor a los 750 000 pesos y a cambio requería recibir la millonaria suma referida. Esta sola reclamación era ya notoria y escandalosamente injusta, y ningún gobierno hubiera podido reconocerla sin sufrir descrédito y deshonor; pero además, Napoleón III demandaba el derecho del ministro francés, por sí o por sus delegados, a participar en la administración de justicia siempre que un súbdito de su nación interviniera o fuera parte en una querella judicial; y esto no quedaba ahí, pues se solicitaba la presencia de interventores franceses en las aduanas de la República, a fin de garantizar el pago de los créditos, teniendo estos funcionarios la facultad de rebajar el arancel a su criterio.⁶ No olvidaron exigir el castigo de los que osaron apedrear la casa del ministro francés el 14 agosto, a quienes se debía imponer un castigo ejemplar; asimismo, el gobierno mexicano tendría que dar a Francia y

⁴ José María Miguel i Vergés, *Prim en México. General de una causa justa*, México, SEP-INBA-Pangea, 1987, p. 68.

⁵ Vergés, p. 68.

⁶ Miquel i Vergés, p. 68.



a su representante “las reparaciones y satisfacciones debidas por estos deplorables excesos”.⁷

No había forma posible de que los plenipotenciarios ingleses y españoles suscribieran una nota de esa naturaleza. Prim se percató de la maniobra francesa de presentar demandas que sabía de antemano inadmisibles, para provocar un estado de guerra con México y arrastrar a Inglaterra y España.⁸ Sir Charles Wyke sostuvo que “las armas inglesas no sostendrían jamás tamaña injusticia”.⁹ Incluso en Estados Unidos el contenido y carácter de la nota fue criticada en el Senado por el senador de California J. A. McDougall.¹⁰ De cualquier forma, después de una larga discusión, que se prolongó hasta el día 14, se optó por enviar únicamente la nota explicativa sin anexar las reclamaciones, dejando para después la exposición que realizaría cada nación de forma particular.

También estimaron conveniente expedir una proclama para tranquilidad de la población civil, cuyos últimos párrafos decían:

Mexicanos: Escuchad la voz de los aliados, áncora de salvación en la deshecha borrasca que venís corriendo; entregaos con la mayor confianza a su buena fe y rectas intenciones; no temáis nada por los espíritus inquietos y bulliciosos, que si se presentaren, vuestra aptitud resulta y decidida los sabría

⁷ Reclamaciones francesas redactadas por Dubois de Saligny, en Santiabáñez, *op. cit.*, p. 18.

⁸ Vergés, *op. cit.*, p. 69.

⁹ Citado en *ibídem*, p. 68.

¹⁰ *I call the attention of the Senate to this paper. It exhibits an outrage too great to be characterized. It not only offends the common sense of justice of man kind, but deserves execration every where and by all men. Cfr. James Alexander McDougall, French interference in Mexico, Baltimore, John Murphy & Co., 1863, p. 10.*



confundir, mientras nosotros presidamos impasibles el grandioso espectáculo de vuestra regeneración, garantida por el orden y la libertad.

Así lo comprenderá, estamos seguros de ellos, el gobierno Supremo a quien nos dirigimos; así lo comprenderán las ilustraciones del país a quienes hablamos, y a fuer de buenos patricios no podrán menos de convenir en que, descansando todos sobre las armas, sólo se ponga en movimiento la razón, que es la que debe triunfar en el siglo XIX.¹¹

El 14 de enero, acompañada por una escolta mexicana solicitada al general Uruga, salió rumbo a la capital la comisión encargada de entregar al gobierno la comunicación de los aliados. La integraban el brigadier Lorenzo Miláns; el jefe de Estado Mayor, José Argüelles; el capitán de la marina francesa, Thomaset, y el capitán de la marina inglesa, Eduardo Patham. El día 20 llegaron a su destino donde fueron bien recibidos.¹² El 22, el ministro de Prusia les ofreció un banquete, al que asistió el ministro Doblado y otros funcionarios mexicanos. Al día siguiente, fueron homenajeados por José González Echeverría, tío de la esposa del general Prim, con un suntuoso baile en honor de Miláns.¹³

En este acto, se ofrecieron numerosos y muy entusiastas brindis en honor del general Prim, que después dieron lugar a calumnias y recriminaciones en las que se acusaba al militar catalán de tener intenciones e intereses ocultos.¹⁴ Se llegó a decir, entre otros disparates, que el conde de Reus,

¹¹ Giménez, *op. cit.*, pp. 40-41.

¹² Manuel Payno, *Reseña Histórica de la invasión en México por las potencias aliadas Inglaterra, España y Francia, y los motivos que la causaron desde los bonos de Jecker hasta el fusilamiento de éste en París*, México, Imprenta del Gobierno en el Ex-Arzobispado, 1898, p. 28.

¹³ *Ibíd.*, p. 29.

¹⁴ Giménez, *op. cit.*, p. 41.



aprovechando la confusión y las tropas que tenía a su mando, pretendía hacerse coronar como rey de los mexicanos.

Como se ha dicho, los emisarios de los aliados no podían tener queja sobre el trato que les fue dispensado, incluso se había girado una orden para que, en todos los puntos de parada en el camino, no les fuera cobrado nada de lo que consumieran. Lejos de agradecerlo, interpretaron esta cortesía como una muestra de descrédito del gobierno, relatando cómo al momento de pedir la cuenta en el Hotel Iturbide, donde se hospedaron en la Ciudad de México, el administrador se quejó de no poder cobrar y que el gobierno no le resarciría.¹⁵ También los comisionados contaron cómo, en los campamentos que encontraron a su paso, fueron interrogados en torno a si el resultado de su viaje traería la paz, pues así podrían los reclutas regresar a sus hogares, de donde fueron sacados a la fuerza y mantenidos harapiento, mal alimentados y con la amenaza de ser perseguidos y fusilados si intentaban escapar.¹⁶ La curiosidad de los enviados no pasó inadvertida al general Zaragoza, y a él se debe la idea de que a su regreso se les hiciera volver por el mismo camino, a fin de que no obtuvieran mayor información sobre las posiciones y defensas mexicanas.¹⁷

Es natural que en esos momentos de extrema tensión, en los que no se podía tener ninguna certeza respecto del futuro, se tomaran —como lo había acordado Doblado con Juárez— las medidas más enérgicas. Para dejar sentado que el Gobierno no toleraría que con excusa o al amparo de la invasión extranjera se corrompiera el orden constitucional, fue expedida la *Ley para Castigar los Delitos contra la Nación*,

¹⁵ José Agustín Argüelles, *Breves apuntes sobre la historia de la intervención en México*, La Habana, Imprenta del Gobierno y Capitanía por S. M., 1863, p. 18.

¹⁶ *Ibíd.*, p. 19.

¹⁷ Berrueto, *op. cit.*, p. 267.



Contra el Orden, la Paz Pública y las Garantías Individuales de 25 de enero. El primer artículo no podía ser más claro: consideraba delito contra la independencia y seguridad de la nación “La invasión armada, hecha al territorio de la República por extranjeros y mexicanos, o por los primeros solamente, sin que haya precedido declaración de guerra por parte de la potencia a que pertenezcan”. Esta circunstancia no era nueva en la historia mexicana, excluyendo la que estaba ocurriendo en ese momento en Veracruz. La más reciente había sido la acontecida durante la dictadura de Antonio López de Santa Anna, cuando el aventurero francés Raousset de Boulbon intentó adueñarse de Sonora. En el mismo artículo, las fracciones siguientes detallaban acciones que se habían realizado ya, se estaban verificando e incluso que sucedieron posteriormente, como se apunta a continuación:

III. La invitación hecha por mexicanos o por extranjeros residentes en la República, a los súbditos de otras potencias, para invadir el territorio nacional, o cambiar la forma de gobierno que se ha dado la República, cualquiera que sea el pretexto que se tome.

V. En caso de verificarse la invasión, contribuir de alguna manera a que en los puntos ocupados por el invasor, se organice cualquiera simulacro de Gobierno, dando su voto, concurriendo a juntas, formando actas, aceptando empleo o comisión, sea del invasor mismo o de otras personas delegadas por éste.

El artículo 2º prevenía los casos en los que se cometían delitos que lesionaban el Derecho de Gentes, tales como el tráfico de esclavos que amenazaran la vida de los ministros extranjeros. El 3º contemplaba los delitos contra la paz pública: rebelión contra las



instituciones políticas a las autoridades legítimamente establecidas, etcétera.

El conocimiento de los delitos referidos competía a la autoridad militar y, en su caso, la instrucción, juicio y ejecución de las sentencias. Las penas señaladas por la contravención eran en exceso rigurosas, pues para casi todos ellos se contemplaba la pena de muerte. Esta Ley estuvo vigente durante el tiempo que duró la intervención extranjera y el Imperio, y bajo sus normas fue juzgado y ejecutado el archiduque Maximiliano.

Los comisionados volvieron a Veracruz con la respuesta del presidente Juárez que, en términos generales, ofrecía atender todas las reclamaciones que le fueron presentadas, pero solicitaba se fijaran condiciones y plazos razonables, dado el estado de las finanzas públicas. Para concretar los detalles, invitaba a los plenipotenciarios a trasladarse a Orizaba con una escolta de honor de dos mil hombres; al lugar serían enviados por el gobierno mexicano dos representantes investidos con plenos poderes. Pedía también que las tropas de intervención evacuaran el territorio nacional. En apoyo a su solicitud, se trasladaron a ese punto junto con la comisión los señores Zamacona, Bello y Carrillo,¹⁸ además del jefe de Estado Mayor de Uraga, Alegre.¹⁹

Como pago a las gentilezas recibidas, los cuerpos de música del ejército español obsequiaron a Zamacona con una serenata.²⁰ En cambio, los franceses, dispuestos a hacer fracasar las negociaciones, encontraron inaceptable la respuesta de los mexicanos y propusieron despachar a Zamacona y, lejos de agradecer la propuesta de una sede de negociaciones más adecuada y, sobre todo, más saludable, pretendieron se

¹⁸ Giménez, *op. cit.*, p. 43.

¹⁹ Miguel i Vergés, *op. cit.*, p. 79.

²⁰ Galindo, *op. cit.*, p. 165.



respondiera que los aliados ocuparían el lugar que más les conviniera, fuera del agrado de los mexicanos o no. El resto de los plenipotenciarios no estuvo de acuerdo con su colega y fue redactada la siguiente nota colectiva:

Los infrascritos representantes de Su Majestad la Reina de la Gran Bretaña, de Su Majestad el Emperador de los franceses y de Su Majestad la Reina de España, en respuesta a la nota de Su Excelencia el ministro de Relaciones y del Interior, tienen la honra de exponer, que habiendo venido a México para llenar una misión civilizadora, han concebido la esperanza y experimentan el más vivo deseo, de llenar dicha misión sin derramar una gota de sangre mexicana. Creerían, sin embargo, faltar a todos sus deberes hacia sus Gobiernos y hacia sus naciones, si no procurasen asegurar, sin tardanza, un campamento sano a sus tropas.

Por tanto, tienen la honra de poner en conocimiento del Excelentísimo señor ministro de Relaciones, la necesidad en que se hallarán las fuerzas aliadas de ponerse en marcha a mediados del mes de febrero hacia Orizaba y Jalapa, en donde los representantes abajo firmados esperan que se les hará una acogida sinceramente amistosa.²¹

Las condiciones para el inicio de las negociaciones se veían próximas, pero se vieron amenazadas cuando el vapor correo francés *Avon* fondeó en puerto, trayendo como pasajero al general Miguel Miramón. La presencia del ex presidente conservador formaba parte de la estrategia francesa, que pretendía que el gobierno legítimo de la República fuera desconocido por el resto de las potencias y, en su lugar, se reconociera como interlocutor a Miramón o algún otro par-

²¹ Ibídem.



tidario de sus intereses. No contaban con que la presencia de “El Joven Macabeo” —nombre con el que se le llamó años atrás por la defensa casi fanática de los privilegios del clero— ofendería la sensibilidad de los ingleses, quienes no olvidaban los ultrajes cometidos contra sus conciudadanos y, en especial, contra su representación, ya que se le responsabilizaba por el robo ocurrido en la legación inglesa en 1860. Antes de poder desembarcar, por orden del plenipotenciario inglés, se presentó a bordo un oficial con escolta y lo llevó arrestado a Sacrificios, embarcado en una fragata inglesa y luego conducido a La Habana. De esta forma, la intriga francesa se vio, si no desbaratada, al menos postergada.

El ministro Doblado dio respuesta al comunicado conjunto manifestando —respecto a las fuerzas armadas— que:

...ignoraba el Gobierno de la República cuál pudiera ser la misión que traía a México a los Comisarios de las potencias aliadas, tan más cuanto que hasta entonces no habían dado más que seguridades amistosas, pero vagas, cuyo objeto verdadero no se hacía conocer, no podía permitir que avanzaran las fuerzas invasoras, a menos de que se estableciera de un modo claro y preciso las bases generales que hicieran conocer las intenciones de los aliados; después de lo cual podían tener lugar negociaciones ulteriores, con la garantía debida a los importantes intereses que debían discutirse.²²

Con mucho tacto, sin declararlo abiertamente, ni ejerciendo ninguna clase de presión aparente, procuraba Doblado convencer a los plenipotenciarios de la necesidad del reembarco de sus tropas; continuó su respuesta con una oferta concreta, de la que esperaba obtener buenos resultados:

²² Galindo, *op. cit.*, p. 166.



El Ciudadano Presidente me manda que manifieste a Vuestas Excelencias que si envían pronto a Córdoba, antes de mediados de este mes, un comisionado para discutir con otro nombrado por el Gobierno mexicano las bases arriba mencionadas, se dará la orden permitiendo que esas fuerzas avancen a los puntos que se convenga. Establecidos dichos preliminares, podría el Gobierno, sin comprometer la independencia nacional, conceder un permiso que ahora se miraría como una traición.²³

Es el momento de destacar la manera en que hábilmente logró Doblado un paso de vital importancia: separar a los plenipotenciarios extranjeros, comprometiéndose a negociar con uno solo de ellos, que actuaría como representante del resto y que, con seguridad, se trataría del conde de Reus como presidente de la alianza. La oferta resultaba tentadora, ya que los europeos se encontraban urgidos de un clima más benévolo, y el ministro de Relaciones Exterior estaba dispuesto a explotar esa necesidad que día con día mermaba a los intervencionistas. Tan grave era el problema, que a causa de los diversos males que en aquellos años eran endémicos en la costa, de los seis mil hombres que formaban el ejército español, sólo unos cuatro mil se hallaban en condiciones de presentar combate. Los franceses no la pasaban mejor, pues contaban con cuatrocientos o quinientos enfermos.²⁴

Los mexicanos jugaron muy bien sus cartas: a cambio de una posición más salubre, los extranjeros abrían la puerta a un arreglo con Juárez. Los acuerdos preliminares de La Soledad eran una buena oportunidad para que todos los interesados salieran con dignidad de una penosa y comprometida situación. Dice Prim:

²³ Ibídem.

²⁴ Ibídem, p. 169.



Yo los consideré, y lo mismo mis colegas, como un paso de gigante hacia la solución pacífica que tanto nos encomendaban nuestros gobiernos, y que tan bien cuadra desear al fuerte en presencia del débil, máxime cuando éste se manifiesta dispuesto a dar las satisfacciones que se le piden.

Así pues, los preliminares de La Soledad, no sólo fueron un acto político y conveniente, sino que sacaron a los aliados de la mala situación en que estaban en Veracruz, a causa de las enfermedades.²⁵

El 9 de febrero, se queda respondieron los aliados manifestando que creían que sus intenciones habían sido expuestas ya con suficiente claridad, pero con deseos de evitar un conflicto, invitaban al propio ministro de Relaciones Exteriores a que fuera en persona a entrevistarse con el general Prim quien, en nombre de todos, daría toda clase de explicaciones al representante mexicano; para ello, el general “estaría el 18 a las once de la mañana, en algún punto que se escogiera a igual distancia de la Tejería y de La Soledad al rancho de la Purga”.²⁶

El punto elegido fue el pueblo de La Soledad y el 19 de febrero salió el general catalán del puerto de Veracruz, acompañado de sus ayudantes y una escolta de cincuenta jinetes cazadores y lanceros. Próximos a su destino, el coronel Gamindez, quien con cuatro lanceros iba de avanzada, volvió hasta Prim y le previno del arribode Manuel Doblado, acompañado del general Zaragoza; se aproximaban en un coche. Como gesto amistoso, les dieron alcance, y los generales Prim y Bosch subieron en el vehículo de

²⁵ Ibídem, p. 170.

²⁶ Ibídem, p. 166.



los mexicanos y juntos entraron en La Soledad, seguidos de las escoltas españolas y mexicanas.²⁷

La conferencia tuvo lugar en las casas capitulares. Una vez concluida, Juan López Ceballos, secretario del español, redactó las bases acordadas y, habiéndolas firmado, ambos representantes se pusieron en camino. En Tejería, donde llegó el conde de Reus a las 7 de la noche, lo esperaban ansiosos el almirante Jurien de la Gravière, el comodoro Dunlop y el ministro Charles Wyke. Reunidos, se dirigieron a Veracruz, donde al día siguiente fue aprobado por todos el convenio celebrado entre Prim y Doblado.²⁸

Primero: Supuesto que el Gobierno constitucional que actualmente rige en la República Mexicana, ha manifestado a los Comisarios de las potencias aliadas, que no necesita del auxilio que tan benévolamente han ofrecido al pueblo mexicano, pues tiene en sí mismo los elementos de fuerza de opinión para conservarse contra cualquier revuelta intestina, los aliados entran desde luego en el terreno de los tratados, para formalizar todas las reclamaciones que tienen que hacer en nombre de sus respectivas naciones.

Segundo: Al efecto, y protestando como protestan los representantes de las potencias aliadas, que nada intentan contra la Independencia e integridad del territorio de la República, se abrirán las negociaciones en Orizaba, a cuya ciudad concurrirán los tres Comisarios y dos de los señores ministros del Gobierno de la República, salvo el caso en que de común acuerdo, se convenga en nombrar representantes delegados por ambas partes.

²⁷ Giménez, *op. cit.*, p. 44.

²⁸ *Ibíd.*, p. 45.



Tercero: Durante las negociaciones, las fuerzas de las potencias aliadas ocuparán las tres poblaciones de Córdoba, Orizaba y Tehuacán, con sus radios naturales.

Cuarto: Para que ni remotamente pueda creerse que los aliados han firmado estos preliminares, para procurarse el paso de las posibles fortificaciones que guarece el ejército mexicano, se estipula que, en el evento desgraciado de que se rompiesen las negociaciones, las fuerzas de los aliados desocuparán las poblaciones antedichas, y volverán a colocarse en la línea que está delante de dichas fortificaciones en rumbo a Veracruz, designándose el de “Paso Ancho” en el camino de Córdoba, y “Paso de Ovejas” en el de Jalapa.

Quinto: Si llegase el caso desgraciado de romperse las negociaciones, y retirarse las tropas aliadas de la línea indicada en el artículo precedente, los hospitales que tuviesen los aliados quedarán bajo la salvaguardia de la Nación mexicana.

Sexto: El día en que las tropas aliadas emprendan su marcha para ocupar los puntos señalados en el artículo 3º, se enarbolará el pabellón mexicano en la ciudad de Veracruz y el Castillo de San Juan de Ulúa.

Los dos primeros artículos encierran un auténtico triunfo diplomático para el gobierno de Juárez; significaba que las potencias intervencionistas lo reconocían como legítimo, y que no prestarían su auxilio militar a cualquier facción contraria a él; se limitarían, en adelante, al arreglo de los asuntos a que se referían las reclamaciones, es decir, a meros asuntos económicos, dejando del todo cualquier tipo de cuestión que amenazara la independencia o la integridad territorial de México. La prensa y la opinión pública, salvo algunas excepciones, se mostraron favorables.



Una vez que el presidente Juárez, en virtud de las amplias facultades de que estaba investido aprobó el 23 de febrero los preliminares de La Soledad, en Veracruz, los aliados se embarcaron en el pabellón mexicano en los edificios públicos y en la fortaleza de San Juan de Ulúa,²⁹ y comenzaron los preparativos para trasladarse al interior y establecerse en los puntos que se habían convenido. A los franceses les correspondió acampar en Tehuacán, los españoles lo harían en Orizaba y Córdoba; esta última posición la ocuparían también los ingleses, pero el comodoro Dunlop recibió órdenes de no abandonar la costa.

El 26 de febrero, los franceses iniciaron su traslado y llegaron a Tehuacán hasta el 12 de marzo tras un terrible viaje, pues en su trayecto los acompañaron la escasez de alimentos, los malos caminos y el azote de las enfermedades.³⁰

Por desgracia, la tranquilidad que brindaba la esperanza de paz fue enturbiada por dos lamentables acontecimientos; uno de ellos, producto de un accidente, y otro, fruto de intrigas y conspiraciones.

A las 11:30 de la mañana del 8 de marzo, un telegrama del gobernador civil y militar de Puebla trajo una terrible noticia. En San Andrés Chalchicomula, un cargamento de pólvora calculado en 450 quintales (más de 20 toneladas) y parque almacenado en la Colecturía de Diezmos hizo explosión en el edificio que, a la vez de depósito, fungía también como cuartel, donde se encontraban albergados 1500 soldados de la primera Brigada de Oaxaca, causando la muerte de 1042 de ellos. La tercera División mexicana quedó entonces reducida a una sola brigada, la comandada por el general Porfirio Díaz.³¹

²⁹ Galindo, *op. cit.*, p. 169.

³⁰ *Ibidem*.

³¹ González Mendoza a Benito Juárez, 8 de marzo de 1862, Tamayo, *op. cit.*, t. 6, p. 38.



El general Ignacio Mejía ordenó una rápida investigación, nombrando fiscal al general de brigada Antonio Osorio y como secretario al comandante Juan B. Goya.³² Sus pesquisas concluyeron que el percance fue provocado por alguna chispa escapada de alguna de las pequeñas hogueras que las mujeres de los soldados habían encendido para calentar los alimentos y los desus hombres. A pesar de que las fogatas se encontraban alejadas del depósito de pólvora, un fuerte huracán que soplaba esa noche sobre Chalchicomula hizo que toda precaución fuera inútil.

La explosión derribó techos y paredes de edificios contiguos, aumentando el número de las víctimas. Perekieron, además de los soldados indicados, 475 mujeres que acompañaban a la tropa, una treintena de vendedoras de comestibles y más de quinientos vecinos.³³

Las fuerzas francesas y españolas de intervención demostraron su solidaridad enviando, cada una de ellas, una sección de cuerpo médico. Después de examinar a las víctimas, los facultativos extranjeros, en unión con los mexicanos, opinaron que de la gran cantidad de heridos se salvaría sólo la cuarta parte y que quedarían ciegos, cojos o mancos.³⁴

El otro suceso fue la ejecución de Manuel Robles Pezuela, quien, violando las condiciones que se le fijaron para concederle la amnistía, abandonó la localidad que tenía imputada como lugar de residencia e intentó, en compañía de Antonio Taboada, unirse a Almonte. Para su desgracia, fue descubierto, capturado y pasado por las armas por orden de Ignacio Zaragoza, quien siguió lo dispuesto por la ley de 25 de enero y los decretos dictados para la situación de emergencia. Taboada logró escapar.

³² Oficio de Ignacio Mejía al gobernador de Oaxaca, 7 de marzo de 1862, en Santibáñez, *op. cit.*, p. 48.

³³ Santibáñez, *op. cit.*, pp. 47-48.

³⁴ Santibáñez, *op. cit.*, p. 50.



A pesar de las dificultades, todo parecía indicar que la amenaza bélica se había conjurado y que las cuatro naciones involucradas lograrían arreglar sus diferencias. El 15 de abril se había fijado como fecha para la celebración, en Orizaba, de las negociaciones que traerían un arreglo definitivo y con ello la seguridad de la paz. Pero para corromper el clima de cordialidad y esperanza que se había conseguido en La Soledad, llegó a Veracruz, el 6 de marzo, el general conde de Lorencez.³⁵ Traía consigo 4474 hombres de refuerzo, 600 caballos³⁶ y, además, para disgusto de los liberales mexicanos, venía acompañado de Juan N. Almonte, el padre Francisco J. Miranda, Antonio de Haro y Tamariz y algunos otros conservadores, quienes, sin lugar a dudas, venían a conspirar en contra de las autoridades legalmente constituidas.

El ministro Doblado elevó una protesta el 3 de abril en la que solicitó a los representantes de los aliados el reembarco de estos personajes y su salida del territorio. Los franceses respondieron el 9 con una rotunda negatíva y, lejos de avergonzarse por una muestra tan descarada de injerencia en los asuntos internos de México, se llamaron ofendidos por la petición que en uso de su derecho había formulado el Gobierno, y aseguraron que sus connacionales, desde la firma de los preliminares de La Soledad, habían sido víctimas de vejaciones. Sus razonamientos, más que justificarlos, hicieron evidente lo que ya se había comenzado a mostrar con hechos: deseaban hacer fracasar toda clase de negociación, querían imponer un gobierno títere con el cual negociar

³⁵ Charles Fernarnd Latrille, conde de Lorencez, nació en 1814 y se formó como militar en Saint Cry. Durante veinte años participó en las campañas de África de 1832 a 1852, alcanzando el grado de coronel, siendo en Crimea donde, en 1855, obtuvo la banda de general. León Toral, *op. cit.*, p. 78.

³⁶ Leonardo Lomelí Vanegas, *Breve historia de Puebla, México*, El Colegio de México-FCE, 2001, p. 222.



asuconvenienciay, además, aparecer como salvadores de la pobre nación mexicana.

Afirmaron que, al tiempo de embarcar Almonte, el emperador de los franceses creía que las hostilidades entre Francia y México ya se habrían roto y, por lo tanto, aceptó la oferta que el general conservador había formulado para explicar a sus compatriotas “el objeto enteramente benévolo que se había propuesto la intervención europea”³⁷ y así obtener la reconciliación entre ambos pueblos. Explicaban que el hijo del cura José María Morelos no había sido autorizado por Francia a viajar a México, sino invitado por ella a desempeñar “esa misión de paz”.

Continuaron los Comisarios franceses subiendo el tono de su misiva, acusando al gobierno mexicano de ejercer medidas tiránicas en contra de la población para acallar sus auténticos deseos, los cuales serían, según ellos, permitir que la culta y civilizada Francia les indicara el camino que debían seguir, cuál era el gobierno que les convenía y quién debía ejercerlo. Según ellos, Juárez intentaba “alucinar a la Europa, y hacerle aceptar el triunfo de una minoría opresiva, como el único elemento de orden y de reorganización que pudiérase todavía encontrar en México”.³⁸ Tergiversaban cínicamente los hechos para que las medidas de emergencia adoptadas ante la eminencia de la guerra, perfectamente justificables en cualquier tiempo y lugar frente un peligro de esa naturaleza, parecieran actos de represión en contra del pueblo mexicano. Se referían, sin nombrarla, a la Ley de 25 de enero, la cual podía haberse aplicado concretamente a Almonte, pues tipificaba perfectamente la conducta que estaba siguiendo.

Anunciaron que dejarían sus posiciones y se replegarían “más allá de las posiciones fortificadas del Chiquihuite,

³⁷ Galindo, *op. cit.*, p. 189.

³⁸ *Ibídem.*



para recobrar allí toda su libertad de acción, tan luego como las últimas tropas españolas hayan evacuado los acantonamientos que ocupan hoy en virtud de la Convención de la Soledad”.³⁹ En palabras más sencillas: rompían las negociaciones y se preparaban a iniciar las hostilidades.

A esa respuesta, que rayaba en la burla y la franca ofensa, contestó Doblado el 11 de abril con un comunicado, en el cual exponía lo ridículo de la argumentación con la que defendían la protección que otorgaban a Almonte, que se convertía en una pobre excusa para romper con los compromisos contraídos en los preliminares de La Soledad, los cuales fueron firmados con reservas mentales e hipocresía.

Habían aceptado y reconocido la legitimidad del gobierno, y luego lo calificaban como una administración fruto de una minoría; se habían comprometido solemnemente a respetar la soberanía mexicana y a no inmiscuirse en ningún acto de su administración política interior; sin embargo, protegían a un individuo a quien las autoridades, en uso de su derecho soberano y aplicando leyes vigentes expedidas con anterioridad, habían declarado traidor y puesto fuera de la ley. Negó que se hubiera cometido acto alguno en contra de súbditos franceses, y la mayor prueba de ello era que, pudiendo los Comisarios presentar denuncia de cualquier hecho de esa naturaleza, no lo hicieron en ningún momento. Concluía diciendo que los mexicanos, a pesar de todo, estaban en disposición de dirimir cualesquiera diferencias por la vía del diálogo y la negociación, siempre y cuando se respetaran los acuerdos alcanzados en La Soledad. Si esto no fuera posible:

³⁹ Ibídem.



...la República, repelerá la fuerza con la fuerza y sostendrá la guerra hasta sucumbir, porque tiene la conciencia de la justicia de su causa, y porque cuenta con que en esa contienda lo ayudarán poderosamente el valor y el amor a la patria, característicos en el pueblo mexicano.⁴⁰

El rompimiento entre los aliados era inminente. Prim lo había previsto, y para finales de marzo estaba seguro de que así ocurriría, pues Francia de forma reiterada cometía violaciones a lo acordado en Londres, a lo pactado en La Soleidad y a la consideración que debía guardar a las potencias con las que se había comprometido en una empresa común: “¡Todo eso se hace, cuando venimos a quejarnos de falta de cumplimiento de los tratados!”.⁴¹ El elemento discordante, según lo refirió Prim a su amigo José de Salamanca,⁴² era Lorencez, pues mientras el vicealmirante Jurien de la Gravière llevó la batuta de los asuntos de su patria, las cosas marchaban acorde con España e Inglaterra, y era palpable un avance importante en la solución de los conflictos con los mexicanos, pero al arribo del general francés, la situación tomó un cariz distinto. Saligny impuso sus opiniones y el deterioro se aceleró. La ruptura era inevitable porque los Comisarios franceses se empeñaban en acabar con el gobierno de hecho y de derecho de Juárez y favorecer uno encabezado por Almonte, que sería ilegítimo, sin prestigio, ni fuerza, ni autoridad y representaría a unos cuantos cientos o miles de reaccionarios.

Para poner fin a una situación que resultaba insostenible, el general Prim, de acuerdo con los ingleses, citó el 9 de abril

⁴⁰ Ibídem, p. 191.

⁴¹ Ibídem, p. 192.

⁴² Juan Prim a José de Salamanca, 9 de abril de 1862, en Galindo, *op. cit.*, pp. 192-193.



a una junta extraordinaria a los Comisarios franceses. En esa reunión, que sería la última, el español alegó que la Convención de Londres no autorizaba a los aliados a imponer a los mexicanos una forma de gobierno contraria a sus deseos y que el apoyo a los enemigos del régimen establecido entraba en franca oposición con ese principio. Además, el conde de Reus manifestó que Inglaterra y España rechazaban la negativa de Francia a tratar con el Gobierno de Juárez, así como reprobaban la respuesta dada por los Comisarios franceses a la solicitud de Doblado respecto a la expulsión de Almonte. La actitud y los actos de Francia contrariaban el espíritu de la referida convención y atropellaba lo pactado con el Gobierno de la República. Por lo tanto, adoptaban la resolución de retirarse con sus tropas del territorio mexicano.

Ese mismo día, Prim notificó al general Zaragoza la determinación adoptada, anunciando que las tropas a su mando emprenderían la marcha el día 20, y que los franceses se encontrarían en libertad de obrar según su voluntad cuando la división española hubiera traspuesto el Paso Ancho.⁴³ Por su parte, el ministro Doblado recibió la comunicación oficial firmada por los tres plenipotenciarios en la que, en unas cuantas líneas, explicaban que, al no ponerse de acuerdo en la interpretación que debía darse a la Convención de Londres, habían acordado que cada una de ellas adoptaría acciones completamente separadas e independientes. Al igual que a Zaragoza, se le informó que los españoles se reembarcarían a la brevedad y que los franceses se concentrarían en Paso Ancho. De lo que harían los ingleses, ni una palabra.⁴⁴

Doblado respondió el 11 de abril. Agradeció y elogió a los comisarios ingleses y españoles, cuya conducta llamó

⁴³ Juan Prim a Ignacio Zaragoza, Orizaba, 9 de abril de 1862, en Galindo, *op. cit.*, p. 195.

⁴⁴ Los plenipotenciarios de Inglaterra, Francia y España a Manuel Doblado, Orizaba, 9 de abril de 1862, en Galindo, *op. cit.*, pp. 196-197.



noble, leal y circunspecta, y anunció estar dispuesto a entrar en pláticas con los representantes de Gran Bretaña y España, pues estaba en la mejor voluntad de satisfacer cumplidamente todas las reclamaciones justas de aquellas potencias y reanudar las relaciones de amistad y comercio que con ellas se habían llevado.⁴⁵

Prosiguió calificando de injustificable la actitud de los Comisarios franceses y recordando lo expuesto en una comunicación anterior, repitió la voluntad de la República de cumplir con las reclamaciones justas, pero también de defender, hasta el último extremo, su independencia y soberanía.⁴⁶

Para colmo, en la ciudad de Córdoba el invitado de los franceses, Juan N. Almonte, lanzó una proclama invitando al pueblo a desconocer al gobierno de Juárez y con la ayuda de los galos adoptar una nueva forma de gobierno más acorde con la voluntad y deseo de los mexicanos, que pusiera fin al “merodeo y al vandalismo”⁴⁷ en todos los rincones de la República. Confiesa que, pese a su deseo, no se había manifestado hasta entonces, porque venía cobijado bajo las armas francesas, torpe declaración que hizo evidente lo que todos sospechaban: a Francia no le importaba encontrar un arreglo diplomático a sus diferendos con México, deseaba imponer un gobierno conforme a sus intereses.

Si alguna duda existía de que Francia había actuado con hipocresía desde la Convención de Londres, ésta quedaba despejada. Incluso en el extranjero fue exhibido Napoleón III cuando el senador de Estados Unidos por California, McDougall, dijo en la tribuna:

⁴⁵ Doblado a los plenipotenciarios, 11 de abril de 1862, en Galindo, p. 195.

⁴⁶ *Ibíd.*

⁴⁷ El general Juan N. Almonte a los Mexicanos, Córdoba, 17 de abril de 1862, en Tamayo, *op. cit.*, t. 6, p. 281.



Afirmé en esas resoluciones que el movimiento de Francia contra México fue en violación de las conocidas y reconocidas normas del derecho internacional, en violación del tratado celebrado en Londres entre Inglaterra, España y Francia, en violación de repetidas seguridades dadas por Francia a este Gobierno; y puedo ahora afirmar enfáticamente al Senado que ambos, el tratado y las seguridades de las que hablo fueron hechas por Francia con el definido propósito de engañar a este Gobierno; fueron diseñadas como un fraude contra nosotros, y fuimos engañados y defraudados hasta el peligro por el Machiavelo que es ahora emperador de los franceses.⁴⁸

Por su parte, el presidente de la República dirigió a la nación un largo manifiesto, que en su párrafo final decía:

Tengamos fe en la justicia de nuestra causa, tengamos fe en nuestros propios esfuerzos, y unidos salvaremos la independencia de México, haciendo triunfar no sólo nuestra patria, sino los principios de respeto y de inviolabilidad de la soberanía de las naciones.⁴⁹

⁴⁸ *I have affirmed in these resolutions that the movement of France against Mexico is in violation of the known and recognized rules of international law, in violation of the treaty made at London between England, Spain, and France, in violation of repeated assurances given by France to this Government; and I now further affirm and will endeavor to satisfy the Senate that both the treaty and the assurances of which I speak were made on the part of France with the definite purpose of misleading and deceiving this Government; that they were designed as a fraud upon us, and that we have been misled, deceived, and defrauded to the very point of jeopardy by the Machiavelli who is now Emperor of the French. Cfr. McDougall, op. cit., p. 4.*

⁴⁹ Manifiesto de Benito Juárez, 12 de abril de 1862, en Galindo, op. cit., pp. 198-200.



El manifiesto sirvió como anuncio de las drásticas medidas que se tomarían para hacer frente a los invasores. Ante la carencia de recursos materiales y humanos, nuevamente se pensó en convertir al terreno en aliado. Fue expedido un decreto que establecía que tan pronto los franceses rompieran las hostilidades, las poblaciones que ellos ocuparan se considerarían en estado de sitio. Los habitantes de esas localidades debían abandonarlas, todo mexicano que permaneciera en ellas sin comprobar legalmente el motivo sería declarado traidor y sus bienes confiscados a favor de la Hacienda Pública. La pena de muerte se impondría a todos los que proporcionaran víveres, armas o información a los invasores. Se advertía que ningún varón entre 20 y 60 años de edad, sin importar su estado, clase y condición, podía excusarse del servicio de las armas, los remisos serían declarados traidores.

En virtud de ese decreto, los gobernadores de los estados fueron facultados para expedir patentes de guerrilla. Por experiencias pasadas, el tema resultaba delicado y, por lo tanto, se advirtió que aquellas guerrillas que permanecieran alejadas diez leguas del punto que se encontrara el enemigo serían castigadas como cuadrillas de ladrones.

Días más tarde, el Congreso abrió su segundo período de sesiones y allí el primer mandatario pronunció un discurso a la altura de las circunstancias. Juárez llamó a defender a la patria, recordó que “las naciones tienen que luchar hasta salvarse o sucumbir cuando se intenta ponerlas fuera de la ley común y arrancarles el derecho de existir por sí mismas y de regirse por voluntad propia”.⁵⁰ El presidente añadió su deseo de que “el triunfo de México [sirviera] para ase-

⁵⁰ Discurso de Benito Juárez, 15 de abril de 1862, en Tamayo, *op. cit.*, t. 6, p. 105.



gurar la independencia y respetabilidad de las repúblicas hermanas”.⁵¹

Conscientes de la gravedad de la situación, los diputados del Congreso de la Unión estuvieron de acuerdo en dar prioridad a los temas directamente relacionados con la defensa de la nación, y así las comisiones unidas de Justicia, Gobernación y Puntos Constitucionales presentaron un dictamen el 30 de abril, proponiendo la prórroga de facultades extraordinarias al Ejecutivo federal. El dictamen fue declarado con lugar a votar en la sesión del 1º de mayo y aprobado.⁵²

Las fuerzas francesas abandonaron Tehuacán e iniciaron su repliegue, concentrándose en Córdoba, pero no tenían ninguna intención de retroceder más y establecerse en la costa, como se habían comprometido en los convenios de La Soledad. El general Lorencez, quien había asumido ya por instrucciones de Napoleón III el mando de su ejército en sustitución del almirante De la Gravière, buscaba una excusa para burlar la promesa empeñada en el convenio referido.

Cuando Zaragoza tuvo informes de que en Orizaba permanecían unos 600 soldados franceses, sospechó y se dirigió por escrito a De la Gravière creyéndolo aún comandante en jefe. Con el mayor de los comedimientos y caballerosidad, le informó que los enfermos podían permanecer en Orizaba, donde se encontrarían en completa seguridad bajo la salvaguarda y lealtad del ejército mexicano, por lo tanto, no había necesidad alguna de que fueran custodiados por sus connacionales, pidiéndole que mandara retirar la escolta que los acompañaba.

⁵¹ Discurso de Juárez, pronunciado el 31 de mayo de 1862, al cerrar las sesiones ordinarias del Congreso, en Tamayo, *op. cit.*, t. 6, p. 100.

⁵² Galindo, *op. cit.*, p. 202.



Lorencez respondió a Zaragoza, dándose a conocer como nuevo comandante en jefe y afirmando que aquellos que habían sido tomados como una guardia eran en realidad hombres que debieron haber recuperado su salud y, por tal motivo, se les había calificado erróneamente como una escolta. Este pequeño incidente le proporcionó el pretexto que tanto necesitaba para violar francamente la palabra empeñada. Como se había hecho para contestar las justas exigencias formuladas por Doblado, cuando exigió la expulsión de Almonte, invocando injurias que sólo existían en su imaginación, el conde de Lorencez lanzó la calumnia de que Zaragoza pretendía hacer prisioneros a los indefensos soldados franceses y tomarlos como rehenes. Previno entonces a los plenipotenciarios franceses el 19 de abril la intención de avanzar sobre Orizaba, como en efecto lo verificó.

Para procurarse información vigilando las acciones del enemigo, Zaragoza destacó un pequeño cuerpo de caballería de unos 40 elementos comandados por el coronel Félix Díaz, que fueron situados a unos ocho kilómetros de Córdoba, en El Fortín. Gracias a esta medida, pudo saber a tiempo del movimiento francés que se operaba rumbo a Orizaba.⁵³ El primer encuentro fue la escaramuza de Fortín el 19 de abril. México perdió sus primeros cinco soldados; Félix Díaz pudo escapar gracias a la ayuda del brigadier Milans del Bosch. Ese mismo día, Antonio Taboada se pronunció en Orizaba, desconociendo a Juárez como presidente constitucional y aclamando en su lugar a Almonte, quien al día siguiente, en Córdoba, formó un gobierno, nombrando subsecretarios al coronel de apellido González, de Guerra; Manuel Castellanos, de Gobernación, y Desiderio Samaniego, de Hacienda.⁵⁴ En el puerto de Veracruz, Alvarado y la Isla del Carmen se secundó el plan de Córdoba, siendo nombrados Manuel María Serrano, como

⁵³ León Toral, *op. cit.*, p. 107.

⁵⁴ Galindo, *op. cit.*, p. 227.



gobernador, y Adrián Woll, comandante militar. La Isla del Carmen se encomendó a Tomás Marín.⁵⁵ En medio de la tragedia, el general Zaragoza encontró la veta cómica, y en un informe al presidente de la República agregó como posdata: “Ya tiene usted otro compañero más: Almonte ha sido declarado Presidente de la República. ¡Son tres!”.⁵⁶

En esos momentos, algunos militares conservadores que se habían acogido al indulto cometieron una doble traición, una al faltar a su palabra empeñada al acogerse a la amnistía del gobierno y la segunda, pasándose al enemigo. Esa acción la cometió, entre otros, José María Gálvez, quien, lejos de ser bien recibido por los franceses, fue objeto de burlas, pues sus nuevos compañeros decían que lo había hecho por hambre.⁵⁷ El propio Saligny, proclive a tratar con desprecio a los mexicanos, calificó el trato dado al tráfuga mexicano de injusto y poco hábil.⁵⁸

La guerra contra Francia estaba en marcha. Por fortuna, gracias a la actitud caballerosa y honorable del general Prim, España se retiraba del escenario negándose a tomar parte del atropello que se iba a producir. Inglaterra también había dejado claro que no sería cómplice de la ambición de Napoleón III, pero faltaba obtener el pleno reconocimiento y dejar claro el asunto del pago de la deuda con esa nación. Manuel Doblado se dirigió a Puebla y en ese punto esperó la llegada del ministro Wyke, quien arribó el 24 de abril. El presidente Juárez instruyó a Doblado para que el arreglo con los ingleses tomara como base el firmado por Zamacoña, pero sin admitir interventores en las aduanas, estableciendo porcentaje de la recaudación en lugar de un plazo determinado

⁵⁵ Ibídem, pp. 227-228.

⁵⁶ Ignacio Zaragoza a Benito Juárez, Acultzingo, 22 de abril de 1862, en Tamayo, *op. cit.* t. 6, p. 373.

⁵⁷ Galindo, *op. cit.*, p. 228.

⁵⁸ Díaz, *op. cit.*, p. 105.



para la liquidación del pago y sin admitir lo adeudado por los gobiernos conservadores.⁵⁹

El 27 de abril a las 6 de la mañana, salieron de Orizaba los franceses,⁶⁰ dejando en esa ciudad una pequeña guarnición y los enfermos a que se ha hecho referencia. Lo acompañaban Almonte y el ministro Saligny, a quien se debe, gracias a los informes rendidos a su gobierno, importantes datos sobre los hechos que sucedieron después.

Al día siguiente, Lorencez estableció su campamento en el pueblo de Acultzingo, convencido de que Zaragoza seguiría la marcha hacia la Ciudad de México. Para cubrir su posición, ordenó que fueran ocupados los puntos altos de las cumbres. Una descarga de fusilería sobre una compañía de zuavos reveló la presencia de los mexicanos que pretendían retrasar el avance galo. Repuestos de la sorpresa, los atacados tomaron sus providencias y, durante tres horas, se dio un nutrido intercambio de fuego. Como no entraba en los planes de Zaragoza retener la posición, habiéndose cumplido el objetivo de demorar al enemigo, retiró sus fuerzas al Palmar, dejando a los franceses dueños del campo. La misión había sido encomendada al general José María Arteaga con 2000 hombres y doce piezas de montaña. Las brigadas que componían la división fueron la 1ª Brigada, al mando del general José Rojo; la 2ª, al del coronel Mariano Escobedo; la 3ª, al del general Domingo Gayoso, y la 4ª, al del general Miguel Negrete. Hicieron frente a 3000 elementos franceses que al avanzar desplegaron por sus flancos mil tiradores.⁶¹ Dentro de las bajas que se tuvieron que lamentar, la más sensible fue la herida que recibió en una pierna el general Arteaga.

⁵⁹ Telegrama de Juárez a Doblado, México, 24 de abril de 1862, en Tamayo, *op. cit.*, t. 6, p. 381.

⁶⁰ Saligny al ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Orizaba, 21 de mayo de 1862, en *Informes diplomáticos*, t. II, p. 123.

⁶¹ "Parte oficial de la batalla de Acultzingo", en Galindo, *op. cit.*, p. 256.



Saligny creyó exagerado que se le llamara batalla al encuentro en las cumbres de Acultzingo, puesto que sólo había costado la vida de tres hombres y habían sido heridos unos treinta, pero lo reconoció importante estratégicamente, ya que los hacía dueños de la meseta que se extendía hasta Puebla y porque la región producía los recursos necesarios para abastecer al ejército y, sobre todo, porque la fácil victoria les proporcionaba una perfecta visión del tipo de enemigos que habrían de enfrentar más adelante. Hombres débiles y cobardes, tanto, que en las mismas filas tuvo en esos momentos mucho éxito una broma sobre el ministro francés, al que se le reprochaba haber pedido al emperador que mandara al ejército cuando pudo haber pedido que se enviara a la gendarmería.⁶² Esta falsa creencia nublaría su juicio y operaría más tarde en su contra, pues pensaban que los próximos encuentros serían también escaramuzas insignificantes.

Francisco Bulnes, quien se muestra implacable contra Juárez acusándolo de ineficiente para promover la defensa nacional, reconoce que: “El general Zaragoza se manejó con suma habilidad y prudencia. Lo notable del encuentro de Acultzingo no fue la lucha sino la retirada. Si ésta hubiera sido como habitualmente, no se hubiera podido defender Puebla y, como la imprevisión del gobierno no había formado tropas de reserva, la Ciudad de México habría sido también tomada inmediatamente”.⁶³



⁶² Saligny al ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Orizaba, 21 de mayo de 1862, en *Informes diplomáticos*, t. II, p. 124.

⁶³ Francisco Bulnes, *El verdadero Juárez y la verdad sobre la Intervención y el Imperio*, México, Instituto Mora-INEHRM, p. 116.

Los preparativos

Ignacio Zaragoza sabía que el próximo enfrentamiento tendría una dimensión mucho mayor que el acaecido en Acultzingo. Ahora escogería un terreno más adecuado a sus posibilidades; no podía ser a campo abierto debido a que sus tropas eran poco numerosas y no estaban bien adiestradas.¹ Por lo tanto, no le quedaba otra opción que esperar al enemigo en Puebla. Le escribió al general Ignacio Mejía para que a su vez se comunicara con el gobernador militar de la entidad y lo previniera “porque Puebla probablemente será teatro de grandes sucesos”.²

Los refuerzos que se habían reclutado en varios estados de la República no llegaban. A las excitativas del centro para que fueran enviadas las tropas que les correspondían, se sucedía una serie de respuestas llenas de promesas, pero también de excusas. Los casos más graves eran los de Jesús González Ortega y Santiago Vidaurri. El ministro de Guerra, Pedro Hinojosa, escribió de manera oficial a Ortega:

Ha llegado el momento de que la nación haga toda clase de esfuerzos para defender su independencia, pues parece que no será posible ningún avenimiento con las fuerzas europeas que se hallan en la República; así es que el ciudadano presidente constitucional me manda ordenar a usted, que a las veinticuatro horas de recibir esta orden, se pongan en marcha

¹ Zaragoza a I. Mejía 29 abril, Tamayo, *op. cit.*, t. 6, p. 413.

² *Ibidem*.

con las tropas señaladas a los Estados de su mando por contingente para este caso; a fin de efectuar su movimiento en el perentorio término del plazo indicado, que el presidente no quiere deje Ud. transcurrir sin dar cumplimiento a esta orden, removerá cuantos obstáculos puedan oponérsele, atendido a que en ello está interesado el bien y el honor de la patria y de todos los mexicanos.³

No deseando tensar las relaciones con González Ortega, el ministro Hinojosa dirigió entonces un mensaje personal al zacatecano suavizando el tono de la comunicación oficial pero insistiendo en la necesidad de su colaboración:

Mi querido compañero y amigo:

Aunque en mi comunicación oficial no digo a Ud. que se venga mandando las fuerzas de los contingentes de Zacatecas y San Luis, el Sr. presidente desea que así lo haga Ud., y yo por mucho que deseara tenerlo en ese Estado para que explote los recursos de él y esté a la mira de lo que quiera por Tampico, estoy en el deber de secundarlo y con tal objeto dirijo a Ud. la presente para rogarle que acelere su marcha; porque si en veinticinco del pasado la ruptura de hostilidades se presentaba como inevitable, hoy ha pasado ya a la categoría de un hecho incontestable. Por el correo de mañana remitiré a Ud. los impresos que lo impondrán de todo.

Como que pronto tendré el gusto de abrazarlo, concluyo repitiéndome su adicto compañero y amigo que lo estima y B. S. M.- Pedro Hinojosa.⁴

³ Pedro Hinojosa a Jesús González Ortega, 11 de abril de 1862, en *El Monitor Republicano*, 28 abril de 1862, p. 3.

⁴ *Ibíd.*



Como salta a la vista, el mensaje no fue escrito con la fuerza que debe acompañar la orden de un superior hacia un subordinado, lo que demuestra que el temor de un rompimiento acarrearía graves consecuencias. Fundado o no, el temor existió y la prueba la encontramos en el cambio de actitud del gobierno una vez alcanzado el triunfo en Puebla.

El 14 de mayo, se le escribió a González Ortega avisándole que, en virtud del triunfo ocurrido el 5 de mayo, ya no era gobernador militar de San Luis Potosí, y que el ejército del interior que le habían ordenado formar, y del cual sería el general en jefe, ya no se levantaría y que, si no salía en el acto con los recursos que se le había ordenado, respondería por sus actos.⁵

Doblado se enfrascó en una breve controversia con los diputados por Zacatecas y exhibió ante la opinión pública el desacato cometido por González Ortega:

Se ha publicado la siguiente comunicación oficial que por el ministerio de gobernación y relaciones se ha dirigido a los señores diputados por Zacatecas, en contestación a la nota que éstos elevaron al Supremo Gobierno, protestando contra otra comunicación del mismo:

“Departamento de Gobernación.- Sección 1.- Los actos de un gobernador, cuando no son contrariados de alguna manera por los ciudadanos del Estado en que manda, se entienden tácitamente aprobados por la opinión pública, y crean una responsabilidad moral mancomunada entre el gobernador y los gobernados, salvo que éstos hagan una explícita manifestación en contrario.

Van adjuntas copias de las órdenes dictadas al gobernador de Zacatecas, para que con brevedad mandara al contin-

⁵ AHSDN, exp. XI/481.4/8799.



gente asignado por ley a aquel Estado. Esas órdenes no se han cumplido, a pesar de que han sido repetidas y terminantes, y a pesar de que se pintó con colores de fuego al Sr. general D. Jesús González Ortega lo inminente del peligro que corría, no el ministerio, ni el gobierno, sino la independencia y la nacionalidad de la República.

Es un hecho, pues, intergiversable que el general Ortega ha desobedecido las órdenes del gobierno supremo; que en Puebla no hay un soldado de Zacatecas y que en aquel Estado no se ha levantado una sola voz, que apruebe un proceder tan antipatriótico, y que haga sentir al Estado el abismo de deshonra en que se le despeña.

Libertad y Reforma. México, Mayo 10 de 1862. Doblado, Ciudadanos al congreso de la Unión por el Estado de Zacatecas".⁶

El otro gran cacique —o dictadorcito, como lo llama Justo Sierra—,⁷ Santiago Vidaurri, argumentando mil excusas, tampoco se daba prisa en enviar las tropas que le correspondían y que finalmente nunca llegaron.

La falta de refuerzos y el enemigo extranjero que le pisaba los talones no eran los únicos problemas de Zaragoza. Desde la Angelópolis, el gobernador le había avisado de la proximidad de reaccionarios que se encontraban en gran número en Atlixco y en Santa Isabel y que algunas piezas de artillería habían sido detenidas en Río Frío, sin posibilidad de ser trasladadas a Puebla por culpa de "la mala mulada". Zaragoza pidió a Mejía que intentara regresar los cañones varados a la Ciudad de México, ya que no tenía caso esforzarse en moverlos y resultarían un estorbo, pues no conta-

⁶ *El Constitucional*, 15 de mayo de 1862, p. 3.

⁷ Sierra, *Juárez...*, p. 256.



ban con hombres capaces de manejarlos.⁸ El General en Jefe se decidió a cambiar al gobernador, que había dado muestras de buena voluntad y entusiasmo, pero de poseer pocas luces. González Mendoza entregó el mando político y militar a Tomás O’Horan el 2 de mayo, quien lo transmitió al día siguiente a Santiago Tapia.⁹

El ministro de Guerra y Marina, general Pedro Hinojosa, no había podido hacer frente a su responsabilidades. En esos momentos en que se requería de toda su energía y atención, una herida recibida en la pierna, cerca de la rodilla, durante la Guerra de Reforma, que lo había obligado a movilizarse con el auxilio de muletas, lo había postrado nuevamente en cama. Lo atendía el entonces célebre Dr. Clement,¹⁰ pero no fueron suficientes los ánimos del paciente y la ciencia del facultativo. Sabiendo que el estado de su salud no le permitiría enfrentar las duras circunstancias que se aproximaban, el 10 de abril presentó su renuncia, que no le fue aceptada por el presidente. No se sabía entonces del rompimiento con Francia y se pensó que el general no insistiría en ella.¹¹ Pero ante las nuevas circunstancias, el 3 de mayo fue admitida la renuncia de Hinojosa; lo substituyó en el cargo el general Miguel Blanco.

Proveniente de las cumbres de Acultzingo, donde se había librado la primera batalla contra las huestes de Napoleón III, el Ejército de Oriente, comandado por el general Ignacio Zaragoza, arribó a Puebla el 3 de mayo de 1862. El enemigo lo seguía a una jornada de distancia. Los soldados de la patria debían evitar, o al menos retrasar, el avance de los franceses sobre la Ciudad de México. Como se apuntó antes,

⁸ Zaragoza a Ignacio Mejía, 29 de abril de 1862, en Tamayo, *op. cit.*, t. 6, p. 413.

⁹ *El Siglo Diez y Nueve*, 3 de mayo de 1862, p. 4.

¹⁰ *El Siglo Diez y Nueve*, 30 de abril de 1862, p. 4.

¹¹ *El Siglo Diez y Nueve*, 12 de abril de 1862, p. 4.



el gobierno de la República, con mucha anticipación, planeó iniciar la defensa desde puntos más cercanos a la costa, pero la traición cometida por el general conde de Lorencez, al violar los tratados de La Soledad, obligaba a retrasar la línea hasta la ciudad de Puebla, que se convirtió en el punto estratégico de mayor importancia.

Esta posibilidad no había sido descuidada, y por eso, a mediados de abril, el Ministerio de Guerra aprobó el proyecto de fortificación de Puebla y sus alrededores, que había presentado el coronel de ingenieros Joaquín Colombres, apoyado por el teniente coronel Francisco P. Durán, capitanes segundos Agustín Linarte y Albino Magaña y tenientes Agustín Arellano y Eugenio Izquierdo.¹² Sin embargo, llegado mayo, los trabajos no pudieron ser completados. Se había trabajado en los muros de los fuertes de Loreto y de Guadalupe, así como en los fosos al pie de los cerros en los que se erigen, pero no fue suficiente. Zaragoza pidió al ministerio de Guerra: “Por la diligencia de mañana, sirvase mandarme 300 zapapicos, 200 barretas y 150 palas o las más que sea posible de estas últimas”.

En la ciudad se reforzaron las iglesias y conventos que en aquellos años marcaban los límites de la urbe y que con sus altos muros y sólidas paredes constituían una defensa, así como numerosas casas que se encontraban en igual posición. Se excavaron trincheras y se levantaron barricadas en las bocacalles. Se procuraron mejorar las ventajas defensivas de los conventos de El Carmen y San Javier, respectivamente, al sur y suroeste de Puebla.¹³ La iglesia de los Remedios fue objeto de especial atención, y todas las calles que desembocaban a ella fueron provistas de barricadas, desde el ba-

¹² Miguel A. Sánchez Lamego, “Fortificación de Puebla”, en *Historia Mexicana*, vol. XI, núm. 4, p. 519.

¹³ León Toral, *op. cit.*, p. 112.



rrio de Xonaca hasta el del Carmen, aspillerando los muros de las casas que daban al exterior de la ciudad.¹⁴

Al llegar el General en Jefe dictó órdenes para que se reforzara la defensa de los fuertes de Loreto y Guadalupe, así como los de la ciudad, pues se encontraban descuidados. Creía en ese momento que el ataque se verificaría el 6 de mayo. El general Tapia publicó un decreto el 4,¹⁵ vigente desde el día de su publicación, imponiendo el estado riguroso de sitio en la capital poblana, así como en todos los puntos del estado invadidos por el enemigo extranjero o por fuerzas nacionales traidoras. Las autoridades municipales y judiciales seguirían cumpliendo sus funciones, pero al momento de ser avistado el enemigo, debían suspender sus actividades. La fuerza de policía quedaba sujeta a las órdenes directas de la comandancia militar.

En cada una de las manzanas de la ciudad, los jueces de ellas formarían un padrón con los varones de 16 a 60 años anotando en él las armas blancas o de fuego que tuvieran y si se podían presentar a pie o a caballo. Se agruparían en pelotones que encabezaría el propio juez o un comandante que los mismos ciudadanos eligieran y, al momento de ser avisados, ya fuera con un cañonazo o por el toque de la campana mayor de la Catedral, se presentarían en las plazas de San Agustín, el Carmen, la Compañía, San José y en la plaza principal.

Desde los puntos anteriores, la autoridad militar los destinaría a los lugares que considerara más convenientes para la defensa. Los extranjeros residentes en la ciudad —y entre ellos había muchos franceses— estaban exceptuados de la obligación de formar pelotones y prestar servicio, pero serían bienvenidos con “satisfacción y agradecimiento” todos

¹⁴ Sánchez Lamego, *op. cit.*, p. 520.

¹⁵ Santibáñez, *op. cit.*, pp. 64-65.



aquellos que desearan ayudar a México a defender los “principios de alta moralidad y conveniencia universal” que lo asistían.¹⁶

Previendo la posibilidad de que el invasor pusiera sitio a la ciudad que podría prolongarse por un largo tiempo, se hizo del conocimiento de los habitantes que la falta de alimentos y demás artículos indispensables para la subsistencia de las familias no motivaría la suspensión de las hostilidades y, por lo tanto, se autorizó que abandonaran la ciudad las familias que temieran por su seguridad, de tal suerte que en Puebla quedaran “sólo hombres patriotas, buenos y dignos ciudadanos, dispuestos a salvar su honor particular, el decoro del Estado y la independencia de su patria”,¹⁷ pero la evacuación se complicó, porque las mulas y caballos de propiedad particular habían sido requisados para el servicio de la defensa.

Para evitar que el general conservador Leonardo Márquez se uniera con sus fuerzas a Lorencez, Zaragoza envió a buscar al general Tomás O’Horan para que lo combatiera y obstaculizara una posible reunión.¹⁸ Esta acertada previsión resultó vital en la jornada siguiente, pues mantuvo el equilibrio numérico de las fuerzas en pugna. Sin proponérselo, un caudillo conservador retrasó la participación de sus correligionarios en la batalla. Se trata del general Juan N. Almonte, quien escribió a los principales militares reaccionarios que se mantenían en armas contra el gobierno constitucional, con la esperanza de que éstos se sumaran con sus tropas a la fuerza francesa para operar contra Puebla,¹⁹ pero su ocurrencia en Veracruz de proclamarse jefe de la nación hizo titu-

¹⁶ Ibídem.

¹⁷ Ibídem.

¹⁸ Zamacois, *op. cit.*, t. XVI, p. 183.

¹⁹ Ibídem, p. 180.



bearalos conservadores, ya que muchos de ellos sólo reconocían a Félix Zuloaga como presidente.

El Ejército de Oriente se organizó en una división y cuatro brigadas. La División, con 1200 hombres al mando del general Miguel Negrete, con artillería de batalla y de montaña, ocupó los cerros de Loreto y Guadalupe; esta posición le hubiera correspondido al general Arteaga, pero se encontraba convaleciente de la amputación de la pierna, producto de la herida sufrida en la batalla de Acultzingo. Las brigadas formaron tres columnas de ataque, con casi mil hombres cada una; la primera, al mando de Felipe Berriozábal; la segunda, comandada por Porfirio Díaz, y la tercera, por Francisco Lamadrid. Se contó también con 550 elementos de caballería bajo las órdenes del general Antonio Álvarez. Estas fuerzas estuvieron formadas en la plaza de San José hasta las 12 del día, hora en la que se acuartelaron. Mientras tanto, el enemigo se había desplazado siguiendo el itinerario Palmar, Quecholac, Acatzingo y Amozoc, este último donde pernoctó.

En la víspera de la batalla ambos bandos realizaron en sus campamentos los respectivos consejos de Estado Mayor, en los que se acordó la estrategia que se desarrollaría al día siguiente. En Amozoc, presidía el conde de Lorencez, acompañado del ministro Saligny y jefes y oficiales franceses entre los que destacaba el coronel Valazé, jefe del Estado Mayor. También estaban presentes los mexicanos Juan N. Almonte y Manuel Haro y Tamarís. Con excepción del diplomático, todos externaron sus puntos de vista.

Haro opinó que se ignorara Puebla, que se siguiera de frente rumbo a la Ciudad de México, sin prestar demasiada atención a las tropas que la defendían, pudiéndose cubrir de ellas con elementos ligeros. Esta propuesta fue rechazada, pues exponía al cuerpo expedicionario a perder su línea de comunicación con la costa. Entonces, Almonte y Haro aconsejaron que el ataque se



verificaraporelsur,concretamentesobreelconventodelCarmen, yaquecontabaconunextensohuertoyotrospuntosdébilesque podían ser aprovechados para tomar la plaza.

Apoyaron su opinión en las experiencias pasadas, ya que por ese lugar se había conseguido con anterioridad penetrar las defensas y rendir Puebla durante las numerosas contiendas intestinas.²⁰ El propio Haro lo había conseguido con un corto número de efectivos. Además, las numerosas barracas y zanjas que se extienden al este y sur de Loreto y Guadalupe dificultarían las maniobras de ataque.²¹ Los oficiales franceses objetaron, considerando que durante el avance desde Amozoc hacia el sur de Puebla se expondría a las tropas al ataque de uno de los flancos de la columna.

Lorencez, quien deseaba realizar una campaña rápida y apoderarse cuanto antes de la capital de la República, se decidió por lo que él creyó un golpe audaz. Siendo el punto más fuerte de la defensa el Fuerte de Guadalupe, consideró que su pérdida debilitaría y haría caer el resto de las posiciones mexicanas,²² por lo tanto, ése sería el objetivo principal de su ataque. Lejos de sopesar los inconvenientes de la decisión y aconsejar a su jefe, el coronel Valazé despreció los consejos y sugerencias de los mexicanos.²³

Los franceses, llenos de confianza y envalentonados, se sentían ya dueños de Puebla, pues desdeñaban la resistencia que les podía oponer un ejército al que veían con menosprecio. El 26 de abril, Lorencez escribió al ministro de Guerra de Francia que se sentía señor de México, porque tenían “sobre los mexicanos tal superioridad de raza, de organización, de disciplina, moralidad y elevación de sentimientos [...]”.²⁴ El

²⁰ Ibídem, p. 183.

²¹ León Toral, *op. cit.*, p. 114.

²² Ibídem.

²³ Zamacois, *op. cit.*, t. XVI, p. 184.

²⁴ Galindo, *op. cit.*, p. 275.



resultado de Acultzingo, donde creyeron obtener una fácil victoria, les cegaba la razón y la prudencia.

En cambio, en el campamento mexicano, la moral era alta, pero no por ello se abandonaban, como los franceses, a fantásticas especulaciones. Para conferenciar con ellos, Zaragoza fue reteniendo en la casa que le servía de cuartel y alojamiento a los generales que llegaban a rendirle el parte de novedades. Así fueron reunidos los generales Ignacio Mejía, Miguel Negrete, Antonio Álvarez, Francisco Lamadrid, Felipe B. Berriozábal y Porfirio Díaz. Después de acordar la distribución que guardarían sus tropas durante el ataque, se dirigió a sus generales haciéndoles ver la realidad de la situación y comprometiéndolos

...a combatir hasta el sacrificio, para que si no llegábamos a alcanzar una victoria, cosa muy difícil, aspiración poco lógica, supuesta nuestra desventaja en armamento y en casi todo género de condiciones militares, a lo menos procuráramos causarle algunos estragos al enemigo, aun cuando nuestros actuales fueran consumidos, porque así el Gobierno y la Nación contarían con el tiempo necesario para preparar la defensa del país, pues que teniendo el enemigo muchas bajas y mucho consumo y deterioro en sus materiales, se vería obligado a estacionarse en Puebla.²⁵

No ocultó Zaragoza el asombro y decepción que le causaba que una nación como México hubiera presentado hasta ese momento una resistencia insignificante a los franceses, que por su número y dado el tamaño del país, debía tener la importancia de una patrulla. ¿Será posible —preguntaba a sus generales— que un pequeñísimo cuerpo de tropa llegue

²⁵ Porfirio Díaz, *Memorias*, v. I, México, Editorial Offset, 1983, p. 149.



a la capital de la República sin encontrar la resistencia que corresponde a un pueblo que pasa de los ocho millones de habitantes?²⁶

Zaragoza hizo especial hincapié en la superioridad del armamento francés sobre el que poseía el ejército nacional, ¿en qué estribaba esta diferencia? El armamento portátil mexicano consistía en fusiles, tanto de chispa como de percusión, de antecarga y de cañón liso, todos de muy distintos mecanismos, modelos y de varios calibres que iban de los 15 a los 19 adarmes,²⁷ la mayoría de origen inglés.²⁸

A principios de la Guerra de Intervención, el ejército mexicano contaba con piezas de artillería de bronce y de ánima lisa. Se dividían en dos categorías: las de plaza y las de campaña, y sus calibres eran de 24, 12, 8 y 4 libras; su alcance máximo se encontraba entre los 1500 y 2000 metros, siendo de poca precisión.²⁹

En cambio, la uniformidad y modernidad eran la nota en el Cuerpo Expedicionario. Los infantes estaban equipados con fusiles de cañón rayado de los modelos Lefauchaux y Treuille de Beaulieu, y de los sistemas Minnie y Lavigne, que se habían convertido en reglamentarios desde 1852.³⁰ Respecto a la artillería, contaban con cañones y obuseros rayados de diversos modelos y sistemas, entre los que se encontraba el de sistema Beaulieu, modelo 1858, de 4 a 12 libras, que disparaba tanto balas como botes de metralla con un alcance máximo de 3000 metros.³¹ Este cañón, inventado por dos talentosos oficiales franceses, Ducos de La Hitte y

²⁶ Ibídem, p. 150.

²⁷ El adarme es una medida castellana de peso que equivale a 1.79 gramos.

²⁸ León Toral, *op. cit.*, p. 86.

²⁹ Ibídem, p. 87.

³⁰ Ibídem, p. 86.

³¹ Ibídem, p. 87.



Treuille de Beaulieu, fue una de las mayores innovaciones tecnológicas empleadas en la campaña italiana y tuvo un papel importante en la batalla de Solferino.³²

Jesús de León Toral proporciona una importante reflexión que pone de manifiesto tanto la mala calidad del armamento portátil de los mexicanos como la poca preparación de los soldados que debían accionarlo. El número de proyectiles disparados por las tropas nacionales durante la batalla del día 5 fue de 118,500, correspondiendo a 259 balas por cada baja francesa. El autor señala que los tratadistas de la época indicaban como media 100 proyectiles por cada hombre tocado en un tiro de línea a 300 pasos, lo que resulta en un promedio muy inferior al aceptable. La situación es más grave si se considera que los mexicanos lanzaron también 1550 proyectiles de artillería, que debieron haber causado varias de las bajas reportadas, además de las producidas por armas blancas; da como resultado que la eficacia de tiro de los mexicanos fue aún menor.³³

Los machetes con los que se suele representar a los indios zacapoaxtlas no fueron el arma blanca que más proliferara entre los defensores de Puebla. Como señala León Toral, este instrumento, junto con las lanzas improvisadas, fue empleado principalmente y en gran cantidad por los cuerpos irregulares y los grupos de guerrilleros.³⁴ Los batallones de Guardia Nacional eran fuerzas regulares y contaban con los elementos y organización reglamentaria.

Las fuerzas mexicanas del Ejército de Oriente que se encontraban prestos a combatir eran:

³² Richard Brooks, *Solferino 1859: The battle from Italy's freedom*, Oxford, Osprey Publishing, 2009, p. 72.

³³ León Toral, *op. cit.*, p. 121.

³⁴ *Ibíd.*, p. 88.



General Cuartel Maestre

General Ignacio Mejía.

Comandante en Jefe de la ciudad de Puebla

General Santiago Tapia

Comandante en Jefe del Cuerpo General de Ingenieros

Coronel Joaquín Colombres

Comandante en Jefe del Cuerpo General de Artillería

Coronel Zeferino Rodríguez

Comandante en Jefe del Cuerpo Médico

General Ignacio Rivadeneyra

Cuerpo de Infantería

2ª División de Infantería, al mando del General Miguel Negrete (1200 soldados)

Brigada del Fuerte de Loreto

6º Batallón de la Guardia Nacional del Estado de Puebla.

1ª Compañía de la Villa de Tetela de Ocampo (30 elementos)

2ª Compañía de la Villa de Tetela de Ocampo (30 elementos)

3ª Compañía de la Villa de Tetela de Ocampo (25 elementos)

4ª Compañía de la Villa de Tetela de Ocampo (30 elementos)

5ª Compañía Única del Distrito de Zacapoaxtla (26 elementos)

6ª Compañía Única de la Municipalidad de Xochiapulco (26 elementos)

Batallón Fijo de Morelia.

Batallón Tiradores de Morelia.

1 Batería de artillería de Batalla y 1 de Montaña.

Brigada del Fuerte de Guadalupe

Batallón Cazadores de Morelia

Batallón Mixto de Querétaro

2º Batallón Activo de Puebla

6º Batallón de Línea

1 Batería de artillería de Batalla y 1 de Montaña. 3 Brigadas Independientes de Infantería.

1ª Brigada de Infantería, al mando del General Felipe Berriozábal (1082 soldados)

Batallón Fijo de Veracruz

1º Batallón Ligero de Toluca

3º Batallón Ligero de Toluca

2ª Brigada de Infantería, al mando del General Francisco Lamadrid (1000 soldados)

Batallón Reforma de San Luis Potosí

Batallón Rifleros de San Luis Potosí

Batallón de Zapadores de San Luis Potosí

3ª Brigada de Infantería, al mando del General Porfirio Díaz (1020 soldados)



Batallón Patria
Batallón Morelos
Batallón Guerrero
1 ^{er} Batallón de la Guardia Nacional de Oaxaca
2 ^o Batallón de la Guardia Nacional de Oaxaca
Brigada de Caballería, al mando del General Antonio Álvarez (550 jinetes)

Regimiento de Carabineros de Pachuca.
3 ^{er} Cuerpo de Resguardo (Guerrilla Solís)
Escuadrón de Lanceros de Toluca
Escuadrón de Lanceros de Oaxaca
Escuadrón de Exploradores de Zaragoza
Escuadrón Trujano

A diferencia de las francesas, las unidades carecían de auténtica tradición, se componían y desbarataban de forma improvisada y arbitraria,³⁵ apoyadas en un pésimo método de reclutamiento y dotadas con armamento escaso y de poca utilidad. La instrucción era deficiente y carecían de una auténtica disciplina y cohesión de cuerpo. Por si esto fuera poco, no se contaba tampoco con un sistema de aprovisionamiento que garantizara por lo menos los elementos materiales de guerra como armas, municiones, el rancho de los soldados, y no se diga el pago de sus haberes.

Los jefes y oficiales que los comandaban eran militares autodidactas formados en la lucha durante la Guerra de Reforma, en el mejor de los casos, con algunos elementos de organización, táctica y disciplina adquirida en la Guardia Nacional. Algunos, muy pocos, eran militares de carrera formados en el Colegio Militar.

³⁵ Ibídem, p. 69.



En cambio, las tropas intervencionistas francesas poseían una larga y merecida fama, ganada en campañas en Europa, Asia y África. Cada uno de sus agrupamientos tenía una historia y tradición particular de la que sus miembros se sentían profundamente orgullosos, entendían que: “La fuerza de una nación depende del valor de su ejército, y uno de los factores principales de ese valor es el espíritu de cuerpo. El espíritu de cuerpo se mantiene por las tradiciones, por la herencia de honra y de gloria transmitida y aumentada de generación en generación”.³⁶ Gracias a ello, las unidades contaban con una moral y una cohesión fortísimas, por lo tanto, es justo hacer una síntesis de las principales unidades francesas:

General en Jefe: Conde de Lorencez.
Cuerpo de Infantería (6048 soldados).
99º Regimiento de Línea.
2º Regimiento de Zuavos.
1º Batallón de Fusileros de Infantería de Marina.
1º Batallón de Ingenieros Coloniales.
1º Batallón de Cazadores de Vincennes.
Cuerpo de Caballería
1º Cuerpo de Caballería Ligera (152 jinetes).
2º Escuadrón de Cazadores de África.

Los cazadores a pie fueron un batallón formado en junio de 1854, con una selección de los mejores elementos tomados de otros cuerpos, bajo las órdenes de los oficiales más experimentados. Recibieron bautizo de fuego en Sebastopol, donde murió el comandante junto con un centenar de hombres. En Solferino, el capitán Montellier capturó una bande-

³⁶ Paul Laurencin, *Nos Zouaves. Historique, organisations, faits d'armes, les régiments, vie intime*, París, J. Rothschild, éditeur, 1888, p. 4.



ra austriaca, acto por lo que el batallón fue condecorado con la Legión de Honor.

Los Cazadores de África fueron regimientos de caballería que nacieron en 1830, con un cuerpo montado de nativos que recibieron el nombre de Cazadores Argelinos. Después se le incorporaron dos nuevos regimientos de Cazadores a Caballo ya con la denominación de Cazadores de África, de los cuales llegaron a formarse hasta cuatro regimientos. Prestaron sus servicios principalmente en Argelia y en Crimea, donde alcanzaron enorme fama al rescatar a los sobrevivientes de la Brigada Ligera en la desastrosa carga de Balaklava.³⁷

El primer batallón de zuavos fue formado por el general Clausel en octubre de 1830 con miembros de una tribu argelina, o más exactamente, una confederación de tribus conocidas como los zouaoua, hombres fieros, intrépidos, trabajadores, acostumbrados a una vida llena de privaciones, que sólo fueron sometidos por los turcos de forma nominal.³⁸ Su primer comandante fue un oficial del Estado Mayor de apellido Maumet.³⁹ Ante la dificultad de reclutar un número elevado de nativos y considerando que la barrera del idioma dificultaba en mucho su operatividad,⁴⁰ en 1842 fue establecido formalmente el primer regimiento, pero ahora integrado en su totalidad por soldados europeos.

El 13 de febrero de 1852, se crearon tres nuevos agrupamientos, entre ellos, el 2º regimiento que tenía el sobrenombre de “los chacales de Orán” y que tuvo una destacada actuación en Magenta que le valió ser condecorado con la

³⁷ Shann, Stephen, *The French Army of the Franco-Prussian War*, Oxford, Osprey Publishing, 1991, p. 14.

³⁸ Duc d'Aumale, *Les Zouaves et les Chasseurs a Pied. Esquisses Historiques*, París, Calmann Lévy, éditeur, 1878, p. 19.

³⁹ *Ibidem*, p. 21.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 22.



Legión de Honor.⁴¹ El uniforme de los zuavos evocaba su origen y los hacía fácilmente reconocibles. Consistía en una chaqueta corta sin cuello, un chaleco bordado, pantalones voluminosos, una faja ancha de lana de hasta 12 pies de longitud, botas cubiertas con polainas de lona blanca y un gorro del cual pendía una larga borla.

Regimiento de línea: al inicio del imperio de Napoleón III, la infantería se encontraba dividida en 75 regimientos de línea y 25 regimientos ligeros; en diciembre de 1854, fueron numerados de nuevo del 76 al 100; sus soldados constituían 80% de las unidades de combate del ejército francés y sobre ellos descansaba la mayor parte de las tareas. Un total de 50 regimientos participaron en Crimea y 49 en Italia.⁴²

El origen de los Cazadores de Vincennes se remonta a 1837, cuando una experimentada compañía de infantería ligera fue destinada a Vincennes por el duque de Orleans, con la intención de crear una compañía que recibiría un equipo particular y una instrucción especial, siendo provistos de carabinas Delvigne-Poncharra.⁴³ Fueron comandados por el capitán Delamarre, oficial enérgico e inteligente.⁴⁴ Los resultados fueron tan satisfactorios, que en los tres años siguientes se formaron diez batallones más. Se distinguieron en el desierto de Argelia y posteriormente sirvieron en lugares tan distantes como China, Siria y México.⁴⁵



⁴¹ Shann, *op. cit.*, p 13.

⁴² Ibídem, p. 15.

⁴³ Duc d'Aumale, *op. cit.*, p. 123.

⁴⁴ Ibídem, p. 124.

⁴⁵ Shann, *op. cit.*, p. 16.

El entorno poblano

La ciudad de Puebla, que en aquellos momentos contaba con una población de 70 000 a 75 000 habitantes, era considerada como la más antijuarista de las ciudades de la República. Esta animadversión a la persona y política del presidente constitucional provenía de un arraigado conservadurismo, que tenía origen y fundamento desde la historia colonial de la entidad y se vio agudizada durante la década anterior, cuando fue teatro de conspiraciones y levantamientos reaccionarios.

En la administración del presidente Ignacio Comonfort, se verificó en Puebla una rebelión, patrocinada por el obispo Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos. Una vez dominada la situación, como castigo fueron ocupados los bienes del obispado y su titular expulsado del país. La intervención duró más de un año, del 31 de marzo de 1856 al 9 de septiembre de 1857, cuando fue levantada por el propio Comonfort. El gobernador Miguel Cástulo Alatríste volvió a imponerla el 8 de noviembre, acusando al clero de fomentar una nueva conspiración. Durante la Guerra de Tres Años, Félix Zuloaga, en su carácter de presidente por parte de los conservadores, anuló esta disposición el 28 de enero de 1858.¹ También en virtud de ese conflicto, se detuvieron las operaciones de desamortización iniciadas por la Ley de 25 de junio de 1856, más conocida como Ley Lerdo, pero en ese breve lapso ya se habían realizado 705 operaciones con un valor de 2 602 259 pesos.² A partir de 1861, se reanudó la adjudicación de propiedades del clero

¹ Lomelí, *op. cit.*, p. 217.

² *Ibidem*.

cambiando el mapa de la propiedad de la entidad, la distribución del ingreso y el perfil productivo de varias regiones, pero con un mayor impacto económico en el centro y sur del estado, donde la Iglesia poseía un mayor número de fincas rústicas.³

El profundo catolicismo de los poblanos determinaba su comportamiento cotidiano y era una de las características culturales que más llamaban la atención de los visitantes; para constatarlo, se puede citar la impresión de un viajero inglés a su paso por la ciudad de Puebla a mediados de 1861:

La ciudad está llena de iglesias, y sus campanas repican desde las torres y el campanario de la mañana a la noche —su devoción no está confinada a los edificios—. La gente se quita el sombrero cada vez que se encuentran un obispo, padre, fraile o jesuita; cada vez que pasa una imagen en pintura, yeso o cera; y también cada vez que las campanas anuncian que algo está ocurriendo al interior de una de las iglesias por las que van pasando. Calculo que en un día ordinario un Pueblano [sic] debe quitarse su sombrero una vez cada dos minutos, y si está en la calle ocho horas, debe descubrirse ¡240 veces!⁴

Con esa mentalidad, es fácil explicar la conmoción que para la sociedad poblana significó la exclaustación de monjas iniciada la noche del 23 de febrero de 1861, cuando fueron

³ Ibídem.

⁴ *The city is full of churches, and their bells clang from tower and steeple from morning to night —nor is their devotion confined to the buildings. The people take off their hats whenever they meet bishop, padre, friar, or Jesuit; whenever they pass an image in paint, plaster, or wax; and also, whenever the bells indicate that some performance is going on inside any one of the churches they happen to be passing. I calculated that on an ordinary day a Pueblano would take off his hat once every two minutes, or if he were in the streets eight hours he would uncover 240 times! Cfr. Lempriere, op. cit., p. 64.*



sacadas del convento de Santa Catalina las religiosas que lo habitaban y trasladadas al de Santa Clara. Las monjas de Santa Mónica fueron llevadas al ex colegio de Jesús María; las de Santa Teresa, al convento de la Soledad; las de Santa Inés ocuparon el de Santa Rosa; las de la Santísima fueron trasladadas al convento de la Concepción. Las del Sagrado Corazón y las capuchinas permanecieron en sus conventos. Las únicas que experimentaron una auténtica exclaustación fueron las monjas sacramentarias de los Gozos, pues en lugar de ser reubicadas, fueron alojadas en casas particulares.⁵

Por su parte, en el caso de los establecimientos de varones, la exclaustación estuvo acompañada de la demolición total o parcial de los inmuebles que ocupaban, transformando la traza urbana de la ciudad.⁶

Con estos antecedentes, no debe extrañarnos que la Iglesia fuera la mayor interesada en la derrota de las fuerzas federales; así lo señaló casi cinco décadas después el general revolucionario Salvador Alvarado refiriéndose a la caída de Puebla en 1863:

¿Quién ignora que el invasor francés entró a Puebla pisando flores arrojadas por los frailes, después de pasar por encima de los cadáveres de los soldados mexicanos, caídos en la defensa de su patria? ¿Se ha olvidado, acaso que ese mismo clero tapizó con nuestra bandera nacional el suelo que debían pisar los invasores en el trayecto de su Cuartel General a la Catedral de Puebla, donde se cantó un *Te Deum* por la gloria

⁵ Lomelí, *op. cit.*, p. 216.

⁶ *Ibíd.*



conquistada por el ejército francés, que acababa de matar a los mexicanos que defendían heroicamente a su patria?⁷

Así y todo, la más conservadora de las ciudades de la República fue preparada para la defensa de la independencia nacional. Puebla fue guarnecida quedando al mando del comandante y gobernador militar del estado, general de brigada Santiago Tapia. El mayor de órdenes de la plaza fue el coronel José N. Prieto y el comandante de ingenieros el comandante de batallón capitán 1º Emilio Rodríguez. Las tropas las componían:

Piquete del 20º batallón “Lerdo de Tejada”; Guardia Nacional de Tepeaca; 2º Batallón Ligero de Puebla; 3er Batallón Ligero de Puebla; Piquete del 4º Batallón Ligero de Puebla; Cuerpo del Resguardo Diurno; Cuerpo “Lanceros de Puebla”, Empleados de la Mayoría de Órdenes y del Gobierno estatal.

Fueron situados en la línea de fortificación del recinto interior, que comprendía al norte las calles de Cruz de Piedra, Mesón de Santa Teresa y de Mesones; al oriente pasaba por las calles de San Cristóbal, del Espejo, de San Pedro, Chavarría, del Espíritu Santo, de la Palma, de Jesús María y de la Acequia; al sur, por la calle de las Vacas, de la Sacristía de Capuchinas y de Sola; al occidente, Concordia, Zárata, de las Peñas, de Molina, de la Santísima, de Santa Catarina y la Cerrada de Santo Domingo.⁸

A las cinco de la mañana del 5 de mayo, las fuerzas marcharon a ocupar sus posiciones en la línea de batalla que se les había señalado. Las piezas de artillería que no podían ser

⁷ Salvador Alvarado, *La reconstrucción de México*, t. III, México, INEHRM, 1985, p. 163.

⁸ Miguel A. Sánchez Lamego, “La Batalla del 5 de Mayo de 1862. Algunas consideraciones novedosas”, en *La Batalla del 5 de Mayo*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1963, p. 19.



empleadas en la defensa de los fuertes fueron destinadas a fortificar la ciudad.

¿Qué se podía esperar del ánimo de la ciudad que estaba a punto de ser atacada? Un párrafo rescatado de la carta de un particular lo dice todo: “Puebla está triste; las familias la han abandonado, pues de un momento a otro, esperamos aquí grandes acontecimientos”⁹.



⁹ Carta particular fechada el 4 de mayo de 1862 en Puebla, publicada en *El Herald* y reproducida en *El Siglo Diez y Nueve*, 7 de mayo, p. 4.

Los refuerzos mexicanos

En vísperas de la batalla del 5 de mayo, y aun en medio de la acción, los franceses esperaban que tropas conservadoras llegarana auxiliarlos para tomar Puebla, pero nunca aparecieron. Días después de su fracaso, cuando los galos se encontraban en Amozoc levantando su campamento con la intención de regresar a Orizaba, se presentó el general conservador de apellido López, acompañado de 10 hombres a caballo. En la conversación que sostuvo con el conde de Lorencez, le informó que las fuerzas conservadoras no se habían unido al ataque de Puebla porque el general Zuloaga había celebrado un convenio con el ministro Doblado.¹

El historiador Niceto de Zamacois afirma que López se equivocaba, pues, habiendo sido dado de baja del ejército conservador por el mismo Zuloaga,² no se encontraba al tanto de lo ocurrido en ese campo. Surge entonces la pregunta, si no tenía contacto con el ejército conservador, ¿cómo es que contaba noticias de que se realizaron negociaciones con Doblado? Siendo la cuestión de la incorporación de los rebeldes a las fuerzas del gobierno un asunto en extremo delicado, debió de haberse manejado con suma discreción, sobre todo por José María Cobos y Félix Zuloaga. Sin embargo, es indudable que hubo filtraciones. De cualquier forma, ocurrieran o no, beneficiaron a la causa de Zaragoza, pues la creencia de la existencia de este pacto hizo dudar

¹ Zamacois, *op. cit.*, t. XVI, p. 210.

² *Ibíd.*

amuchospartidariosdelacausaintervencionistaquienes,almenosenesemomento,seabstuvierondetomarelpartidofrancés.

Doblado se dirigió a Leonardo Márquez invitándolo junto con todos sus partidarios a que se sumara a la defensa de la patria contra el extranjero. Pero para ese momento, “El Tigre de Tacubaya” había sido ya sustituido por José María Cobos como general en jefe; de todos modos, mostró a Zuloaga y a Cobos la carta de Doblado y convinieron en ganar tiempo a fin de que, llegadas las negociaciones, pudieran imponer sus condiciones. Márquez informó a Doblado las nuevas circunstancias en el mando conservador y le ofreció toda clase de seguridades para que acudiera al cuartel general de los reaccionarios y se entrevistara en persona con Cobos.

Desde Puebla, Doblado, quien se encontraba en esa ciudad ocupado tratando de alcanzar un acuerdo con el ministro inglés Charles Wyke, propuso que se realizase un armisticio de ocho días y que la conferencia se celebrase en Atlixco, punto neutral, o en otro lugar, con tal de que no estuviera alejado más de cinco leguas de esa ciudad.³ Cobos estuvo de acuerdo en el encuentro, pero no en el lugar, debiéndose realizar en Izúcar. Tampoco se acordó la suspensión de hostilidades.

Posteriormente, desde la Ciudad de México, el ministro Doblado respondió a Cobos el 1° de mayo, explicando que no le era posible acudir en persona a la entrevista convenida, pero en su nombre enviaba a Plácido Arámbaro y a Jesús Alfaro, quienes iban ampliamente autorizados para llegar a un acuerdo. Por medio de Arámbaro, Doblado ofreció a Cobos la siguiente proposición:

³ Doblado a José María Cobos, Puebla, 27 de abril de 1862, en Zamacois, *op. cit.*, t. XVI, p. 211.



1º. El ejército que manda el señor general Cobos, se pondrá a disposición del gobierno supremo de la república, para combatir al enemigo extranjero, y si concluida la guerra no le conviene continuar a las órdenes de aquel, volverá a ocupar sus posiciones en los mismos términos que actualmente las tiene.

2º. Se conserva al Sr. general Cobos y a todos los señores jefes y oficiales que le acompañan, sus clases y empleos y se aumentará la tropa que forma su división hasta ponerla en más crecido número.

3º. El gobierno pagará el presupuesto del ejército que manda el Sr. general Cobos, con igualdad de todas las otras fuerzas sin distinción ninguna.

4º. Se reconocen las deudas contraídas de un año a esta parte por el Sr. general Cobos y demás jefes que antes que él han mandado aquéllas, hasta la cantidad de 300,000 pesos, en órdenes sobre el tesoro de los Estados Unidos y en cuenta de un préstamo celebrado con el representante de aquella república.

5º. El Sr. Arámburo, poseedor de todos mis negocios y confianza, va amplísimamente autorizado para ayudar a procurar un avenimiento honorífico y racional, avisándolo directamente esta semana.

El 3 de mayo, cuando Zaragoza con el grueso del Ejército de Oriente hacía su entrada en Puebla, los enviados de Doblado entregaron a Cobos la propuesta que llevaban por escrito y dieron verbalmente las instrucciones que les habían confiado.⁴ Meses más tarde, Cobos publicó un manifiesto en el que afirmó que los enviados de Doblado le habían asegu-

⁴ Zamacois, *op. cit.*, t. XVI, p. 218.



do que en la Ciudad de México se fraguaba un movimiento que separaría a Benito Juárez de la presidencia y que derrogaría la Constitución de 1857, únicos elementos que impedían la reconciliación de los mexicanos y los mantenía en una guerra civil; siendo ésta la causa que había provocado la intervención de las potencias europeas, se evitaría también la guerra extranjera.⁵

El general conservador desde Izúcar de Matamoros envió un nuevo comunicado al día siguiente, haciendo ver al ministro que se encontraban muy próximos a un arreglo. Por su importancia y para desmentir la idea de que el derrocamiento de Juárez fuera parte del precio del acuerdo, se transcribe la respuesta de Cobos:

Los enviados de usted me entregaron anoche su atenta del día 1º, enterándome además de sus instrucciones escritas y verbales. No me esforzaré en demostrar a usted el grande interés con que han sido oídos dichos señores, pues usted lo comprenderá con subuenjuicio, y ellos lo acreditarán con sus explicaciones, mejor que pudieran hacerlo en los reducidos límites de una carta. Usted verá, pues, que no distamos mucho, que podríamos llegar a la comodamiente propuesta por usted, y asegurar con este hecho, inconcusamente grandioso, la paz de la república, haciendo cesar cuanto antes las graves cuestiones que han traído a este hermoso país, que amo como el que más, las armas de las potencias occidentales. Sí podríamos, repito, alcanzar este bien, si con la prontitud que exige la situación, se salva por parte de usted la dificultad que los comisionados habrían resuelto luego, si no creyesen traslimitar su autorización, y si yonohubiese preferido, como prefiero, esperar unos cuantos días más para que la resolución venga directamente de usted.⁶

⁵ Ibídem, p. 217.

⁶ Ibídem, p. 218.



Cobos afirma en su respuesta que la aceptación dependía del arreglo de una dificultad que los comisionados de Doblado pudieron haber allanado en ese mismo momento, si no hubieran temido rebasar la autorización que se les había conferido. No puede tratarse, pues, de la remoción del presidente o de la Constitución. Se debió quizá al otorgamiento de una concesión a los conservadores mucho mayor de lo ofrecido en los cinco puntos planteados previamente por Doblado. Aunque cabe la posibilidad de que la idea efectivamente fuera planteada y que se tratara de una estratagema que surtió los efectos esperados, pues Zuloaga y su general en jefe decidieron permanecer neutrales y no se sumaron a las fuerzas francesas, como se esperaba que lo hicieran.

En cambio, Leonardo Márquez, quien no sentía ningún respeto por Zuloaga, aun cuando decía reconocerlo como presidente, se decidió por la intervención, y con la tropa a su mando se dirigió a unirse al enemigo extranjero. También siguieron ese camino algunos otros militares que habían jurado fidelidad al gobierno. El coronel Echegaray se pronunció en Perote en favor del plan proclamado por Almonte, tomó prisionero al comandante de la fortaleza y, con tropa y oficiales, salió con dirección a Orizaba, llevándose doce piezas de artillería. Al tener noticias de la defección, Zaragoza envió a la brigada Carbajal que dio alcance a los desertores en la Cañada de Ixtapa, los derrotó, recobró la artillería e hizo pasar por las armas a once oficiales.⁷

Si bien no tuvieron un completo éxito las negociaciones emprendidas por Doblado para convencer a los rebeldes conservadores a unirse a la defensa nacional, no pueden ser consideradas un fracaso —por lo menos en lo que respecta a lo ocurrido en Puebla—, pues logró sembrar la división y la duda entre muchos y con ello obtuvo un tiempo valioso

⁷ Ibídem, p. 220.



que impidió que estos cabecillas se unieran a las fuerzas que enfrentó Zaragoza el 5 de mayo.

También fue afortunada la prevención tomada por el general en jefe respecto de las fuerzas conservadoras que mero-deaban Puebla. El 4 de mayo, el general O'Horan se encontró a dos leguas y media de Cholula con 500 jinetes que componían un destacamento de avanzada de los conservadores. Al aproximarse los rebeldes, se retiraron, pero más adelante, en el Puente de los Molinos tuvo un breve enfrentamiento con ellos. Al acercarse a Atlixco, tuvo un nuevo encuentro, esta vez de mayor proporción, pero logró hacerlos huir, restando tomar la ciudad, lo que consiguió a las seis de la tarde, cuando desalojó a unos doscientos hombres de infantería que la guarnecían y que, según informes que obtuvo, esperaban refuerzos de Izúcar de Matamoros. Logró también saber que había fuerzas reaccionarias en Huaquichula y Tochimilco.⁸ De esta acción, sólo tuvo que lamentar la muerte de tres de sus hombres y algunos heridos. Por otros rumbos se obtuvieron algunas pequeñas victorias que contribuyeron a dar tranquilidad a los defensores de Puebla. El coronel Baltazar Téllez Girón derrotó completamente en Tecoyuca a Juan Argüelles; Doroteo León hizo lo propio contra las fuerzas de Ignacio Gutiérrez en Tlaxco.⁹



⁸ Parte del general Tomás O'Horan a Ignacio Zaragoza, 4 de mayo de 1862, en *El Siglo Diez y Nueve*, 9 de mayo de 1862, p. 3.

⁹ Antonio Carrión, *Historia de la ciudad de Puebla de los Ángeles*, tomo segundo, Puebla, Tipografía de las Escuelas Salesianas de Artes y Oficios, 1897, p. 559.

Antes de la amanecer del día 5, el general en jefe dispuso que las fuerzas al mando de los generales Berriozábal, Díaz y Lamadrid se colocaran en la Ladrillera de Azcárate, que se encontraba sobre el camino que conducía a Veracruz, pues la lógica indicaba que por allí iniciarían el ataque los franceses. Un poco más tarde, Zaragoza ordenó que las cadenas de tiradores de estas brigadas fueran reemplazadas por otra que se formó con el Batallón de Rifleros de San Luis Potosí, al mando de Carlos Salazar.¹

En Amozoc, los franceses estaban listos para emprender la marcha. En ese momento, el coronel Valazé, en extremo confiado, declaró que asistirían a un hermoso espectáculo, un verdadero escenario de circo: “Guadalupe se desmoronará en media hora como un castillo de naipes y luego, en menos de un cuarto de hora, los zuavos entrarán al asalto”.²

A las 10 de la mañana, se avistó al enemigo, que no venía por el camino de Amozoc y Veracruz, como se tenía previsto, sino por la garita del peaje. Esta circunstancia bastó para evidenciar su intención de atacar y capturar los fuertes de Loreto y Guadalupe y desde allí dominar Puebla.³ Sobre la marcha, Zaragoza modificó el plan de defensa y ordenó que Berriozábal se dirigiera a paso veloz a reforzar los fuertes. Díaz permanecería en la Ladrillera con el cuerpo de carabineros a caballo, a la izquierda de las fortificaciones, aguar-

¹ Martínez, *op. cit.*, p. 27.

² Anexo a la memoria de Mr. de Saligny, en Tamayo, *op. cit.*, t. 6, p. 589.

³ Martínez, *op. cit.*, p. 28.

dando el momento oportuno para realizar una carga contra el enemigo. La caballería de Álvarez fue movilizada a la falda del cerro de Loreto.

En Puebla, cuando la campana mayor de la catedral anunció a las diez y treinta horas que el enemigo se avistaba, la alarma se apoderó de los civiles. Todo era precipitación y abrir y cerrar puertas; las azoteas se colmaron de curiosos y las calles quedaron desiertas. Mientras eso ocurría, con gran calma, en la hacienda de los Álamos, los franceses montaron su campamento y se dispusieron a preparar café. Lorencez se estableció en el rancho de Oropeza, desde donde condujo la batalla. El coronel Valazé, acompañado de un grupo de Cazadores montados, efectuó un reconocimiento de las posiciones mexicanas, pero sólo se desplazó hasta las proximidades de la hacienda de Rementería, desde donde observó las disposiciones de los defensores a una distancia de unos tres kilómetros.⁴

Los franceses iniciaron el ataque dividiendo sus elementos en tres columnas, la primera mandada por el coronel Hennique y formada por el Regimiento de Infantería de Marina con 1000 hombres, enfilados a la izquierda mexicana contra Loreto y la línea entre éste y el Fuerte de Guadalupe. El flanco derecho de esta columna estaba apoyado por el batallón de Fusileros de Marina, comandado por el capitán de fragata *Allegre*. La segunda columna, que se colocó al centro, era el 2º Regimiento de Zuavos a cargo del coronel Gambier, con 1500 elementos y amenazaba directamente al Fuerte de Guadalupe. La tercera columna, encomendada al comandante Mangui, fue formada por el batallón de Cazadores de Vincennes, y cuatro compañías del 99º de Línea y el Escuadrón de Cazadores de África. A la retaguardia de la

⁴ León Toral, *op. cit.*, p. 116.



formación del centro permaneció como reserva el resto del 99º de Línea con 1200 hombres.

Las dos primeras columnas marcharon paralelas a las posiciones mexicanas hasta las proximidades de la hacienda de Rementería, quedando situados frente a la falda noreste del cerro de Guadalupe, que resultaba la más fácil de ascender. En ese lugar permanecieron en espera de la orden de avanzar.

La artillería del fuerte inició el fuego, que fue contestado por dos baterías francesas situadas a 2200 metros de Guadalupe. A esa distancia y por las características del terreno, los cañones resultaron poco efectivos, sin embargo, el fuego continuó para permitir el despliegue de la infantería. Tres cuartos de hora más tarde, buscando efectuar un daño real a la fortaleza, la artillería francesa se desplazó a su derecha, hacia el rancho de Oropeza, desde donde realizó nuevos disparos con poco éxito, pues no se conseguía abrir ninguna brecha en Guadalupe para las tropas de asalto.⁵ En casi dos horas de fuego, los atacantes habían consumido la mitad de las municiones de artillería con que contaban, sin lograr obtener ninguna ventaja significativa; el conde de Lorencez decidió entonces tomar la posición a viva fuerza con la infantería.⁶

Los zuavos iniciaron su avance sobre el Fuerte de Guadalupe en dos columnas; se les agregaron cuatro compañías de Cazadores a Pie. El regimiento de Infantería de Marina y la Batería de Montaña se unieron a la columna de la derecha, mientras que un batallón del 99º Regimiento siguió a la columna de la izquierda.⁷ El fuego de la artillería mexicana causaba poco daño a la columna que venía en ascenso, al

⁵ León Toral, *op. cit.*, p. 117.

⁶ *Ibidem*.

⁷ *Ibidem*, p. 118.



principio por lo corto de su alcance y después porque las ondulaciones del terreno les servían de defensa.⁸ Pero al llegar a la meseta superior, las cosas cambiaron, pues fueron recibidos con una nutrida descarga que provenía de los fusiles de la brigada de Berriozábal y de los cañones combinados de Loreto y Guadalupe. También, al ver que la resistencia de los cerros se veía comprometida, Zaragoza mandó en su auxilio al Batallón Reforma de la Brigada Lamadrid. Al Batallón de Zapadores, de la misma brigada, le ordenó marchar a ocupar un barrio ubicado casi a la falda del cerro y llegó tan oportunamente, que evitó la subida a una columna que por allí se dirigía al mismo promontorio.

Hasta que no tuvieron encima al enemigo, la tropa mexicana no efectuó ningún disparo; ya teniéndolos muy próximos, se pusieron de pie y realizaron su primera descarga. Los zuavos se desconcertaron por un momento y, ya repuestos, arremetieron contra los soldados del 1er Batallón de Toluca, con el que trabaron combate cuerpo a cuerpo. El enemigo se desorganizó y comenzó a replegarse, y antes de que emprendiera una nueva embestida, el coronel Caamaño se lanzó sobre ellos con sus hombres, siendo apoyado por el Batallón fijo de Veracruz, que se preparó para batir a la columna enemiga por su costado derecho.

Por su parte, el primer Batallón de Marina del coronel Hennique había sido rechazado por el 6º Batallón de Guardia Nacional,⁹ compuesto en su gran mayoría por hombres originarios de Tetela y por algunos cuantos de Zacapoaxtla, todos ellos al mando del general Negrete, quien aguardó pecho a tierra hasta que el enemigo estuvo a cincuenta pasos, entonces, dio la voz de mando: “Ahora, en nombre de Dios,

⁸ Porfirio Díaz, *op. cit.*, p. 154.

⁹ *Ibídem.*



nosotros ¡Arriba! ¡Fuego!”¹⁰ el efecto fue fabuloso: los asaltantes que avanzaban a paso veloz tuvieron que detenerse. Apareció entonces el general Antonio Álvarez, que con su caballería realizó una exitosa carga que obligó a los franceses a bajar el cerro en desorden.

Reorganizados nuevamente, los franceses efectuaron un segundo ataque, esta vez con mucho mayor vigor, ejecutado por la columna que había sido rechazada, junto con otra que Lorencez había mandado en su auxilio. En esta ocasión, llegaron a salvar los fosos de Guadalupe y, encaramándose sobre los hombros de sus compañeros, intentaban escalar las trincheras del fuerte.¹¹ En ese momento, el batallón de infantería de Michoacán, que resguardaba el fuerte y protegía a la artillería, tuvo un momento de debilidad. Sus elementos habían sido reclutados uno o dos meses atrás; durante la refriega entraron en pánico y al ver de frente al enemigo, corrieron en desorden a guarecerse en el templo que coronaba el cerro, abandonando a los pelotones que servían los cañones, que eran artilleros de Veracruz.¹² Estos últimos no contaban con armas portátiles, pues ante la escasez, Zaragoza había distribuido en otros cuerpos las que les correspondían, por lo tanto, teniendo encima a los franceses, tuvieron que defenderse empleando los escobillones y palancas que empleaban para cargar los cañones.

El coronel Jesús González Arratia intentó detener la desbandada; mató por la espalda a tres de los prófugos, pero no lograba convencer a los demás para que abandonaran su refugio y enfrentaran al enemigo.¹³ El fuerte estaba en peligro de ser tomado. Sin embargo, fuerzas de Berriozábal maniobraron para batir por el costado derecho a los asaltantes. El

¹⁰ Martínez, *op. cit.*, p. 29.

¹¹ Porfirio Díaz, *op. cit.*, p. 155.

¹² *Ibíd.*

¹³ *Ibíd.*



Batallón Reforma de San Luis abandonó la seguridad de su posición y, a pecho descubierto, hizo fuego desde el oriente del mismo fuerte sobre los franceses que ocupaban el foso de Guadalupe.¹⁴

Por fin, el coronel González Arratia logró persuadir a sus hombres para que salieran de la iglesia reanimados. Volvieron a las posiciones que habían abandonado y unieron su fuego al del Batallón Reforma por la derecha, y a los batallones 3º de Toluca y Fijo de Veracruz por la izquierda, logrando rechazar al enemigo.¹⁵

Al momento de realizarse el segundo ataque sobre Guadalupe, la segunda columna de ataque francesa intentaba avanzar por el llano y conquistar posiciones. Correspondió rechazarlas al general Porfirio Díaz, lo cual realizó con dos cuerpos de su brigada, uno de la de Lamadrid, parte de la brigada de Álvarez y dos piezas de artillería. El enemigo se vio atacado con tanta determinación que fue obligado a replegarse hacia la hacienda de San José, donde también lo habían hecho los rechazados del cerro que, ya de nuevo organizados, se preparaban únicamente a defenderse e iniciar la retirada.

Díaz, entonces, aprovechando la oportunidad, los siguió con sus hombres, pero el general en jefe, considerando que no era prudente una ofensiva, ya que, aun derrotados como estaban, sus fuerzas eran numéricamente superiores a las mexicanas, mandó al capitán Pedro León con la orden de suspender la persecución. Díaz no obedeció la indicación y no dio explicación al mensajero, alegando que éste estaba borracho y continuó tras los franceses en retirada. Su conducta disgustó a Zaragoza, quien envió a su jefe de Estado Mayor con la amenaza de formarle una corte marcial. Se

¹⁴ Ibídem.

¹⁵ Ibídem.



justificó argumentando que, careciendo de apoyo para la retirada, hacerlo en ese momento resultaría desastroso. Por la noche en la Ladrillera, rindió informe a Zaragoza, quien aceptó su explicación.¹⁶

Tres cargas efectuaron los franceses intentando tomar el Fuerte de Guadalupe y en las tres ocasiones fueron rechazados. Entonces, la caballería, situada a la izquierda de Loreto, aprovechando la oportunidad, arremetió con fuerza sobre los zuavos, lo que les impidió reorganizarse para un nuevo ataque, viéndose obligados a retroceder.

Lorenzéz intentó todavía realizar un asalto más, pero en ese momento se desató una fuerte granizada que hacía casi imposible el avance de la infantería; además, tuvo que considerar que en dos horas de fuego de artillería, sus fuerzas habían consumido, con muy pobres resultados, la mitad de su dotación. La infantería no había logrado conquistar y conservar ninguna posición ventajosa; sólo les restaba admitir la derrota, que coincidió con el primer aniversario de la muerte del emperador Napoleón I, en la Isla de Santa Elena.

El Ejército Expedicionario se retiró en perfecto orden, replegándose de forma escalonada hasta la hacienda de Los Álamos; en ese lugar fueron concentrados también los heridos.

En la Ciudad de México, ante el avance francés, el general Anastasio Parrodi promulgó un bando con una serie de prohibiciones que afectaban directamente a la población civil. Tratando de evitar cualquier clase de concentración o aglomeración de gente, se prohibió toda clase de diversiones públicas; los establecimientos comerciales debían de cerrar sus puertas a más tardar a las 11 de la noche y no se podría verificar una reunión de más de tres individuos en lugares públicos después de la hora señalada. El castigo por infrin-

¹⁶ Beals, *op. cit.*, p. 108.



gir esas disposiciones sería una multa que podía ir de los cinco a los cien pesos o con prisión de tres días a un mes.

Pero no debe creerse que la ciudad se encontraba paralizada. Casi todos sus habitantes continuaron con su rutina habitual. No obstante, gracias al telégrafo, se seguía el desarrollo de la batalla. La primera noticia, recibida a las 10:45 de la mañana, daba cuenta de que los franceses se encontraban acampados a unos tres kilómetros de la garita de Puebla. Al mediodía “se ha roto el fuego de cañón por ambas partes”; a las dos de la tarde J. Téllez, por orden del general en jefe, anunciaba que el enemigo se reagrupaba y que se esperaba otro intento de ataque.

En el recinto del Congreso en Palacio Nacional, se trabajaba con normalidad, y como si se tratara de una jornada regular, se desahogaba la orden del día. Correspondía discutir una reforma constitucional sobre la suplencia del titular del Ejecutivo y se proponía lo siguiente:

A falta del presidente de la Suprema Corte de Justicia, que conforme al artículo 79 de la Constitución, debe sustituir al de la República en sus faltas temporales o absolutas, entrarán a ejercer el supremo poder ejecutivo, los magistrados de la misma corte por el orden de su numeración.¹⁷

En el curso del debate se interrumpió la discusión y fue recibido el ministro de Guerra quien dio lectura a los telegramas que se habían recibido hasta ese momento. Todavía no había certeza ninguna del resultado de la contienda. Cuando el ministro se hubo retirado, se reanudó la discusión y se procedió a la votación, que

¹⁷ *El Siglo Diez y Nueve*, 9 de mayo 1862, p. 1.

resultó favorable a la propuesta por cincuenta y nueve votos contra cuarenta y uno.¹⁸

El tiempo transcurrió y nuevamente hizo acto de presencia en el recinto el general Blanco, con nuevos despachos telegráficos. El último que llevaba en sus manos era el de las dos y media de la tarde, que daba noticia de que los franceses se dispersaban y que la caballería mexicana emprendía su persecución intentando cortarles la retirada; lo firmaba el general Santiago Tapia. El público que abarrotaba las galerías irrumpió en vivas a México, al Ejército nacional y al general Zaragoza.¹⁹

Después vinieron dos largas horas de silencio, hasta que un telegrama firmado por Zaragoza anunció que las columnas que habían intentado tomar Loreto y Guadalupe habían sido rechazadas, y que las fuerzas mexicanas avanzaban ahora sobre ellas. Comenzaba un fuerte aguacero. Por fin, a las cinco y cuarenta minutos de la tarde arribó el mensaje que el día anterior nadie hubiera soñado recibir: “C. ministro de la Guerra: las armas del Supremo Gobierno se han cubierto de gloria”.

Excmo. Señor ministro de Guerra:

Las armas del Supremo Gobierno se han cubierto de gloria; el enemigo ha hecho esfuerzos supremos por apoderarse del cerro de Guadalupe, que atacó por el oriente a derecha e izquierda durante tres horas; fue rechazado tres veces en completa dispersión y en estos momentos está formado en batalla fuerte de 4,000 hombres y pico, frente al cerro, la fuerza de tiro. No lo bato como desearía porque, el gobierno sabe, no tengo para ello fuerza bastante. Calculo la pérdida del ene-

¹⁸ Ibídem.

¹⁹ *El Siglo Diez y Nueve*, 6 de mayo de 1862, p. 1.



migo, que llegó hasta los fosos de Guadalupe en su ataque, en 600 y 700 muertos y heridos; 400 habremos tenido nosotros. Sírvase usted dar cuenta de este parte al ciudadano Presidente. Ignacio Zaragoza.²⁰

La respuesta del general Miguel Blanco, ministro de Guerra y Marina, fue muy emotiva:

¡Honor a los valientes soldados de la República!

El supremo gobierno ha quedado sumamente complacido por la jornada de hoy, memorable e inmortal en los fastos de nuestra historia; pero particularmente por la heroica defensa de los cerros de Guadalupe y de Loreto, donde el invasor y los libres han sellado con su sangre, aquellos su desengaño, y éstos su fama imperecedera. ¡Bravo, valiente general en jefe y todos sus dignos compañeros! ¡Bien, soldados de la libertad y del progreso! La nación os debe mucho, y sabrá amaros y recompensaros como merecéis. Si la jornada termina tan gloriosamente como comenzó y ha seguido, nada quedará que desear al supremo gobierno.

Tan sólo unas horas duró el enfrentamiento que costó a los mexicanos 83 muertos, entre ellos, cuatro oficiales; 215 elementos de tropa heridos, así como 17 oficiales. Por su parte, los franceses sufrieron 117 muertos con 15 oficiales y 305 heridos o dispersos con 20 oficiales.²¹

El triunfo alcanzado en Puebla logró retrasar por más de un año el avance de la invasión francesa, que tuvo que

²⁰ Telegrama de Ignacio Zaragoza al general Miguel Blanco, ministro de Guerra y Marina, 5 de mayo de 1862, en Tamayo, *op. cit.*, t. 6, p. 438.

²¹ León Toral, *op. cit.*, p. 119.



recurrir a una fuerza cinco veces mayor a la empleada el 5 de mayo para lograr conquistar la plaza.

Al realizarse el reconocimiento del campo, fueron encontradas alrededor de 800 mochilas que los franceses habían dejado antes de iniciar el combate, mismas que se repartieron entre los soldados mexicanos. En su interior se encontraron condecoraciones de Crimea, Magenta y Solferino. Las armas abandonadas sirvieron para equipar a los voluntarios. Un caballo árabe de un jefe del cuerpo médico francés pasó a formar parte del botín.²²

Las bandas de música de los batallones mexicanos que contaban con ellas tocaron alegres piezas en los fuertes y recorrieron las calles de Puebla.²³ El primer prisionero francés, Charles Lesqueranne, del 99° de línea, cruzó las calles de la ciudad; lo conducía su captor, Mariano Oropeza, quien lo había capturado en el cerro con una reata de lazar.

Detrás de ellos venían Hippolyte Gauthier, Bernard Foubert y Jean Planiol, este último, prisionero del capitán José Inclán, a quien Planiol había disparado su pistola a boca de jarro, pero para fortuna del mexicano, la bala pegó en su espada y se desvió. En la esquina de la primera calle de Mercaderes fueron entregados a la fuerza de la plaza.²⁴

Los prisioneros que no recibieron ninguna herida fueron paseados por las calles pero sin ser molestados. El general Zaragoza dispuso que se dieran dos pesos a cada uno y los mandó al jardín de palacio, en cambio, los heridos fueron subidos a los caballos que los oficiales cedieron para ese efecto.²⁵ El mayor maltrato que sufrieron los zuavos fue cuando los soldados les arrancaron las condecoracio-

²² *El Siglo Diez y Nueve*, 8 de mayo de 1862, p. 1.

²³ Zamacois, *op. cit.*, p. 192.

²⁴ Carrión, *op. cit.*, pp. 558-559.

²⁵ Carta particular fechada el 7 de mayo y reproducida en *El Siglo Diez y Nueve*, 8 de mayo de 1862, p. 4.



nes que portaban, según lo informó el propio Zaragoza. Algunos de ellos lloraron al ver que les arrebataban sus medallas.²⁶ Poco tiempo después, el presidente Juárez dio órdenes para que las condecoraciones fueran recogidas y devueltas a los dueños.

Los soldados mexicanos entraban en la ciudad conformando un exótico desfile, pues llevaban en alto los trofeos de la victoria: mochilas, espadas, fusiles e instrumentos musicales. Algunos jinetes portaban banderolas de guía del cuerpo francés, arrebatadas con temeridad a quienes las transportaban. José María Solís fue uno de ellos; pagó su audacia con el brazo derecho, que le fue amputado por la herida que recibió durante su hazaña.²⁷ Por su parte, el soldado de infantería José M. Palomino, obtuvo otra banderola similar que le fue entregada al gobernador de Puebla.²⁸ Luego, este trofeo fue enviado a la capital de la República y exhibido en el salón de recreo del Congreso.²⁹

Aquella noche Porfirio Díaz salió a recorrer el campo; se arrimó a las fogatas de los soldados para escuchar sus conversaciones; aún no podía creer que habían alcanzado la victoria.³⁰

Meses más tarde, cuando doce soldados franceses capturados el 5 de mayo fueron canjeados por una parte de los prisioneros mexicanos de la acción de Barranca Seca, rindieron informes de las celebraciones, confirmaron a sus superiores que los poblanos habían considerado el combate sobre Guadalupe un simple reconocimiento del terreno y que es-

²⁶ Zaragoza al ministro de Guerra, 8 de mayo, publicado en *El Siglo Diez y Nueve*, 9 de mayo de 1862, p. 1, Tamayo, *op. cit.*, t. 6, p. 37.

²⁷ Carta particular reproducida en *El Siglo Diez y Nueve*, 8 de mayo de 1862, p. 4.

²⁸ *El Siglo Diez y Nueve*, 9 de mayo de 1862, p. 1.

²⁹ *El Siglo Diez y Nueve*, 9 de mayo de 1862, p. 4.

³⁰ Carleton Beal, *op. cit.*, p. 108.



peraban al día siguiente un ataque directo sobre la ciudad.³¹ Sin explicarse por qué, se pensaba que se atacaría por los rumbos de Analco y La Luz.³²

Con la anterior creencia, varios ciudadanos acudieron a pedir armas para la defensa. Algunas señoras y señoritas, como Guadalupe Prieto, Mariana Falcón, Rosario Rivero de Zerón, Juana Araus de Tapia, Teresa Zahaone, las hijas del señor Arrioja y otras cuyos nombres publicó la prensa, se presentaron a prestar sus servicios en los hospitales militares.³³ En cambio otros, no pocos, hay que decirlo, tomaron previsiones para recibir con arcos de triunfo y decorar sus casas con los colores de Francia.³⁴

Amanecía el 6 de mayo y todavía no se tenía ninguna seguridad de lo que ocurriría ese día. No se contaba con absoluta certeza sobre lo ocurrido con las fuerzas del general Márquez, quien podía intentar reunirse con los franceses y juntos organizar un nuevo ataque sobre Puebla. Por fin, a las siete y media de la mañana, regresó O'Horan de Atlixco.³⁵ Las noticias que traía hacían creer que, tal vez, los reaccionarios se habían replegado a Cholula, pero los informes eran vagos al respecto. Los trabajos sanitarios continuaron, siendo quemados multitud de cadáveres franceses y aún permanecía el campo de batalla regado de cuerpos sin atender. A las ocho de la noche informó Zaragoza que el general Antillón aún no llegaba y que, según sus observaciones, el enemigo intentaría el 7 un nuevo ataque o se retiraría, pues no

³¹ Saligny al ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Orizaba, 22 de junio de 1862, Díaz, *op. cit.*, t. II, p. 161.

³² Carta particular reproducida en *El Siglo Diez y Nueve*, 8 de mayo de 1862, p. 4.

³³ *El Siglo Diez y Nueve*, 9 de mayo de 1862, p. 1.

³⁴ Saligny al ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Orizaba, 22 de junio de 1862, Díaz, *op. cit.*, t. II, p. 161.

³⁵ Telegrama de Tapia en Tamayo, *op. cit.*, p. 431.



podía conservar las posiciones que guardaba.³⁶ La creencia de un nuevo ataque, que podría producirse por la noche, se justificaba por varios elementos; uno de ellos fue un mensaje interceptado que el padre Miranda envió desde el campo enemigo al general José María Cobos, fechado el 5 de mayo a las nueve de la noche, que decía:

Querido amigo:

El fuerte Guadalupe debe ser tomado esta noche. Sin perder un solo momento y con cuanta fuerza pueda, aunque sólo sea caballería, véngase usted a incorporarse con nosotros.

FRANCISCO JAVIER MIRANDA³⁷

Por su parte, el enemigo también temía ser atacado y formaba parapetos en el cerro de Amalucan y otros puntos.³⁸

Para tranquilidad de Zaragoza, la brigada de Guanajuato, con 2000 elementos, se presentó por fin el 7. Este nuevo contingente, sumado a los 1200 de O'Horan, pudo haber convencido al general en Jefe de intentar un ataque sobre los franceses. Algunos autores sugieren que debió haberlo hecho para conseguir una victoria completa sobre el enemigo, pero las circunstancias lo obligaban a ser prudente. Existía el peligro de que en cualquier momento fuerzas al mando de Márquez o Cobos hicieran acto de presencia; además, desde el mismo día 5, había experimentado escasez de alimentos, parque y dinero que había obligado a mantener a la tropa a medio ran-

³⁶ Ignacio Zaragoza en Tamayo, *op. cit.*, t. 6, p. 26.

³⁷ Telegrama de Ignacio Zaragoza al ministro de Guerra, Puebla, 7 de mayo de 1862, recibido en México a las 9:30 a. m., en Tamayo, *op. cit.*, t. 6.

³⁸ Telegrama de Zaragoza a Miguel Blanco, 7 de mayo a las 9:29 horas, en Tamayo, t. 6, doc. 30.



cho. Por si fuera poco, no tenía confianza en la conducta que podían seguir los habitantes de Puebla. Los comunicados que envió a la Ciudad de México al ministro de Guerra y al presidente de la República así lo demuestran. Solicitó muy especialmente que la persona encargada de atender el telégrafo sólo transmitiera los mensajes que él autorizara, pues en la ciudad circulaban noticias falsas y mal intencionadas. Llama a Puebla traidora, egoísta, mala, indolente, y llega a exclamar “¡que bueno sería quemar Puebla!”;³⁹ afirma que no lo hace porque hay en ella criaturas inocentes.

En cambio, la moral de sus tropas era altísima; no sólo esperaban sino que deseaban que las fuerzas conservadoras y las extranjeras realizaran un ataque combinado sobre Puebla, pero Zaragoza no quería que eso ocurriera y, para disuadir a los franceses, en cuanto llegó O’Horan, lo mandó con sus hombres a reforzar la línea de defensa.

Carbajal efectuó un amago sobre el enemigo, que respondió haciendo algunos disparos de cañón. Permitió que las fuerzas de Guanajuato de Florencio Antillón descansaran el 7 de mayo, pero al día siguiente, con toda intención, a las 10 de la mañana, las hizo formar sobre la línea de defensa, a una distancia de tiro de cañón del enemigo; allí pasó revista general y les dirigió estas palabras:

Venid a completar las glorias adquiridas el día 5 sobre las huestes francesas que amilanadas y abatidas, tenéis al frente fortificándose.

Muy pronto, mis amigos, daremos otro día de gloria a la patria, y las armas de la grande Guanajuato, puestas en vuestras manos, brillarán orgullosas, combatiendo por la independencia, como lo hicieron por la libertad y la reforma.

³⁹ Telegrama de Ignacio Zaragoza a Miguel Blanco, 9 de mayo de 1862, en Tamayo, *op. cit.*, t. 6, p. 475.



Estoy viendo todavía en vuestras frentes los laureles adquiridos en Loma Alta, Guadalajara, Silao y Calpualpan, y yo os aseguro que muy pronto serán ceñidas esas mismas frentes con las inmarcesibles coronas que os prepara la victoria.⁴⁰

La intención de Zaragoza fue mostrar a los franceses que ahora contaba con un contingente mucho mayor al que habían enfrentado el 5 de mayo y, a la vez, engañarlos haciéndoles creer que se preparaba un ataque sobre ellos. La exhibición surtió el efecto que se esperaba, los invasores se prepararon, pues creyeron que en ese momento serían atacados. Dos horas estuvieron los galos sobre las armas en estado de alerta hasta que, pasado el mediodía, Zaragoza hizo retirar a sus hombres para tomar su rancho. El general en jefe, Lorencez, sumamente alarmado ante el despliegue⁴¹ inició el movimiento de retirada hacia Amozoc. Las posiciones abandonadas fueron ocupadas por el general Carbajal con mil elementos de caballería.

El tiempo había transcurrido y se había desvanecido la esperanza de que las fuerzas de Márquez se unieran a los invasores y realizaran juntos un nuevo intento de apoderarse de Puebla. Fracasó también la tentativa de Antonio Taboada, el general conservador puesto al servicio de Almonte, y, por lo tanto, de los franceses, de seducir a Tomás O'Horan y a Miguel Negrete para que abrazaran la causa de la intervención. Fue hasta entonces cuando se pudo afirmar que la victoria había sido plenamente alcanzada.



⁴⁰ Zamacois, *op. cit.*, p. 198.

⁴¹ Telegrama de Zaragoza a Miguel Blanco, 8 de mayo de 1862, en Tamayo, t. 6, p. 256.

Los primeros juicios

El primer crítico de la actuación francesa fue Zaragoza quien, en el telegrama enviado al ministro de Guerra¹ y después en el parte de la batalla,² puso de manifiesto la bravura de los soldados y torpeza de sus jefes al dirigir la operación; lo siguió Saligny que, no siendo militar, pudo darse cuenta de los numerosos errores cometidos y los transmitió a sus superiores.

Para reforzar la acusación, Dubois de Saligny encargó a un militar francés que hiciera un análisis de la batalla. Este individuo no ha podido ser identificado, pero, por los comentarios que expresa y las citas textuales que hace de las palabras de los actores, con toda seguridad estuvo presente en la acción. La nota resultante fue enviada por el representante francés junto con una memoria al ministro de Asuntos Exteriores de Francia.

La conclusión del autor de la memoria militar es que el ataque sobre el Fuerte de Guadalupe no podía tener éxito e incluso pudo haber derivado en un desastre absoluto para las tropas francesas. Esto no ocurrió, en su opinión, porque los mexicanos no contaban con tropas auténticas y no supieron capitalizar en su favor los enormes errores que cometió el comandante en jefe francés que, no obstante su palabrería, no podían ser disimulados. El informe demuestra que el autor adolecía también del mayor defecto de Lorencez: la

¹ Ignacio Zaragoza a Miguel Blanco, ministro de Guerra y Marina, 5 de mayo de 1862, en Tamayo, *op. cit.*, p. 438.

² Parte de Zaragoza sobre la batalla del 5 de mayo, en Tamayo, *op. cit.*, t. 6, pp. 441 y 442.

soberbia, que los hizo ver con desprecio a los soldados mexicanos.

El primer error que cometió el conde de Lorencez fue hacer marchar a sus fuerzas sin tener conocimiento de la situación de los flancos, suponiendo que los mexicanos, empleando su caballería, tratarían de distraer a los franceses en la llanura, lo cual no ocurrió y, como consecuencia, parte de la tropa francesa permaneció inactiva al verificarse el ataque sobre el Fuerte de Guadalupe. Esto sucedió porque el general Lorencez fue advertido de la presencia de una caballería sobre el flanco derecho, pero se negó a enviar a los jinetes del general Almonte a realizar una partida de reconocimiento, afirmando que ya había tomado medidas al respecto.³

El comandante en jefe no tuvo consideración con sus fuerzas, que no se encontraban en las condiciones físicas adecuadas para entrar en acción. Llegaron a la vista de la plaza a las nueve de la mañana, después de haber marchado durante ocho días sin descanso. Si bien las jornadas fueron cortas, durante los últimos cuatro días las habían realizado empapados. La opinión del misterioso militar era que se debió descansar por 24 horas, empleando ese tiempo en efectuar un serio y detallado reconocimiento de la plaza y de sus alrededores.⁴

A la izquierda de la línea de los atacantes dominaba la llanura y permitía observar la situación de los alrededores, incluida la ciudad de Puebla, pero no se mandó siquiera realizar una rápida expedición que descubriera si detrás de esa altura se encontraba agazapado el enemigo para sorprender su avance. El único tanteo del terreno se efectuó a iniciativa del comandante Mangin, de los Cazadores a Pie, que con gran esfuerzo consiguió se le permitiera enviar una compa-

³ Anexo a la memoria de Mr. de Saligny, en Tamayo, *op. cit.*, t. 6, p. 589.

⁴ *Ibídem.*



ña de su batallón, pero sólo bajo la estricta indicación de no comprometerse en combate.⁵

Ciegamente estaba Lorencez decidido a atacar Guadalupe careciendo en realidad de información real y digna de confianza, pues sus informantes locales habían salido cuando menos un año antes de Puebla y en esas circunstancias la única información real que era posible obtener era “a más de tres kilómetros de distancia, por medio de un largavista”.⁶ Mirando de abajo hacia arriba, sólo se veía un frente y un perfil, ignorando, en una palabra, casi completamente cuál podía ser el estado de defensa de la plaza”.⁷

La elección de las piezas de artillería que se emplearon fue equivocada, pues se utilizaron cañones de calibre 4 a 2200 metros sobre una construcción fortificada, de tal suerte que, una vez realizados los primeros 300 disparos, no se había logrado producir ningún efecto sobre las murallas,⁸ y, pese a que se habían percatado de esa situación, continuaron haciendo fuego hasta agotar las municiones. Mientras tanto, la batería de montaña permaneció inactiva y se retiró del campo sin haber efectuado un solo disparo. Al error anterior se sumó uno más grave, pues sin tener certeza alguna de haber conseguido con la artillería abrir una brecha en las defensas, se ordenó el asalto sobre Guadalupe. Las columnas efectuaron una marcha a ciegas sobre una muralla intacta.

Como por desdén no se había realizado un reconocimiento efectivo sobre el enemigo, se emplazaron de forma incorrecta las fuerzas de ataque, pues en la llanura se situaron para cubrir la retaguardia contra un posible ataque de la caballería mexicana la batería de montaña, un batallón de infantería de marinos y medio batallón del 99° de línea,

⁵ Ibídem.

⁶ Ibídem, p. 590.

⁷ Ibídem, p. 590.

⁸ Ibídem.



cuando pudo haberse empleado para esa tarea al escuadrón de Cazadores de África, que eran inútiles en el asalto.⁹

Félix Douay opinó sobre Lorencez y su actuación como comandante en jefe:

Verdaderamente la presencia del conde de Lorencez a la cabeza de un ejército es una mistificación bien cruel para tal ejército; Lorencez es de una impericia incalificable y la indignación es unánime y profunda. Se debería enviarlo, no ante un consejo de guerra sino ante un consejo de salud. Su conducta en Puebla y la de su ilustre Valazé, su jefe de Estado Mayor, son objeto de las más vivas acusaciones. El grito general es: “Dios proteja a la Francia y nos libre de las gentes que lanzan columnas con grandes miras”.¹⁰

Alberto Hans, al que debemos una importante narración de los últimos días del Imperio, opinó que la derrota francesa del 5 de mayo no fue culpa de Lorencez en lo personal sino que se debió al exceso de confianza y orgullo natural en el pueblo francés y agregó que “los zuavos y los cazadores de a pie pagaron muy caro la presunción de jefes, valientes sin duda, pero ignorantes de las cosas del país en que operaban”.¹¹

Las múltiples censuras de que fue objeto el general Charles Latrille no deben alcanzar a sus hombres, pues la torpeza de su conducción no resta méritos a la valentía y arrojo de los soldados franceses, que hicieron su mejor esfuerzo para encontrar la victoria que, finalmente, se les mostró esquiva.

⁹ Ibídem, p. 591.

¹⁰ General Félix Douay a su hermano general Abel Douay, 8 de julio de 1862, citado por Bulnes, *op. cit.*, p. 119.

¹¹ Alberto Hans, *Querétaro, Memorias de un oficial del emperador Maximiliano*, México, Editorial Nacional, 1956, p. 164.



De cualquier modo, París no dejó de reconocer sus méritos y muchos de ellos recibieron condecoraciones y ascensos.

Con la Legión de Honor:

Con el rango de Comendador: Gambier, coronel.

Como Oficiales: Cousin, jefe de batallón, Villain, capitán, Réau, capitán, Le Gó, capitán.

Caballeros: Tourrent, capitán, Pierrón, teniente, Caze, subteniente, Mazet, subteniente, Pichon, sargento, Dousseau, sargento, Lucas, zuavo, Cavalié, zuavo.

Con la medalla militar: Cayron, sargento mayor; Nouhaller, Stéphanie, Gilier, Mila, Parmentier, Bouillet, Guéry, Abadie, Trateau, Lemaître, Becond, sargentos; Bonaventure, cabo; Siegel, zapador; Huvet, clarín; Waibel, Cathelineau, Mille, Imbert, Fringuenille, zuavos; Armaine, Clarin; Ponsard, Morlan, zuavos.

Fueron ascendidos:

Los capitanes Lesur y Vincendon a jefes de batallón; los tenientes Perceval, Collaser y Labrune a capitanes; los subtenientes Brissaud, Prévault, Dromzée, Tramond y Millon a tenientes; los sargentos mayores Mirauchaux, Vallée, Hurtel, Villaret y Ledoux a subtenientes; el sargento Laurent a subteniente.

En cambio, la recompensa obtenida por el general en jefe fue muy distinta. Acuartelado en Orizaba, Lorencez recibió un comunicado del Mariscal Raudon, ministro de Guerra de Francia, que transmitía la recriminación del emperador por el resultado de la batalla y censuraba específicamente el mal emplazamiento de la artillería a la distancia que fue



empleada contra las fortificaciones,¹² lo cual demostró que las críticas enviadas por Saligny llegaron a sus manos. La calificación obtenida por el señor conde fue pésima, su recompensa, el relevo en el mando por el general Forey; su papel quedó reducido a preparar la resistencia y el aprovisionamiento en espera de su sustituto en el mando del ejército expedicionario. Algo le tocó también al hijo del cura José María Morelos. La prestigiada Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, tal como lo había hecho antes la Compañía Lancasteriana, borró de la lista de sus miembros al general Juan N. Almonte por “traidor a la patria”.¹³

El 9 de mayo, el general Tapia, en su carácter de gobernador de Puebla, promulgó un bando que derogó los artículos 2º y 3º del decreto del día 4, por lo que las autoridades municipales y las del ramo judicial volverían a ejercer sus funciones. Ese mismo día, se dio a conocer otro bando en el que se hacía saber que los empleados públicos del estado que se habían separado de sus puestos injustificadamente ante el peligro quedaban destituidos de sus empleos e inhabilitados para ocupar cargos públicos en la entidad. El decreto fue acompañado de una lista con los nombres de 16 ex funcionarios.¹⁴

En la Cámara de Diputados se presentó un proyecto de ley que declaraba que habían merecido bien de la patria el general Zaragoza, los generales, jefes, oficiales y soldados del Ejército de Oriente, por la defensa del honor e independencia de México en las Cumbres de Acultzingo y frente a Puebla, otorgándoles un voto de gracias de la representación nacional. La propuesta fue admitida con dispensa de trámites, puesto a discusión y aprobado por la totalidad de los 103

¹² Carrión, *op. cit.*, p. 561.

¹³ *El Siglo Diez y Nueve*, 8 mayo, p. 4.

¹⁴ En el *Boletín Oficial de Puebla*, reproducido por *El Constitucional*, 15 de mayo de 1862, p. 3.



diputados presentes. El decreto resultante pasó sin demora al Ejecutivo, quien de inmediato lo comunicó vía telegráfica al general Zaragoza.¹⁵

El mismo día, se abrió una suscripción para obsequiar a Zaragoza una espada de honor. Para no parecer superfluos ante necesidades más imperiosas y también para permitir que muchas personas pudieran participar, el donativo no podía exceder de un peso. Toda la familia Juárez, incluidos los niños pequeños, cooperaron, así como Ignacio Mariscal, Manuel Dublán y señora, Miguel Blanco; la suscripción se cerraría el 9 de junio.¹⁶

Zaragoza intentó rehusar el obsequio, pero no se lo permitieron. Él deseaba que se recompensara a sus hombres y así lo pidió al presidente, pero no con empleos o pensiones que resultaban una carga para el erario. Atendiendo a su solicitud, fue expedido un decreto que reconocía el valor de quienes participaron en la batallas de Acultzingo, Atlixco y Puebla. No se cumplió su deseo de ver a sus hombres recibir su recompensa, pues el 4 de septiembre, cuando preparaba una campaña contra el cuartel francés en Orizaba, súbitamente, el general Zaragoza se vio atacado de tifo. Fue trasladado a Puebla, donde a las diez de la mañana con diez minutos del día 8 murió.¹⁷ El mando del Ejército de Oriente recayó en el general Jesús González Ortega.

El primer magistrado de la nación se decidió a marchar a Puebla para condecorar con su propia mano a los héroes del 5 de mayo. El 4 de diciembre, en el Fuerte de Guadalupe, se levantó un templete por donde, uno a uno, subieron los soldados para recibir la medalla que el presidente Juárez prendió en su pecho. Por la gran cantidad de los homenajea-

¹⁵ *El Siglo Diez y Nueve*, 8 de mayo, p. 1.

¹⁶ *El Siglo Diez y Nueve*, 9 de mayo de 1862, p. 1.

¹⁷ *El Siglo Diez y Nueve*, 9 de septiembre de 1862, p. 1. Zamacois, *op. cit.*, p. 275.



dos, esta operación que inició a las 10 de la mañana; concluyó pasadas las dos de la tarde.¹⁸ Luego se llevó a cabo, por primera vez, una recreación de la batalla.¹⁹

En la Ciudad de México, también se celebró con gran solemnidad; los edificios públicos enarbolaron el pabellón nacional a toda asta, hubo repiques de campanas y salvas de artillería, el retrato del general Zaragoza fue paseado en triunfo y fue inaugurada la flamante calle de 5 de mayo.²⁰ Tanto en Puebla como en la capital, el regocijo fue enorme pero, sin duda alguna, el momento más emotivo fue cuando el presidente, desde el mismo lugar del triunfo de las armas de la República, dirigió su mensaje a los soldados mexicanos que lo hicieron posible:

Vengo a saludaros en nombre de la patria que tan gloriosamente habéis servido; vengo a felicitaros por la espléndida victoria que lograsteis contra los enemigos de la independencia nacional; vengo, en fin, a condecoraros con las insignias que la República os ofrece para premiar vuestro valor y vuestras grandes virtudes.

Disputando el paso al enemigo en las Cumbres de Acultzingo y defendiendo esta hermosa ciudad habéis excitado la gratitud y la admiración del país entero, cuyo nombre habéis levantado a la vista de todas las naciones.

El 5 de mayo erais pocos y, sin embargo, quebrantasteis la soberbia de tropas vencedoras en batallas de alta nombradía. Después han venido de toda nuestra tierra millares de guerreros dignos de vosotros y, unidos, alcanzaréis nuevos laureles y haréis inmortal al ejército de Oriente.

¹⁸ Zamacois, *op. cit.*, p. 299.

¹⁹ *El Siglo Diez y Nueve*, 5 de diciembre de 1862, p. 2.

²⁰ *Ibíd.*



Soldados: llevad con noble orgullo sobre vuestros pechos valerosos las medallas que hoy recibís y que os recordarán a un tiempo vuestros ilustres hechos y la grande y buena patria que debéis salvar a todo trance.

Vencedores del 5 de mayo, defensores todos de la independencia nacional: un enemigo injusto nos trae la guerra y avanza ya sobre nosotros, porque nos cree débiles y degradados; aprestaos al combate y probad al orgulloso invasor que México vive, que México no sucumbirá al capricho de ningún poderoso, porque defiende la causa de la justicia, de la civilización y de la humanidad y porque cuenta con hijos leales y valientes como vosotros.

Soldados de Zaragoza: vosotros no empañaréis la gloria que a sus órdenes alcanzasteis. Tenéis su ejemplo que os alen-
tará en el combate y tenéis al frente al vencedor de Silao y de Calpulalpan, que os conducirá a la victoria.

Soldados, ¡Viva la independencia! ¡Viva la República!²¹



²¹ Tamayo, *op. cit.*, t. 7, p. 58.

Bibliografía



- ALVARADO, Salvador, *La reconstrucción de México*, t. III, México, INEHRM, 1985, 328 pp.
- AGUILAR PATLÁN, Venancio Antonio, "Sexto Batallón de Guardia Nacional del Estado de Puebla. La Reforma en Tetela de Ocampo Puebla, 1855-1873".
- ARGÜELLES, José Agustín, *Breves apuntes sobre la historia de la intervención en México*, La Habana, Imprenta del Gobierno y Capitanía por S. M., 1863, 31 pp.
- AUMALE, duc de, *Les Zouaves et les Chasseurs a Pied. Esquisses Historiques*, París, Calmann Lévy Editeur, 1878, 179 pp.
- BARRERA FUENTES, Florencio, *Notas de don Juan Antonio de la Fuente. ministro de México cerca de Napoleón III*, México, Senado de la República, 1967.
- BEALS, Carleton, *Porfirio Díaz*, México, Editorial Domes, 1982.
- Bernstein, Harry, *Matías Romero: 1837-1898*, México, FCE, 1973, 351 pp.
- BERRUETO RAMÓN, Federico, *Ignacio Zaragoza*, México, Secretaría de Gobernación, 1962, 342 pp., ils.
- BIBESCO, Georges prince du, *Le Corps Lorencez Devant Puebla. 5 mai 1862. Retraite des cinq mille*, París, E. Plon et Cie., 1876.
- BROOKS, Richard, *Solferino 1859: The battle from Italy's freedom*, Oxford, Osprey Publishing, 2009, 96 pp., ils.
- BULNES, Francisco, *El verdadero Juárez y la verdad sobre la Intervención y el Imperio*, México, Instituto Mora-INEHRM, 617 pp.
- Carrión, Antonio, *Historia de la ciudad de Puebla de los Ángeles*, tomo segundo, Puebla, Tipografía de las Escuelas Salesianas de Artes y Oficios, 1897, 751 pp.

- CASTAÑEDA BATRES, Óscar, *La convención de Londres. 31 de octubre de 1861*, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, Sección de Historia, México, 1962, 76 pp. (Colección del Congreso Nacional de Historia para el Estudio de la Guerra de Intervención I).
- CASTILLO, José R. del, *Juárez, la Intervención y el Imperio*, México, Herrero Hermanos Editores, 1904, 462 pp.
- CUÉ CÁNOVAS, Agustín, *El Tratado Mon-Almonte*, México, Consejo Editorial del Gobierno del Estado de Tabasco, 1980, 97 pp.
- DÍAZ, Lilia, *Versión francesa de México. Informes diplomáticos (1862-1864)*, v. 3, México, El Colegio de México, 1965, 420 pp.
- DÍAZ, Porfirio, *Memorias*, v. I, México, Editorial Offset, 1983, 294 pp.
- GALINDO Y GALINDO, Miguel, *La gran década nacional 1857-1867*, t. II, México, INEHRM, 2009, 680-XVIII pp. (Colección Clásicos de la Reforma Liberal).
- GARFIAS MAGAÑA, Luis, *La batalla del 5 de mayo de 1862*, México, INEHRM, 1992, pp. 50.
- GIMÉNEZ Y GUITED, Francisco, *Historia militar y política del excelentísimo señor don Juan Prim, conde de Reus, Marqués de los Castillejos y Grande de España de primera clase*, t. III, Barcelona/Madrid, Librería de A. de San Martín, 1871, 336 pp.
- HANS, Alberto, *Querétaro. Memorias de un oficial del emperador Maximiliano*, México, Editorial Nacional, 1956, 250 pp., ils.
- HERNÁNDEZ LÓPEZ, Conrado, "Militares conservadores en la Reforma y el Segundo Imperio", tesis para optar por el grado de doctor en Historia, México, Colmex, 2001, 404 pp.
- KNAPP, Frank A., *Sebastián Lerdo de Tejada*, México, Universidad Veracruzana-INEHRM, 2011, 491 pp.
- LAURENCIN, Paul, *Nos Zouaves. Historique, organisations, faits d'armes, les régiments, vie intime*, París, J. Rothschild, éditeur, 1888, 268 pp., ils.
- LEMPRIERE, Charles, *Notes in Mexico in 1861 and 1862: Politically and Socially considered*, London, Longman, Geen, Longman, Roberts & Green, 1862.



- LEÓN TORAL, Jesús de, *Historia Militar. La Intervención Francesa en México*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, Sección de Historia, 1962, 300 pp. (Colección del Congreso para el Estudio de la Guerra de Intervención 2).
- LOMELÍ VANEGAS, Leonardo, *Breve historia de Puebla*, México, El Colmex-FCE, 2001, 430 pp., ils.
- MÁRQUEZ, Leonardo, *Manifiestos. El Imperio y los imperiales*, México, F. Vazquez editor, 1904, xxxii-434 pp., ils.
- MARTÍNEZ Y MARTÍNEZ, Enrique A., *Tropas de Querétaro en las cumbres de Acultzingo, el 5 de mayo, el Sitio de Puebla*, Querétaro, Editorial Ndâmxéy, 1962, 54 pp., ils.
- MARX, Carlos, *La intervención en México*, s. p. i., 20 pp. (Política clásica 3).
- MCDougall, James Alexander, *French interference in Mexico*, Baltimore, John Murphy & Co., 1863, 30 pp.
- MIQUEL I VERGÉS, José María, *Prim en México. General de una causa justa*, México, SEP-INBA-Pangea, 1987, 146 pp.
- NOIR, Louis, *Campagne du Mexique. Puebla, Souvenirs d'un Zouave*, París, Achille Faure, 1867, 248 pp.
- PAYNO Manuel, *Reseña Histórica de la invasión en México por las potencias aliadas Inglaterra, España y Francia, y los motivos que la causaron desde los bonos de Jecker, hasta el fusilamiento de éste en París*, México, Imprenta del Gobierno en el Ex-Arzobispado, 1898, 64 pp.
- PI-SUÑER LLORENS, Antonia, "El eterno problema: deuda y reclamaciones (1861-1868)", en Clara E. Lida (compiladora), *España y el Imperio de Maximiliano*, México, El Colegio de México, 1999, 33-99 pp.
- RAMÍREZ FENTANES, Luis, *Zaragoza*, México, Secretaría de la Defensa Nacional, 1962, 793 pp.
- ROEDER, Ralph, *Juárez y su México*, México, FCE, 1984, pp. XV-1101.
- ROMERO FLORES, Jesús, *Don Melchor Ocampo, el filósofo de la Reforma*, México, Ediciones Botas, 1959, 391 pp.



- SANTIBÁÑEZ, Manuel, *Reseña Histórica del Cuerpo de Ejército de Oriente*, México, t. I, Tipografía de la Oficina Impresora del Timbre, 1892, 517 pp.
- SÁNCHEZ LAMEGO, Miguel Ángel, *La Batalla del 5 de Mayo*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1963, 198 pp.
- “Fortificación de Puebla”, *Historia Mexicana*, vol. XI, 1862, núm. 4, 519-526 pp.
- SHANN, Stephen, *The French Army of the Franco-Prussian War*, Oxford, Osprey Publishing, 1991, 47 pp. (Men-at-arms series, 233), ils.
- SIERRA, Justo, “Historia política”, en Justo Sierra (director literario), *México su evolución social*, tomo I, vol. 1, México, J. Ballezá y Compañía, 1900, pp. 73-314, ils.
- SIERRA, Justo, *Juárez: su obra y su tiempo*, México, UNAM, 2006, 597 pp.
- SPITZ, Joseph, *Histoire du 2^e Régiment de Zouaves. Rédigée d’après des documents inédits puisés aux archives historiques du Ministère de la Guerre*, Oran, Paul Perrier Imprimeur, 1901, XXIII-553 pp.
- TAMAYO, Jorge L., *Benito Juárez. Documentos, discursos y correspondencia*, t. 5, México, Secretaría del Patrimonio Nacional, 1965, 852 pp.
- *Benito Juárez. Documentos, discursos y correspondencia*, t. 4, México, Secretaría del Patrimonio Nacional, 1965, 864 pp.
- *Benito Juárez. Documentos, discursos y correspondencia*, t. 6, México, Secretaría del Patrimonio Nacional, 1966, 933 pp.
- *Benito Juárez. Documentos, discursos y correspondencia*, t. 7, México, Secretaría del Patrimonio Nacional, 1966, 911 pp.
- VALADÉS, José C., *Maximiliano y Carlota en México, historia del Segundo Imperio*, México, Diana, 1976, 398 pp., ils.
- *Don Melchor Ocampo, reformador de México*, México, Editorial Patria, 1954, 445 pp.
- VIGIL, José María, “La Reforma”, en Riva Palacio, Vicente (coord.), *México a través de los siglos. Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y*



literario de México desde la antigüedad más remota hasta la época actual, vol. 5, México, 1962, 679 pp.

VILLEGAS REVUELTAS, Silvestre, *El liberalismo moderado en México 1852-1864*, México, UNAM, 1997, 320 pp.

ZAMACOIS, Niceto de, *Historia de Méjico desde sus tiempos más remotos hasta el gobierno de D. Benito Juárez*, t. xv, Barcelona/México, J. F. Parrés y Comp., 1880, 1070 pp.

——— *Historia de Méjico desde sus tiempos más remotos hasta el gobierno de D. Benito Juárez*, t. xvi, México, Juan de la Fuente Parrés editor, s/a, 1075 pp.

ARCHIVOS

Archivo Histórico Militar de la Secretaría de la Defensa Nacional
Archivo Histórico del ex Ayuntamiento de la Ciudad de México

HEMEROGRAFÍA

El Siglo Diez y Nueve

El Constitucional

El Monitor Republicano

El Tiempo



CINCO DE MAYO

LAS RAZONES DE LA VICTORIA

Raúl González Lezama

Fue editado por el

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS
HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO.

Se terminó en la Ciudad de México en abril de 2022,
con motivo del 160 aniversario de la batalla de Puebla.

El 160 aniversario de la batalla de Puebla permite recordar que las victorias del pueblo mexicano en mucho se deben a la unidad y la fortaleza. El cinco de mayo de 1862 fue una fecha memorable que aún vive en la memoria colectiva que forma parte de la identidad mexicana a lo largo de su historia. Testimonios, compilaciones documentales, libros y artículos se han publicado por montones. La fecha cívica ensalza las figuras de los héroes que participaron en la contienda, el éxito y la victoria.

El Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM) quiere conmemorar esta fecha con la segunda edición de este libro, editado ex profeso en ocasión del sesquicentenario, y con ello brindar al público en general una historia completa del cinco de mayo, donde se resaltan las principales razones de la victoria que los mexicanos obtuvieron en ese entonces y que aún trascienden hasta nuestros días como grandes valores de nuestra identidad.

El libro logra conjuntar una nueva versión de la historia del cinco de mayo para resaltar su importancia y significado historiográficos en la actualidad. Es una revisión del tema que, sin duda, tendrá un interés renovado en el público.

